



El Aleph Editores

François Bégaudeau

la clase



François Bégaudeau

François Bégaudeau nació en Luçon, Francia, en 1971. Profesor, periodista y escritor francés. Además de colaborar regularmente con varias revistas como *Inculte*, *Transfuge*, *Playboy*, *Muze* o *Le Monde de l'Éducation*, es el autor de dos novelas destacadas, *Jouer juste* (2003) y *Dans la diagonale* (2005), y de una ficción biográfica dedicada a los Rolling Stones, *Un démocrate Mick Jagger 1960-1969* (2005). Su tercera novela, *La clase* (2006), galardonada con el Premio France Culture-Télérama, se convirtió en un éxito de ventas consiguiendo la escalofriante cifra de más de 200.000 ejemplares vendidos únicamente en Francia, además de haberse traducido a más de 15 idiomas. Su último proyecto profesional ha sido el de ser guionista y actor de la versión cinematográfica de esta última novela, dirigida por Laurent Cantet y ganadora de la Palma de Oro de Cannes 2008.

Ma. Verónica Segón

François Bégaudeau

La clase

 El Aleph Editores

François Bégaudeau
La clase

La clase

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original francés: *Entre les murs*

© Editions Gallimard, 2006

Primera edición: octubre de 2008

© de la traducción: Julieta Carmona Lombardo, 2008

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.

El Aleph editores

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Limpergraf, S. L.

ISBN: 978-84-7669-838-9

Depósito Legal: B. 44.893-2008

Tres días antes había abierto el sobre con mucha impaciencia. Pasé rápidamente de la primera hoja a la segunda, que estaba manchada por una tabla rectangular dividida en unas cincuenta casillas. Las columnas de los lunes, martes, miércoles y jueves estaban más o menos llenas y la del viernes estaba virgen, como lo había pedido. En el calendario profesional que venía junto con las dos hojas conté treinta y tres semanas trabajadas, que si se multiplicaban por cuatro, se les restaban los festivos y se les añadía una estimación de las convocatorias anexas, daba el total de días de presencia. Ciento treinta y seis.

Veinticinco

Cuando llegó el día, al salir del metro me paré en el restaurante para no llegar antes de tiempo.

El camarero uniformado que estaba detrás de la barra de cobre escuchaba a medias a un cuarentón con gafas que reseguía un artículo en diagonal.

—Quince mil viejos menos, más sitio para los jóvenes.

Los doscientos cincuenta metros restantes me llevarían dos minutos, así que esperé a las nueve menos uno para salir. A la altura del carnicero chino disminuí el paso para no alcanzar a Bastien y Luc que se daban un apretón de manos al final de la calle. Al doblar la esquina ya no pude evitarlos, bromeaban con un vigilante frente a la puerta grande con batientes de madera maciza abiertos sobre el vestíbulo.

—Tenía la leve esperanza de que se hubiera quemado todo.

—Nunca es demasiado tarde para poner una bomba, ya me dirás.

Dejé atrás las risitas sarcásticas. Las obras del verano no habían terminado, unos obreros vestidos de azul pasaban del patio pavimentado al patio interior cargando vigas finas sobre los hombros para apoyarlas luego en vertical sobre uno de los muros del recinto.

Habían pintado de azul la puerta de la sala. Gilles, que estaba apartado de los demás, daba vueltas contrariado alrededor de la mesa ovalada con un paquete de cigarrillos en la mano.

—Hola.

—Hola.

Los recién llegados, que estaban sentados en los sofás grises del rincón salón, escuchaban a Danièle que se esforzaba por tranquilizarlos. Me hice un sitio en el círculo irregular apoyando una nalga sobre la mesa que aguantaba la máquina de café. Una de treinta años largos era la más locuaz.

—De todos modos sabía que entrando intramuros me exponía a esto.

Una de treinta años largos remató.

—Intramuros, se dice pronto. Y por los pelos.

Todos se callaron, esperaban a ver.

Tiramos los vasos a la basura y nos dirigimos hacia el aula de estudio, donde el director dijo que esperaba que las vacaciones hayan ido bien. Los asistentes murmuraron un sí visiblemente mezclado con el disgusto por que se terminen, el director dijo pues claro, qué queréis. Luego se aclaró la voz para cambiar de registro.

—Aunque la mitad de vosotros vuelva con nosotros este año, todos sabéis que hay colegios más tranquilos que el nuestro. Veréis que a los alumnos no les falta espontaneidad. Algunos incluso son extremadamente espontáneos.

Dejó que los carraspeos realzaran el eufemismo antes de invitarnos a que nos presentásemos. Cada uno se levantó por turno y dijo de qué establecimiento venía o desde cuándo estaba aquí. Estábamos aquí desde hacía quin-ce, diez, cinco, dos años, o veníamos de la periferia. Nos

llamábamos Bastien, Chantal, Claude, Danièle, Élise, Gilles, François, Géraldine, Jacqueline, Jean-Philippe, Julien, Line, Luc, Léopold, Marie, Rachel, Sylvie, Valérie. Esperábamos nuestros horarios definitivos.

Cuando los repartieron casi nadie saltaba de alegría. Volvimos a la sala para consultar las listas de clases que nos habían adjudicado. Jean-Philippe, que ocupaba su puesto desde hacía cuatro años, deslizaba el dedo sobre los nombres de una clase de quinto 1 diciendo a cada vez «bueno» o «no bueno» a la atención de Léopold, treinta años largos y ceja derecha perforada por un aro, que hacía el balance contable en su cabeza.

Dico tardaba en subir las escaleras detrás de los demás.

—Oye, no quiero estar en esta clase, es un asco.

—¿Por qué es un asco?

—Porque vuelves a ser el profesor principal, no se vale.

—Date prisa.

La tropa esperaba frente a un aula del primer piso. Frida tenía ahora el pelo largo y unas letras rojas de Glamour se inclinaban sobre su camiseta negra. Se repartieron en las sillas chirriantes en función de las afinidades del año anterior. Los cuatro chinos ocuparán las dos primeras filas contra la pared de la derecha.

—Sentaos y callaos.

Se sentaron y se callaron.

—Que quede claro desde el principio del año: quiero que cuando suene la campana os pongáis en fila inmediatamente. Cinco minutos en llegar a la fila, más cinco minutos para subir, cinco más para instalaros, en total perdemos un cuarto de hora de curro. Intentad

calcular cuánto da un cuarto de hora perdido por clase al año. A razón de veinticinco horas por semana y treinta y tres semanas, son más de tres mil minutos perdidos. Hay colegios en los que de cada hora se curra la hora entera. Pues vosotros empezáis con tres mil minutos de retraso con respecto a esos colegios. Y luego uno se sorprende.

Khoumba, pendientes de plástico rosa, no levantó la mano para hablar.

—Profe, nunca es una hora, las clases son de, qué sé yo, cincuenta minutos, nunca de una hora. Por ejemplo aquí empezamos a las ocho y veinticinco y la primera clase se termina a las nueve y veinte, eso no da una hora.

—Da cincuenta y cinco minutos.

—No es una hora, has dicho que es una hora pero no es una hora.

—Bueno vale, ya está; lo importante es que perdemos demasiado tiempo y ahora también lo estamos perdiendo. Coged un folio y partidlo en dos.

Escribieron el nombre, el apellido, la dirección y otras informaciones a las que hubiera podido tener acceso perfectamente. Mohammed no entendía.

—Profe, ¿por qué pides esto? Ya le hemos dado las fichas al director y todo eso.

—Sí, pero esto es sólo para mí.

Con la única intención de reportar al máximo el momento de entrar de lleno en el asunto, pedí que hicieran su autorretrato en diez líneas. Escribí la palabra con tiza dudando de si lleva guión. Amar preguntó si podía hacer un autorretrato imaginario.

—Como quieras, pero preferiría tu verdadero retrato.

—¿Podemos empezar por me llamo Amar?

—Como quieras.

Khoumba no levantó la mano para hablar.

—Yo no voy a poner me llamo Amar, voy a poner me llamo Khoumba.

—¿Lo haces a propósito?

Disimuló una sonrisa volviendo a mirar la hoja, llevaba una pinza roja plantada en el cráneo y llamaron a la puerta. El director apareció en el umbral, seguido del intendente Pierre y de los dos asesores principales de educación, Christian y Serge. Como los alumnos no lo hicieron espontáneamente, les pidió que se levantasen.

—Es una forma de saludar al adulto que llega, eso es todo. No hay que tomarlo como una humillación.

Bastien había dejado un paquete de galletas para todos sobre la mesa baja del rincón salón. Danièle se sirvió.

—Te lo aseguro, si te das tiempo para respirar cada vez descendes un peldaño hacia el sueño. El objetivo es bostezar. Lo sé, en una época hice sofrología. Antes dormía dos horas por noche, ahora casi tengo hipersomnia.

Line metió a su vez la mano en el paquete abierto.

—¿Y para el dolor de espalda tienes algo?

—Sofrología también.

—Porque yo la espalda es que no puede ser.

—Yo soy más bien de migrañas.

—Sofrología te digo.

Un bebé calvo, pegado con celo en el anverso del casillero abierto de Élise, sonreía mientras ella examinaba de nuevo sus horarios.

—Tres horas el viernes por la tarde, gracias.

—Yo el jueves igual.

—Sí pero el jueves es mejor.

—Ya, pero empezar a las ocho el lunes... hay que tener ganas, ¿eh?

—Sí, pero por lo menos los chavales duermen, es más tranquilo.

Géraldine se mantenía erguida, paralela a la mujer con sombrilla que estaba pintada en segundo plano.

—¿Alguien sabe fotocopiar a dos caras?

Bastien habló en nombre de todos.

—Pues... nadie sabe, pero hay galletas si quieres.

—¿Ha sonado?

Al preguntarlo Line sabía perfectamente que sí. Danièle también.

—Duermes mejor y eso lo cambia todo.

Me estaban calibrando en silencio. Yo fingía no sonreír.

—Pues eso, hacéis vuestro autorretrato. Tenéis diez líneas y cinco minutos.

Un chaval con la cabeza rapada levantó la mano. Gracias a la cuartilla en equilibrio vertical en el ángulo de la mesa, pude identificarlo como Souleymane.

—¿Por qué hacemos esto?

—Se lo hago hacer a todas mis clases.

—No sirve de nada.

—Sirve para conoceros.

Y para ganar tiempo a principio de año.

—Pero nosotros no sabemos nada de ti.

Escribí mi nombre en la pizarra. Lo copiaron en sus cuadernos de correspondencia. Retrocedí tres pasos para ver si estaba bien recto. Al hacerlo no pensaba en nada. Uno que se llama Tarek, letras con marcador azul sobre la cuartilla doblada, levantó el brazo.

—¿Tú eres un profe que hace muchos dictados?

—¿Qué me aconsejas, hacer muchos o no?

—No sé yo, el profe eres tú.

—En ese caso me lo pensaré.

Un morenito de la primera fila ya se había girado tres veces. Después de echar un vistazo a la cuartilla doblada, pude llamarle la atención por su nombre.

—Mezut, es a mí a quien hay que mirar.

No pareció haber oído.

—Mezut, es a mí a quien hay que mirar, ¿sí o no?

Murmuró un sí sin mucha convicción.

—Ven a verme al final de la hora.

No había cuartilla en el rincón de la mesa de la tercera fila donde dormitaba un polo amarillo satinado que pude distinguir.

—Oye tú, el de ahí, ¿cómo hago para dirigirme a ti? ¿Cómo te llamo? ¿Noventa y cuatro?

—Ése no es mi nombre. Mi nombre es Bien-Aimé.

—Ah vale, porque he pensado que no ha puesto su nombre en el ángulo de la mesa porque ya está escrito sobre su polo.

—Nada que ver, profe.

—Entonces ¿qué es noventa y cuatro?

—No sé, una cifra.

—Querrás decir un número.

—Sí, eso mismo, una cifra.

La campana hizo el efecto de un petardo en una pajarera dormida. Vigilaba con el rabillo del ojo a Mezut que se preguntaba si me habría olvidado o no, pero prefirió no arriesgarse, se acercó en silencio y dejó primero su autorretrato al lado de mi cuaderno de ausencias.

—¿Vas a ser así todo el año?

Como no levantaba la cabeza yo no podía ver qué aspecto tenía.

—Te escucho. ¿Vas a ser así todo el año?

—¿Así cómo?

—En plan me doy la vuelta todo el rato y sonrío tontamente cuando me hablan.

—Es que había una cosa que no había entendido.

—¿Vas a ser así todo el año?

—No.

—Porque si eres así todo el año habrá guerra y tú eres el que va a perder. O es la guerra y para ti será una pesadilla, o haces las cosas bien y todo irá bien, que tengas un buen día.

—Gracias. Adiós.

Géraldine anotaba nombres de alumnos en su cuaderno de notas.

—¿Ya has visto a los de tercero 3?

La pregunta iba dirigida a Léopold que navegaba por una web gótica y no se dio la vuelta.

—Sí, una vez.

—¿Y?

—Bien.

—Sí, yo igual. Pero bueno, ya veremos.

Una amazona enmascarada y vestida con un mono totalmente de cuero invitaba al internauta a reunirse con ella en el submundo.

—¿Y tú, has tenido a los de quinto 1?

—Una vez.

—¿Y?

—Bien.

—Sí, yo igual. Pero bueno, ya veré. Hay colegas que ya se están quejando de ellos.

Line subió la voz por encima de la fotocopiadora que

escupía a gran velocidad una caricatura de Don Quijote. De una hoja a otra siempre era la misma.

—No sé si tengo derecho a ponerles series de la tele a los alumnos.

Nadie se propuso para clarificar el punto jurídico planteado.

—De hecho me gustaría ponerles *Hasta Luego*. Es una serie de la sexta.

Géraldine recorría la lista de tercero 3 calculando la proporción de chicas.

—Nosotros no tenemos la sexta.

—Está superbien como serie.

—Ni la sexta ni la primera.

—Es un poco tonta pero precisamente a los críos les podría gustar.

—El otro día mi suegro, que había venido a pasar el fin de semana, quiso ver las noticias en la primera, pero tuve que decirle lo siento pero aquí no va a poder ser.

Valérie provocó una corriente de mal rollo.

—Joder, es inadmisibile soportar esto. ¿Ya habéis tenido a los de quinto 1?

—Una vez.

—Porque conmigo están fuera de sí. Primera clase y ya he hecho tres fichas de incidente.

Line se había puesto un radiocasete grande bajo el brazo.

—Precisamente es con los de cuarto 2 con los que quiero hacer *Hasta Luego*. ¿Alguien los ha tenido ya?

—Sí, una vez.

—¿Y?

—Bien.

—Ya, yo igual, pero bueno, ya veremos.

Cuartilla de cuadros grandes. Me llamo Souleymane. Soy más bien tranquilo y tímido en clase y en el colegio. Pero fuera soy otra persona: nervioso. No salgo mucho. Sólo para ir al boxeo. Más adelante me gustaría dedicarme al sector de la climatización y sobre todo no me gusta la conjugación.

Cuartilla perforada con cuadros grandes. Khoumba es mi nombre pero no me gusta mucho. Me gusta el francés salvo si el profesor es malo. La gente dice que tengo mal carácter, es verdad pero depende de cómo me respeten.

Folio de cuaderno de borrador. Djibril es mi nombre. Soy maliense y estoy orgulloso porque este año Mali participará en la copa de África. Ganará a Livia, Algeria y Mozambique. Me gusta mi colegio porque los profes dejan acer excepto cuando estás demasiado alterado. Es una pena que lo dejaré al final del año porque estoy en último curso, en tercero.

Folio perforado con cuadros pequeños. Me llamo Frida, tengo 14 años y hace el mismo número de años que vivo en París con mi padre y mi madre. No tengo ni hermano ni hermana pero muchas amigas. Me gusta la música, el teatro y la danza clásica que practico desde hace diez años. En el futuro quiero ser abogada porque pienso que es la mejor profesión del mundo y que es genial defender a la gente. En cuanto al carácter soy muy buena y fácil de tratar, pero mis padres dicen que pienso mucho. En cambio a veces soy lunática y creo que es porque nací bajo el signo de Géminis.

Cuartilla de cuadros grandes arrancada de un cuaderno. Me llamo Dico y no tengo nada que decir sobre mí porque nadie me conoce excepto yo.

Media cuartilla arrancada de agenda, líneas horizontales sin cuadros. Me llamo Sandra y estoy un poco triste

de volver al colegio pero también contenta porque el colegio me gusta, sobre todo el francés y la historia, cuando aprendemos cómo los humanos han construido el mundo donde vivimos hoy. Aún tengo muchas cosas que decir pero pronto recojerá mi hoja y he querido hacerlo demasiado bien y he empezado a escribir solo hace dos minutos, perdone las faltas.

Folio de cuadros pequeños arrancado de un cuaderno de espiral. Tony Parker es el mejor baloncestista. Por eso juega en america. Es bajo pero corre rapido y hace tiros geniales de 3 pts. En realidad es alto. Cuando esta al lado del periodista, es el periodista el que es bajo. Firmado: Mezut.

Cuartilla de cuadros grandes perforada. Me llamo Hinda, tengo catorce años y soy feliz por vivir. En el futuro quiero ser profesora. Me gustaría estar en parvulario, así hay menos trabajo, una hoja y un rotulador los tiene todo el día ocupados. No, es broma, es solo que me gustan mucho los niños y también los libros de amor.

Cuartilla de cuadros grandes. Me llamo Ming. Tengo quince años, soy un chino. Vivo en el 34 de la calle nantes 75 019 con mis padres y iba al colegio con mis amigos, estoy en cuarto 2 y es un poco difícil para mí porque no hablar yo muy bien francés. Mis puntos bien es que soy buena y trabajador. Mis puntos mal es que soy curioso.

Cuartilla Canson. Me llamo Alyssa, tengo trece años y problemas en la rodilla porque he crecido demasiado rápido. Del francés todavía no sé lo que pienso. A veces me gusta y a veces me parece totalmente inútil hacerse preguntas que no tienen respuesta. Quiero ser médico humanitario porque un día un médico humanitario me habló de su profesión y supe que era eso lo que se debe hacer. No digo más, te dejo juzgar por ti mismo.

Deambulaba entre las mesas paseando la mirada pero sin mirar los cuadernos que a mi paso se cubrían de codos. Me aburría.

—Bueno va, corregimos. Entonces, una perífrasis aspectual habitual. Hadia, ¿qué nos propones?

Pendientes de plástico negro moteados de corazones rosa.

—Voy a estudiar.

Lo anoté en la pizarra y retrocedí.

—Bueno, a ver, ¿aquí cuál es el problema?

Los Angeles 41 se leía en la sudadera de Hadia, que se había quedado muda.

—Ayer dije que las perífrasis aspectuales resaltan una fase del desarrollo de la acción verbal y que las habituales indican que la acción se repite varias veces. ¿Por ejemplo, Mezut? Si no te importa mirar hacia aquí.

—No he entendido la pregunta.

—Empieza por escucharla y verás que te será más fácil. ¿Cynthia?

Pink bordado en rosa sobre camiseta negra.

—Estoy estudiando.

Yo iba anotando en la pizarra a medida que me dictaba.

—Muy bien, ésa es una perífrasis aspectual, pero en ese caso sería aspectual durativa, que indica una acción que se está desarrollando y no una aspectual habitual, que es cuando la acción se repite varias veces. Por lo tanto, ¿cómo sería, Cynthia?

—Vengo estudiando.

—No, ésa es aspectual durativa retrospectiva, porque retoma una acción desde el pasado y la prolonga en el presente.

Pink.

—Sigo estudiando.

—Cuidado... eso sería retomar la acción interrumpida, o sea, reanudativa. Va, ya casi lo tienes.

—Suelo estudiar.

—Exacto.

En ese momento Alyssa se ha erguido.

—Una cosa... en el caso de sigo estudiando la acción también se está desarrollando, así que sería una aspectual durativa, además de reanudativa.

—Tienes razón, lo que pasa es que la segunda indica además que se retoma, se reanuda la acción interrumpida, por eso se llama así. Pero no te preocupes, todos los hablantes utilizamos perífrasis pero casi nadie se sabe la clasificación exacta, así que tampoco vale la pena que le demos muchas vueltas.

Había dormido mal, ellos dormían. La puerta se abrió pero nadie había llamado y Sandra estaba allí, temblaron las paredes.

—Hola.

Ese hola no pretendía ni mucho menos excusar un retraso, ya estaba de camino hacia el fondo del aula pasando en tromba por delante de su sitio habitual al lado de Hinda, que se parecía a no sé quién y hoy tenía aspecto triste, se había apagado el destello de sus bonitos ojos negros. Sandra tiró la mochila sobre la mesa que ocupaba Soumaya sola en la última fila y se sentó debajo del póster Holidays in Ireland.

—¿Por qué te cambias de sitio así?

—Porque sí.

—Claro, explicado así me has convencido.

—No te lo puedo decir.

—¿Es un expediente clasificado confidencial?

—¿O sea?

—O sea, ¿que es un secreto de Estado?

—¿Qué es un secreto de Estado?

—Es un secreto muy muy secreto.

—Pues eso.

Tenían que redactar un aforismo utilizando el presente gnómico. Gibran se reía de no sé qué tapándose con la mano y haciéndole eco a Arthur que se reía de no sé qué tapándose con la mano.

—Gibran, te escucho.

—¿Qué?

—Tu aforismo.

—¿Mi qué?

—Tu aforismo.

—No sé qué es.

—Es lo que tenías que hacer para hoy.

Llamaron a la puerta y entró Mohammed-Ali, Trendy 89 Playground.

—¿He dicho que entres?

—No.

—¿Y entras igualmente?

—¿Quieres que salga?

—No, está bien. ¿Tienes justificante?

—No porque he pensado que sería mejor no retrasarme más parándome donde los vigilantes.

—¿Y por qué llegas tarde?

—Por mi ascensor.

—¿Es lento?

—No, se bloquea todo el rato.

—Debe haber sido terrible.

—No, todo bien, no pasa nada.

Zineb levantaba la mano desde hacía dos minutos.

Cinta rosa a modo de diadema, pendientes de plástico del mismo color.

—¿Puedo decir mi aforismo?

—Adelante.

—No estoy segura de que esté bien.

—Adelante.

—Te aviso que no estoy segura que esté bien.

—Te escuchamos.

—Lo que no te mata, te hace más fuerte.

—Muy bien.

Mohammed-Ali acababa de sentarse, Trendy 89 Playground.

—Yo no estoy de acuerdo. Si por ejemplo te rompes las dos piernas, pues no te mueres pero eres menos fuerte.

—Lo mejor es quedarse atascado en un ascensor, así no te pasa nada.

Hinda levantó la mano y los ojos apagados.

—¿Sí?

—Traicionar a un amigo es como traicionarse a uno mismo.

Exclamación de indignación, fisuras en las paredes, Sandra.

—Pues no eres la más indicada para decirlo.

Soumaya le hacía eco.

—Deberías empezar por ti y luego ya veremos.

Hinda se parecía a no sé quién y no se dignaba a escuchar sus invectivas.

—¿Otras propuestas?

Sandra, Holidays in Ireland.

—Respetar a los demás como te gustaría que te respetaran.

Fangjie y Ming compartían mesa, como debe ser. Me había fijado en sus apellidos en la lista sin cuestionarme el estado de su francofonía. Ahora me lo preguntaba, temía que al interrogarlos se contrajeran por la incompreensión como un erizo preso en una mano. Esperé al primer ejercicio para alargar el cuello por encima de sus hombros. Las frases no eran ni más ni menos correctas que las de los demás, pero era gramática, podía ser que transcribieran de forma mecánica.

Durante la corrección llegué a su mesa después de recorrer el aula y me tuve que lanzar. Ming parecía menos aterrorizado. Leyó la frase con un fuerte acento, tropezó con «apelmazaban» pero supo identificar los tiempos verbales.

Hacia el final de la hora incluso se ofreció voluntario para señalar los verbos en pretérito imperfecto. Se detuvo en «había caído». Opté por no objetar que el participio a continuación hacía del verbo un auxiliar y no el verbo propiamente dicho, confiando en que los demás no dijeran nada. Nadie se manifestó pero no me atrevía a cantar victoria porque Frida llevaba el pelo echado hacia atrás y en sus ojos se adivinaba la astucia.

—Pero no es del todo un verbo, es el auxiliar. Después viene «caído», así que es más bien el verbo caer que el verbo haber.

—Sí pero haber se conjuga incluso cuando es auxiliar, así que podemos considerarlo como un verbo.

—¿Entonces es el verbo caer o el verbo haber?

—Es un poco ambos.

—Eso es lo que se llama un dilema, salvo que aquí es supertrágico porque en ambos casos uno sale perdiendo.

Por un lado tenemos la existencia, y ¿qué es la existencia? La enfermedad, el sufrimiento, la muerte de los seres queridos, y bueno, son muchas otras cosas pero está todo eso de que hay que sufrir. Y por otro lado pues está la muerte, es decir, la nada, en todo caso para los que no creen en Dios. Vamos, que o se sufre o se muere, sabiendo que a fin de cuentas habrá que pasar por ambos. Pues eso es más o menos *to be or not to be*. Ser sufridor o no ser, es decir morir. ¿He contestado a tu pregunta, Lydia?

Mohammed le ha ahorrado una mentira de cortesía.

—Y tú, ¿prefieres ser o no ser?

—Ésa es la cuestión.

—Yo prefiero ser.

—Haces bien, pero vamos a seguir con la lección.

A título de ejemplo de presente con valor de futuro escribí «Bill parte mañana a Boston». Djibril tomó la palabra sin pedirla, Adidas 3 escrito en pequeño bajo un escudo triangular en el pecho izquierdo.

—¿Por qué es siempre Bill o cosas así?

—Cuando uno quiere intervenir levanta la mano.

Lo hizo.

—¿Por qué es siempre Bill o cosas así? ¿Por qué nunca es, qué sé yo, Rachid o algo así?

Me fastidió que mi estrategia para esquivar el problema no surtiera efecto.

—Si pretendo representar a todas las nacionalidades en lo que a nombres se refiere no acabaré nunca. Pero bueno, vamos a poner Rachid para que Djibril esté contento.

Al fondo de la clase una voz no identificada masculló «Rachid, vaya nombre más feo», pero mi mano ya había borrado Bill y se aplicaba en formar las letras de Rachid. Rachid parte mañana a Boston.

Gilles dejó caer una pastilla en un vaso de agua. Sylvie, que se estaba peleando con la copiadora, dijo

—tienes pinta de cansado.

—Sí, no sé.

Dudó en desarrollar el tema presintiendo que lo agobiaría aún más, pero lo desarrolló igualmente.

—Son los de cuarto. Ya me están empezando a...

Para completar se pellizó dos veces la nuez entre el pulgar y el índice. Léopold tenía una hilera de aros en la cresta de cada oreja.

—¡Pues si vieras a los de quinto 1!

Élise estaba de acuerdo.

—Están chiflados, te lo juro. Esta mañana he hecho cuatro fichas de incidente. Yo si sigue así se va a acabar. El año pasado la tensión me bajó a 7 y no tengo ganas de que vuelva a pasar, gracias.

Marie recuperaba por tercera vez una moneda ineficaz de la parte de abajo de la máquina.

—¿Alguien tiene cambio de cincuenta céntimos?

La pastilla efervescente empezó a disolverse dentro del vaso de Gilles.

—En cuarto también hay cada caso... Hadia por ejemplo es insoportable.

Jean-Philippe sonrió desde el rincón salón.

—¿Sabes qué quiere decir Hadia en árabe? Quiere decir nobleza silenciosa.

Gilles tragó de un sorbo el líquido que ahora era gaseoso. Bastien le preguntó si quería

—¿una galleta para acompañar?

—De todos modos no cambiará nada.

Valérie abrió una revista con colores sobre sus rodillas y Claude, que estaba sentado al lado, le echó el ojo.

—Yo soy Escorpión, o sea que soy bastante relajada, ¿sabes?, pero al mismo tiempo tengo mucho carácter.

—Yo soy Géminis.

—¡Ay! ¿Qué ascendente?

—Ascendente Leo.

—Ah sí, tú también tienes bastante carácter.

—¿Por qué?

—Normalmente es eso, los ascendente Leo son susceptibles.

—¿Ah sí? Pues tú siendo Escorpión, cuidado...

—Pero si los Escorpiones son puros.

—Seee.

—¿Y tú Géminis?

—Sí.

—Yo los Géminis...

—¿Qué pasa con los Géminis?

—Pues que los Géminis no son muy... francos, que digamos... Van de vivarachos pero no es natural.

—Los vivarachos son los Piscis.

—No es que los Géminis tienen un poco esa doble cara, ¿sabes? ¿Tú no eres un poco así?

—Sí, sí, soy profe de inglés por el día y por la noche asesino en serie.

Nucas inmóviles. La consejera de orientación pedagógica explicaba al detalle los itinerarios posibles después de tercero y enriquecía su informe con preguntas contrastadas con respuestas lacónicas y anónimas que la inducían, erróneamente, a convencerse de la competencia de su auditorio, y además le permitían ir completando poco a poco el esquema esbozado en la pizarra.

—Tenéis dos grandes familias de segundo, segundo

profesional y segundo general y tecnológico. Pues bien, el segundo profesional, ¿por qué se llama profesional?

—Porque es para trabajar.

—Muy bien, así es, permite acceder más rápidamente al mundo profesional. Lo que se enseña es algo que tiene que ver más bien con el ámbito del *savoir-faire*.

Ninguno preguntó qué era el *savoir-faire*.

—Por ejemplo, en la sección de secretaría se aprende cómo redactar una carta, mientras que en la de STT haréis cosas más del ámbito del derecho económico.

Ninguno preguntó qué era el derecho económico. En la espalda de la camiseta recostada de Djibril se veían las letras de su nombre redondeadas en semicírculo bajo un imponente 5. Dianka y Fortunée se divertían con algo que habían visto a través del cristal. Los demás tenían pinta de estar escuchando.

—A final de año tendréis que hacer un dossier de inscripción para el instituto que hayáis elegido, bueno, que hayáis elegido en función de lo posible. Porque para elegir ya sabéis cómo va, es como las abscisas y las ordenadas, en las abscisas está lo que queréis hacer y en las ordenadas lo que podéis hacer. Vaya, que hay que encontrar la conciliación entre deseo y realidad.

Escribió las dos palabras en la pizarra y las separó con una barra.

—Cuando hayáis conseguido la conciliación adecuada, el director de vuestro colegio tendrá que ratificar la opinión del comité de clase y luego vosotros sois los que tendréis que hacer las gestiones complementarias.

Ninguno preguntó ratificar. La consejera repartió unas fichas verdes para rellenar al momento. Deseo / Realidad. Yo abandoné el fondo del aula para recorrer las filas. Huang no sabía por qué parte empezar. Empezó a re-

llenar ansiosamente el cuestionario. Frente a la profesión de la madre escribió mecánico-textil.

—De los veinticuatro ejemplares de ejercicios sólo dos han entendido más o menos la expresión «sentido de la existencia». ¿Qué quiere decir el sentido de la existencia?

Frida, Love Me Twice en negro sobre camiseta rosa.

—Quiere decir para qué servimos.

—Hay que levantar la mano para hablar. ¿Y bien, para qué servimos?

Los cuatro chicos del fondo no escuchaban.

—Kevin, ¿no te interesa el sentido de la existencia?

—¿Qué?

—No se dice «qué».

—¿Cómo?

—Que no parece interesarte el sentido de la existencia.

—Sí.

—Entonces, ¿qué es?

—Yo qué sé.

—En ese caso, escucha a los demás y lo sabrás. Frida, ¿puedes decirnos cómo se le da sentido a la existencia?

Frida no busca, encuentra.

—No sé, por ejemplo si creemos en Dios y todo eso.

—Bien, muy cierto. La gente que cree en Dios, es una forma de darle sentido a la existencia. Y los que no creen, ¿cómo lo hacen?

Los cuatro del fondo no escuchaban.

—Kevin, ¿qué se les dice a los creen que lo mejor sería pegarse un tiro ya?

—Yo qué sé.

—¿Los dejamos hacer?

Lydia habló sin levantar la mano.

—El sentido es también ayudar a los demás.

—Hay que levantar la mano para hablar. ¿Ayudarlos cómo, Lydia?

—Pues no sé, darles de comer.

—Exacto, eso es, por ejemplo se puede ser útil con lo que se llama el compromiso humanitario y cosas así. Y sino, ¿cómo?

Sonrió.

—Enseñándoles cosas.

—¿A quién?

—A los demás.

—¿Entonces la vida de un profe tiene sentido?

—Pues claro, porque tiene una misión y todo.

—¿Quieres decir que lo han traído al mundo para eso?

—Puede. No sé.

Hilera izquierda, primera fila. Dico salió de su silencio distante.

—Pero qué dices. Eh profe, ¿tú cuando naciste querías ser profe?

—No, fue a los dos o tres años.

Se volvió hacia Lydia.

—Pues eso, ¿lo ves? La otra no sabe lo que dice.

Al principio de la hora de ayuda al trabajo personal les pedí que leyeran la página del día de sus agendas. Sofiane, bastante fea, empezó a leer el enunciado de un trabajo de artes plásticas. Su voz insegura era poco audible porque los trabajos habían tenido malas notas, que era lo que yo intentaba demostrar. Le pedí que repitiera el enunciado pero ella se saltaba sistemáticamente uno de los términos. Con mi irritabilidad propia de los lunes le cogí la

agenda con un gesto brusco. En efecto, el término oculto, situado entre «imaginar» y «creíble», era ilegible. Youssouf, Unlimited 72, lo descifró como «trama». Me volví de nuevo hacia Sofiane.

—¿Cómo es que Youssouf ha escrito trama y tú no?

—No sé.

—Trama es una palabra que conoces, ¿no?

—No.

—Ah, ¿no conoces esa palabra? A ver, los demás, ¿sabéis lo que significa trama, verdad?

Nadie avalaba tal certeza.

—Trama, ¿no sabéis?

Yelli movió los labios dubitativamente.

—Es un poco como la historia.

—Bien. Es eso, es la historia, no las imágenes. Antes de rodar una película el director tiene una especie de libro así de grande donde apunta lo que los personajes hacen y dicen. Así que «imagina una trama creíble», ¿qué significa? ¿Qué quería que hicierais vuestra profe?

Ahora ni siquiera Yelli se manifestaba. Mis pies se hundían en la tarima.

—¿Qué quiere decir creíble?

A Mody le hubiese gustado saberlo y levantar la mano y decirlo. Pero como no, lanzaba palabras al tuntún.

—¿Interesante, sabio, serio?

—Sí, eso es, es un poco como serio pero más preciso. Creíble viene del verbo creer, quiere decir algo que se puede creer. Por ejemplo, si Mody llega tarde y me cuenta que ha tenido que neutralizar a una manada de marcianos que ha salido de su váter, yo le diré Mody tu excusa no es creíble. En cambio, si me dice que se ha levantado tarde, quizá no le crea pero, bueno, digamos que se podría creer,

por lo tanto es creíble. Así que «imaginad una trama creíble», ¿queda claro para todos ahora?

Algunas cabezas asintieron sin demasiada convicción.

—Lo que teníais que hacer era inventar una historia pero sin desvariar, tipo ayer me desperté y tenía ocho piernas y me escondí en un champiñón a comer orejas de pingüino con mayonesa. De hecho creo que vuestra profe tenía miedo de que escribierais cualquier chorrada, eso es todo, y por eso os pidió algo creíble. Bueno, eso era lo que había que hacer para hoy, pero si no entendisteis nada, ¿cómo habéis hecho para hacerlo?

El aula de estudio, que había sido acondicionada para la ocasión y todavía estaba vacía a la hora prevista, se fue llenando lentamente. Algunos siguieron ocupando sus sitios alrededor de la U de mesas en cuyo vértice el director ya había abierto los debates.

—Si todo sucede como lo prevé la ley, los extranjeros que lleguen primero empiezan entrando en una clase de francés intensivo, luego van a una clase de acogida y sólo a partir de ese momento pueden formar parte de un colegio cualquiera, con la posibilidad de seguir un curso intensivo de francés segunda lengua o de francés lengua extranjera.

Marie había tomado el turno de palabra y nadie estaba dispuesto a disputárselo.

—¿Hay alguna estructura prevista para los no francófonos que no sean chinos? Tengo un caso así en sexto.

El director hizo una mueca de preocupación que le cambió la cara.

—El problema es que hay pocas plazas, nos vemos obligados a respetar las prioridades. Si encuentras a diez

alumnos como ése podemos abrir una clase. Pero hasta entonces contamos con los más numerosos y, si repasas geografía, verás que son los chinos.

Marie, indiferente ante el incisivo humorístico, se volvió a zambullir en la corrección de exámenes. Claude no había despegado la vista de los suyos. Justo al lado, Léopold, tres aros por ceja, abrió un clasificador por una página tamaño póster donde aparecía una *vamp* con los ojos tiznados y muy abiertos.

—¿Quién es?

Dijo un nombre italiano en voz baja.

—¿Qué estilo es?

—Metal.

—¿Existe el metal italiano?

—Sí, sí, su grupo es uno de los mejores de Europa.

El director no había parado de hablar.

—Lo que propongo es que un miembro de cada equipo pedagógico localice en el horario el día que haya más probabilidad de que los alumnos lleven la mochila muy cargada y vean qué se puede hacer para aligerarla.

Aquello interesó a Valérie, Claude y Danièle.

—Bueno, de entrada habría que conseguir que no traigan más de lo necesario.

—Tendría que haber un juego de manuales disponible en las aulas.

Léopold releía la letra de la canción que había copiado con letras góticas en el dorso del clasificador.

—¿De qué va?

—Es una carta que alguien deja antes de suicidarse.

—¿Se ha suicidado la cantante?

—Claro que no, la canta ella.

—Qué gilipollas soy.

El director no había parado de hablar.

—La ventaja del sistema de puntos es la misma que la del permiso de conducir: el alumno sabe cuándo lo pueden sancionar y es una incitación a tranquilizarse. La desventaja es la misma que la del permiso de conducir: mientras le queden puntos puede seguir igual casi con total impunidad. Quizá habría que inventar una sanción que se los quitara todos de golpe, pero en ese caso de qué serviría lo de los puntos, vaya que es complicado.

Tenía que forzar su voz suave para hablar más alto que los apartes que se habían ido formando y que ya casi habían dejado de serlo. Abrió sin mucha convicción un par de temas de reflexión más y luego propuso una pausa antes de que nos repartiéramos en grupos para sentar las bases de un proyecto de establecimiento. La propuesta provocó el mismo efecto que un silbido en un gallinero. Silencio súbito al principio y luego piernas pesadas que empujan sillas hacia atrás y salen del aula.

En los servicios, Jacqueline y Chantal compartían el lavamanos.

—¿Hasta qué hora crees que estaremos?

—Yo igualmente tengo que recoger a los peques del cole.

—Mierda, no hay toalla.

Me dirigí hacia el fondo del pasillo. Los agentes habían abandonado la caseta. Mangué un azúcar y abrí las puertas del armario metálico en busca de un trapo.

—Empieza por 1.

Me volví hacia la puerta desde donde parecía provenir esa preciosa voz. Pero el hombre estaba en el lado opuesto, a contraluz en la ventana sobreexpuesta al sol. Una sombra.

—Para contar hasta 100 se empieza por 1. Si falta el 1 no salen las cuentas.

Nunca había oído esa voz sin edad.

—El 1 no garantiza el 100, pero sin 1 no hay 100.

Sacó un trapo rayado de la estantería superior del armario y me lo posó sobre el torso.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once...

Al llegar al aula de estudio mi cerebro seguía contando. La U estaba desierta, esperando que el primer retorno de la pausa implicara otras. Yo estaba cogiendo sitio, vasito de chocolate en mano, veintiuno, veintidós, veintitrés, cuando Line me preguntó con una risita sorda y un poco sarcástica qué era un proyecto de establecimiento.

—Hay que definir las líneas generales y proponer acciones que las acompañen.

Veintinueve, treinta, volvíamos al cuentagotas, exagerando la poca inteligencia de la situación.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer?

—¿Qué se supone que tenemos que decirnos?

Treinta y cuatro, treinta y cinco, Géraldine también se volvió a sentar y se ofreció para ser la ponente de la sesión. Rachel lanzó el debate.

—Yo propongo un proyecto sobre la falta de civismo. No paran de lanzarse insultos a la cara, habría que castigar sistemáticamente.

—Se tendría que fotocopiar el Diccionario del perfecto salvaje e imponerles que traduzcan cada vez.

—¿Y eso qué es?

—Es una cosa que cataloga las expresiones de los suburbios y te da el equivalente. Por ejemplo, dices espurio en lugar de bastardo.

Claude no se rió ni añadió nada al respecto, sólo se enfrentó a la tendencia general como si fuera un viento de cara.

—El problema principal, y en eso estaremos todos de acuerdo, son los de quinto. Tenemos que hacer algo con ellos.

Gilles habló por primera vez en toda la tarde.

—Me sabe mal pero estamos pagando las estupideces del año pasado. El año pasado en sexto ya armaban follón, hubiese bastado con un par o tres de comités de disciplina para calmarlos.

Bastien tragó una galleta con avidez y tomó la palabra sin pedírsela a Géraldine, que era quien debía concedérsela.

—Es que además tienen un comportamiento típico de chusma, te desafían permanentemente.

Valérie tomó la palabra sin pedírsela a Géraldine, que era quien debía concedérsela.

—Es que es fácil darse cuenta de que los tipos que arman follón es porque no entienden nada, lo que habría que hacer es cogerlos aparte y empezar todo de cero con ellos.

Uno, dos, Gilles duplicó de golpe su número de intervenciones.

—Lo siento, pero entre los insoportables hay muchos que no son nada malos.

—Sí, pero los otros no.

Para terminar esta jornada de reflexión el director nos invitaba a champán. Sólo quedábamos una docena, trece, catorce, quince. El corcho de la primera botella, que descorcharon con todas las de la ley, rebotó contra la pared y después yacía bajo una mesa.

Dianka se reía de no sé qué con Fortunée, cuya rodilla sobresalía por encima de la mesa y llevaba escrito Life Style

en la camiseta de tirantes. Se hizo la sorda a mi primera interpelación. Subí la voz.

—Siéntate bien, he dicho.

Obedeció con indolencia.

—Mejor que eso.

Se irguió irónicamente.

—Te estamos escuchando.

—¿Qué?

—He dicho que te estamos escuchando.

No sabía si seguir fingiendo que no entendía durante más tiempo. Cada segundo era un ladrillo que la emparedaba en su juego. Su vecina murmuró algo que la hizo sonreír.

—Vale, ven a verme al final de la hora. Amar te toca a ti, frase 5.

—Los camellos beben poca agua.

—¿Qué tipo de presente es?

—De verdad general.

—Sí, es una verdad general porque no la podemos poner en duda.

Khoumba no levantó la mano, trenzas atadas con perlas rojas.

—Profe, hay camellos que beben.

—Sí, pero poco.

—Más que los hombres.

—Proporcionalmente sí.

—Entonces no es una verdad general.

—Sí.

—Has dicho que cuando no estamos de acuerdo no es una verdad general. Pues yo no estoy de acuerdo.

La campana hizo el mismo efecto que una miga tirada en un gallinero. Yo vigilaba a Dianka por el rabillo del ojo y ella se preguntaba si me habría olvidado o no. Se

acercó mirando a Fortunée que la estaría esperando en el pasillo. Life Style.

—Dame tu cuaderno y mírame.

Sólo obedeció a la mitad de la orden. Busqué la página de la correspondencia con la familia.

—Me vas a traer diez buenas resoluciones para este año. Hazlo firmar. Añado que si sigues con esta actitud solicitaré tu expulsión durante tres días. Mírame cuando te hablo.

Las dos amigas se hablaban con los ojos. Yo había dormido mal.

—Eres una imbécil. Hay que ver lo imbécil que eres.

—Tampoco hace falta que me insultes.

—No es un insulto, es la verdad, si digo que eres una imbécil es porque eres una imbécil, si digo que eres una idiota es porque eres una idiota, si digo que eres tonta es porque eres tonta. Y el día que no seas imbécil, ni idiota, ni tonta diré: Dianka es inteligente, fina e... inteligente.

—De qué vas tratándome así.

—Te insulto si me da la gana, si me da la gana decir que eres una imbécil, te digo que eres una imbécil, y si lo digo es porque es verdad, eres una imbécil, tengo tres clases y hoy por hoy eres tú con diferencia, y mucha, la que se lleva el título de alumna más imbécil. Con mucha diferencia.

—Ya vale.

—No, no vale. Dentro de tres meses pensarás por qué he sido tan tonta, por qué he perdido el tiempo con mis estupideces, dentro de tres meses dirás el profe de francés tenía razón, tendría que haberlo escuchado, hubiese entrado de lleno en el año y no hubiese perdido tres meses, eso es lo que pensarás dentro de tres meses, ¿apostamos? Pensarás he sido una pava y he perdido el tiempo, así que

lo que te propongo es que lo pienses desde ahora y así no habrá problema, te puedes ir, ya te tengo muy vista por hoy.

El pasaje de la novela hacía referencia a una burguesa rígida.

—¿Alguien sabe lo que significa «iba de tiros largos»?

De algunas filas surgieron propuestas anárquicas e improcedentes. Me alegraba poder explicarlo.

—Alguien que va de tiros largos es alguien que se viste de forma muy estricta, ¿veis lo que quiero decir?

No veían.

—De hecho lo que cuenta es sobre todo la rigidez, ¿sabéis esa gente que va vestida con tanto esmero que se mantienen rígidos como para no desordenar nada?

Cada palabra era un paso hacia atrás.

—Es como las vendedoras de las Galerías Lafayette. ¿Sabéis lo que son las Galerías Lafayette, no?

Su silencio y mi impotencia me hicieron adoptar un tono tajante.

—No claro, no lo sabéis porque están en otro barrio.

Sandra, que escuchaba a medias, se levantó y al hacerlo se dio un golpe con el codo en la pared. A la pared le dolió más.

—Bueno vale ya, no somos paletos, yo voy casi cada semana a las Galerías Lafayette, así que ya te vale.

La campana interrumpió sus vociferaciones al mismo tiempo que el jaleo de las cuatro, que se multiplicó por tres y luego se evaporó por los pasillos como un vuelo de patos en la lejanía. De repente vi pasar a las ocas salvajes por encima del estanque. Se dirigían hacia el sur, hacia el Mediterráneo. Un vuelo de perdigones sobre el estanque

ascendía hacia las... Sandra vino a asediar mi mesa flanqueada por Imane y Hinda, que se parecía a no sé quién.

—Profe, por qué te pitorreas de nosotros como si no supiéramos nada.

—No siempre, exageras un poco.

—Sí pero te has pasado con lo de las Galerías Lafayette porque yo las conozco tope de bien y voy todas las semanas, ¿vale?

—Es verdad que a veces me da la impresión de que no salís nunca de este barrio.

—Nada que ver, mi novio está en el 17.

Aviación apoyando a la artillería, interviene Hinda.

—No es trola, profe, su novio está en el 17, por eso va siempre allí.

Tenía dos opciones: batirme en retirada o hacer una maniobra de diversión.

—Por cierto, vosotras dos os habéis reconciliado, ¿no?

Sandra se subió el cinturón ancho por encima del michelín.

—Eso es cosa nuestra.

La lluvia empezó a golpear los cristales. Sylvie pasaba notas al cuaderno dispuesto a tal efecto, Géraldine mordisqueaba trocitos de un brioche que habían puesto sobre la mesa oval.

—En realidad estoy buscando más bien en el distrito 12.

—Es verdad, el 12 es agradable.

—Sí, hay rinconcitos muy monos.

—Bueno, no todos.

—Por eso el 11 está bien, porque es todo muy agradable.

Sylvie hizo una mueca dubitativa con una larga inspiración.

—Todo agradable tampoco.

—Está claro que no es el 6, pero bueno en conjunto es agradable.

—Ni siquiera el 6 es tan genial.

—Pues por eso, en el 11 hay vida por todas partes, es más bien juvenil.

—No necesariamente.

—Bueno quizá no es tan juvenil, pero por lo menos no te encuentras con viejas burguesas superforradas que te miran de arriba abajo en el ascensor, con sus perros y todo.

Sylvie cerró el cuaderno de notas y pellizcó con dos dedos un trozo de brioche.

—Sí, pero allí fijo que te encuentras con profes.

Entraron en el aula con todo el barullo de la tarde. Pedí que se sentaran pero no me hicieron caso. Dico y Khoumba se estaban insultando al fondo. Pensé que se trataba de una provocación rutinaria pero el tono subió y él la empujó. Me precipité hacia ellos para interponerme. Él pretendía seguir aunque no con violencia.

—Vete a tu sitio y siéntate.

Khoumba lo crispaba desafiándolo.

—Tú también, Khoumba, tranquilízate y siéntate.

Órdenes infructuosas. Atraídos por el ruido, unos alumnos más pequeños se habían parado en el umbral de la puerta que seguía abierta. En cuanto me acerqué salieron pitando hacia el piso superior. Llamé al que cerraba la marcha, que se volvió.

—Ven aquí.

—¿Qué? No soy yo.

—¿Cómo que no eres tú?

—Discúlpate.

—Lo siento.

—Vale.

Dico y Koumba seguían igual de alterados, no sé si era fingido o no. Sujeté a Dico por el brazo para llevarlo hacia su silla.

—¿Por qué me tocas?

—Siéntate.

—Me siento pero no me toques.

Kevin deambulaba por las filas.

—¿Y tú qué haces?

Lo dije gritando. Él señaló una silla que tenía cerca.

—Mi sitio es ahí.

—No, ése no es tu sitio. Tú vas al fondo.

Lo empujé por la espalda, pero él oponía la única resistencia de su peso de aspirante a obeso. Agarré brusca-mente las correas de su mochila que aterrizó en una mesa individual colocada en un rincón.

—¿Por qué la tomas conmigo?

—La tomo con quien quiero. Quién es el profesor, ¿tú o yo?

—¿Has visto lo que ha tirado?

Era Koumba blandiendo la prueba del delito, una bolita de papel. Dico se delató a sí mismo negando antes de que lo acusara.

—Que no soy yo, te digo. Ella me la suda.

—¿Te la qué?

—Que me da igual.

—Ah, así está mejor.

Me hubiese gustado que todos subieran a la pizarra a leer su texto sobre la contaminación, pero las chinas no eran capaces. Jie quizá sí, puede que Jiajia también, pero lo único que Liquiao y Xiawen hubiesen hecho es destrozar formulaciones que ya contenían lagunas. Ellas esperaban que no las sometiese a semejante prueba y yo esperaba que los demás no se diesen cuenta o fingiesen no hacerlo. Ya habíamos escuchado la mitad de las presentaciones cuando decidí no imponer que subiesen a la pizarra alegando que se nos acababa el tiempo. Mariama, diamante falso en la nariz izquierda, no levantó la mano para hablar con su voz gruesa.

—¿Y por qué la pandilla de Jie no va a la pizarra?

Bajé la cabeza un segundo de más y la levanté sin saber qué iba a decir.

—Esa forma de expresarse es poco amable.

—Pero ¿por qué no van?

—Van los que quieren y ya está.

—Antes le has dicho a Frida que fuera y ella no quería.

—Era porque estaba seguro de que estaba bien lo que había hecho Frida.

—Entonces los otros que no lo han hecho, ¿no está bien?

—¿Puedo seguir con la clase?

Como muestra de desaprobación colocó la lengua como una ventosa contra el paladar. Sonó tsss.

—¿Es una historia en la que los personajes son ratones?

Sandra formuló la pregunta mientras seguía apuntando en la agenda el título del libro que había que comprar.

—No, son hombres de verdad. Es sólo que en un momento hay una historia de ratones, ya verás.

cia sobre mi mesa, Nike Atlantic en la cazadora de falso cuero y la boca supercerrada como si tuviera miedo de que alguien encontrara el microfilme que llevaba escondido dentro. Redacté el texto del castigo junto con una nota para los padres. Contar en cien líneas el aprendizaje del respeto por parte de una adolescente, traer firmado para pasado mañana. Antes de devolverle el cuaderno, quería que se me deshincharan un poco las narices.

—¿Va a ser todo el año así?

—Todo el año qué.

—Pide perdón.

—Perdón por qué. No he hecho nada.

—Pide perdón. Hasta que no lo hagas no te dejaré ir.

Dudaba entre salvaguardar su dignidad y reunirse con sus amigas que asomaban la cabeza una a una por el marco de la puerta.

—Vale ya, no tengo que disculparme porque no he hecho nada.

Para hacerme enfadar hizo ademán de querer coger el cuaderno que yo sostenía en el aire.

—¿Pero, qué haces? Arráncame el brazo ya que estás.

Volvió a poner una barrera.

—¿Qué ha pasado este verano, te has enterado de algo desagradable sobre mí?

Tosca ofensiva.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, el año pasado éramos amigos, te caía bien y este año me amargas la vida, así que he pensado que a lo mejor este verano te contaron cosas malas sobre mí.

—Mi madre me está esperando.

—Está esperando que te disculpes.

—Perdón.

—Perdón y qué más.

—Perdón y ya está.

—¿Perdón y qué más?

—No sé.

—Repíteme conmigo: siento haber sido una insolente contigo.

—No he sido insolente.

—Estoy esperando. Siento haber sido una insolente contigo.

—Siento haber sido insolente una contigo.

Lo recitó de forma mecánica, con ostensible ausencia de convicción. Aún así le entregué el cuaderno, ella lo cogió en seguida y se fue dando saltitos hacia la puerta. Justo antes de desaparecer por el pasillo, gritó

—no lo pienso.

Di un brinco pero ya era demasiado tarde. Su pequeña silueta frondosa bajaba por la escalera a la altura del piso de abajo. Renuncié, de todos modos sólo la hubiese amenazado a gritos. Al volver a mi mesa le di una patada a una silla que quedó invertida. Cuatro hierros al aire.

1. ¿Cuáles son los valores de la escuela republicana y cómo se puede fomentar su reconocimiento por parte de la sociedad? 2. ¿Cuáles deberían ser las funciones de la escuela, en el contexto europeo de hoy en día, de cara a las próximas décadas? 3. ¿Hacia qué tipo de igualdad debería orientarse la escuela? 4. ¿Es preciso repartir de otro modo la educación entre la juventud y la edad adulta y que el mundo laboral esté más implicado? 5. ¿Qué base común de conocimientos, competencias y normas de comportamiento deberían dominar prioritariamente los alumnos al terminar cada etapa de la escolaridad obligatoria? 6. ¿Cómo debe adaptarse la escuela a la diversidad

del alumnado? 7. ¿Cómo podría mejorarse el reconocimiento y la organización de la vía profesional? 8. ¿Cómo se puede motivar a los alumnos y hacer que trabajen eficazmente? 9. ¿Cuáles deberían ser las funciones y modalidades de la evaluación de los alumnos, de la notación y de los exámenes? 10. ¿Cómo se puede organizar y mejorar la orientación de los alumnos? 11. ¿Cómo se prepara y se organiza la entrada en el ciclo superior? 12. ¿Cómo pueden favorecer los padres y las figuras externas a la escuela el buen rendimiento escolar de los alumnos? 13. ¿Cómo hacerse cargo de los alumnos que tienen grandes dificultades? 14. ¿Cómo se escolarizan los alumnos minusválidos o con enfermedades graves? 15. ¿Cómo se puede luchar eficazmente contra la violencia y la falta de civismo? 16. ¿Cómo y de qué tipo deberían ser las relaciones entre los miembros de la comunidad educativa, concretamente entre padres y profesores y entre profesores y alumnos? 17. ¿Cómo podría mejorarse la calidad de vida de los alumnos en la escuela? 18. ¿Cómo deberían, en materia de educación, definirse y repartirse las funciones y las responsabilidades respectivas del Estado y de las colectividades territoriales? 19. ¿Sería conveniente otorgarles más autonomía a los establecimientos y acompañarla de una evaluación? 20. ¿Cómo podría la escuela sacarle el mayor provecho a los medios de que dispone? 21. ¿Es preciso redefinir las profesiones de la escuela? 22. ¿Cómo se debería formar, contratar, evaluar y organizar mejor la carrera del profesorado?

Mohammed y Kevin se peleaban por el sitio que había junto a Fouad, bajo un planisferio en el que la URSS reinaba en rojo. Al final Mohammed optó por desalojar a

Bamoussa, que protestó diciendo que él siempre se sentaba ahí en francés.

—Mohammed, si quieres su sitio tendrás que buscar un argumento mejor que ése.

—Que se largue y ya está.

—Eso no es un argumento.

—Si Bamoussa se queda en este sitio habrá demasiada contaminación en esta clase, y eso es malo para la capa de ozono.

—Eso está mejor. Pero no entiendo por qué contamina.

—Contamina con sus zapatillas todas chamuscadas.

—¿Se te han quemado las zapatillas, Bamoussa?

—Él es el que se ha quemado.

Aunque ya estaba sentado, Souleymane no se había bajado la capucha.

—Souleymane, la capucha por favor.

Se la dejó caer sobre los hombros con un movimiento de la cabeza hacia atrás y su cráneo rapado quedó al descubierto. Ahora Fortunée llevaba gafas y no daba la lata. Khoumba llevaba tres veces escrito Love en columna en el jersey y estaba sacando sus cosas sin ninguna intención de entregarme lo que me debía. Me incliné sobre su mesa.

—Dame tu cuaderno.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué.

En el texto del castigo reemplacé cien líneas por ciento cincuenta.

—La próxima vez pensarás antes de hablar. Y te digo más, en este caso tienes suerte porque tendrás dos semanas para hacer el castigo.

—Pero aún así no lo haré.

Giré sobre mis talones para no insultarla. Se me hin-

charon las narices. Cuando volvía hacia la tarima farfulló algo que hizo reír a su vecina. Se me hincharon aún más las narices. Dounia a estribor.

—Profe, en la tele han dicho que habrá un debate en los colegios.

—Tú ve sacando tu clasificador, anda.

Amar a babor.

—¿Vas a poner deberes para las vacaciones?

—¿Te gustaría?

—Sí.

—Entonces no pondré.

Line dejó de soplar su té para fijarse en las tijeras con las que yo estaba trabajando.

—Jolín, tú no paras nunca de trabajar...

No hizo caso de la ausencia de réplica por mi parte y se dirigió a Géraldine, que reseguía distraídamente el documento oficial del debate nacional que estaba clavado con chinchetas en la pizarra de corcho.

—No te deprimas así, Gégé.

—No me deprimó en absoluto, yo esta tarde acabo.

—Ah, es verdad que tú no tienes clases los viernes.

Luc pasó como ráfaga de viento, hizo que se volara mi pila de ejercicios y dijo

—los privilegios son realmente indignantes.

Line abrevió su trago.

—No te quejes que tú los viernes sólo trabajas por la mañana. Yo, perdona, pero no acabo hasta las cinco.

—Sí pero yo tengo cuatro horas, ¿eh?

—Ya ya, las horas de la mañana no son nada.

—Sí pero son cuatro horas seguidas.

Gilles tenía unas ojeras hasta las orejas y manosea-

ba un cigarrillo sufriendo por la falta de sala de fumadores.

—Depende de los alumnos, si son los de cuarto es peor.

Debajo de la mujer con sombrilla, Léopold, con tres aros por oreja, no estaba de acuerdo.

—Pues los de quinto ¡ ni te cuento. Ayer hice otra vez dos fichas de incidente. Con ellos los viernes no se puede hacer nada, ni siquiera por la mañana.

Rachel acababa de atrancar la fotocopiadora.

—¿Por qué no funciona a doble cara esta mierda?

Gilles estaba obstinado.

—Los de cuarto son la plaga.

—En todo caso tienes pinta de cansado.

—Sí, no sé.

—Bueno, piensa que vas a poder descansar.

—Sí, no sé. Las vacaciones me estresan.

Veintiocho

Al salir del metro me paré en el restaurante. Un cincuentón fumaba sin usar las manos porque las tenía ocupadas sosteniendo un periódico en el que un jugador de rugby de blanco levantaba los brazos con gesto victorioso. El camarero uniformado colocó una taza sobre el mostrador de cobre.

—Son buenos esos ingleses.

—Ellos inventaron el juego, qué quieres que te diga.

En el tímido día de fuera se podía ver a los carniceros chinos descargando un camión frigorífico. Pasada la esquina, Serge —el asesor principal de educación— y el vigilante Ali comprobaban el timbre que alguien había intentado sabotear.

—Hay que arreglarlo, qué quieres que te diga. Ey hola, ¿qué tal?

—Genial.

No he tenido que empujar la puerta de madera maciza. Una señora de la limpieza pasaba la fregona por las baldosas del patio, otra amontonaba hojas con una escoba de paja contra la cuarta pared del patio interior. Detrás de la puerta azul el ojeroso Gilles estaba sacando fotocopias de una página de manual con un vendaje en el dedo. Elevaba la voz para dominar a la fotocopidora.

—Me jode un montón tener que volver aquí.

—¿Qué es eso?

—Estaba haciendo bricolaje y ¡zas! el martillo.

Llegó Léopold, que empujó la puerta a su vez y apareció con una sudadera en la que un vampiro decretaba en inglés el apocalipsis ahora.

—Hola. Ey, ¿qué es eso?

—Estaba haciendo bricolaje y ¡zas! el martillo. Pero bueno, si sólo fuera eso.

Valérie estaba consultando su correo electrónico.

—¿Tienes más problemas?

—¿A ti no te jode tener que volver aquí? A mí un montón.

Dico tardaba en subir las escaleras detrás de los demás.

—Profe, ¿todavía se puede cambiar de clase?

—A la clase también le gustaría cambiar de Dico.

—¿Es posible que los alumnos cambien de profe principal?

—Date prisa.

La mayoría de la tropa esperaba frente al aula de física. Frida narraba un relato que se estaban tragando unas niñas en semicírculo.

—Entoes le digo yo no soy tu puta, entoes va y me dice

—Venga, entrad.

Había dormido mal. Mohammed empujó a Kevin que exageró el desequilibrio y se chocó contra la primera mesa entrando a la izquierda.

—Profe, ¿has visto cómo me ha empujado?

—Me importa un rábano.

Dianka me alcanzó cuando ya estaba llegando a mi mesa.

—No he encontrado el libro.

—¿Qué libro?

—El que pediste que compremos, el de los ratones.

—Todos lo han encontrado, ¿por qué tú no?

Souleymane había entrado en clase con la capucha puesta, esperé a que se sentara.

—Souleymane, la capucha por favor.

Se la dejó caer sobre los hombros de un cabezazo.

—El gorro también.

Se lo quitó pasándose la mano por delante como si fuese un pasamontañas. Dounia se miraba en la tapa de su estuche metálico. Dianka no se había movido.

—¿Entonces no pasa nada si no lo tengo el libro, profe?

—No, no, lo único es que vas a estar un poco más perdida que de costumbre.

Se dio la vuelta contenta de no tener que comprar nada y casi tira al suelo a Fortunée, que ya no llevaba gafas y venía a entregarme el castigo de Koumba. La paré con un gesto de la mano.

—Dile que me lo entregue ella.

Informó a su amiga y ésta avanzó desde el fondo de la clase con el folio, que dejó caer sobre mi mesa sin decir ni una palabra.

Un adolescente aprende poco a poco a respetar a sus profesores por las amenazas de éstos o por miedo a tener problemas. Esto sólo son ejemplos. Además yo te respeto y el respeto tiene que ser mutuo. Por ejemplo yo no te digo que eres histérico, así que por qué me lo dices tú? Yo siempre te he respetado así que no entiendo por qué me haces escribir todo esto!! De todas formas creo que me tie-

nes rencor pero no sé lo que he hecho. Yo no vengo al colegio para que mi profesor me haga bromas no sé por qué razón! Yo cojo tu agenda? NO! Yo soy tu alumna y tu eres mi profesor. Así que no veo por qué haces bromas. Tu tienes que mejorar nuestros conocimientos en francés. Mi resolución es ponerme al fondo en todas las clases y así no habrá más conflictos «por nada», a menos que me «busques». Reconozco que A VECES soy insolente pero si no me hablan no lo soy. Bueno, vuelvo al tema. Cuando digo «por las amenazas de éstos» es por ejemplo has escrito en mi cuaderno «me veré obligado a tomar medidas más graves» pues eso es una amenaza (al menos para mi!). Y cuando digo «por miedo a tener problemas» quiero decir que esta persona tiene miedo de ir al despacho del director o de que la hechen. Yo en todo caso me comprometo a respetarte si es RECÍPROCO. De todas formas ni siquiera te miraré para que no digas que te miro con insolencia. Y normalmente en una clase de francés hay que hablar del francés y no de la tía o de la hermana. Por eso a partir de ahora ya no te hablaré más.

Había explicado victimismo y Mohammed-Ali dijo que los árabes se quejaban pero eran igual de racistas que los demás, y que aún había un caso peor, los martiniqueses, que se creían más franceses que los árabes, y Faiza dijo que los martiniqueses se creían más franceses que los malienses y que aquello era una tontería, y yo dije que no se debe generalizar, y cuando sonó la campana Chen se apartó de la bandada de gorriones para dirigirse hacia mi mesa, indiferente a la mancha de tinta que una hora más tarde descubrí que llevaba en los labios.

—Profe, el problema es la naturaleza humana, el

hombre querrá siempre destruir aquello que no se le parece y ya está, es así, es fatal.

Lo dijo con su bonita voz de doblador adolescente y sonriendo con vergüenza por la audacia de su proposición.

—Se necesitaría un enemigo común, así todo el mundo se reconciliaría. Bastaría con designarlo y listo.

Hakim tiraba de él por la mochila hacia la salida, como si fuese un enajenado que hay que meter a la fuerza en un manicomio.

—Además se resolvería la superpoblación, porque el problema es que hay demasiada gente.

—En ese caso, Chen, habría que escoger como enemigo a los más numerosos. Repasa geografía, ¿quiénes son los más numerosos?

Hakim lo remolcaba y él iba retrocediendo.

—Pues sí, los chinos.

—Profe, ¿haremos dictados?

—¿Qué tiene que ver eso con el estudio de la argumentación, Tarek?

No tenía nada que ver, retomé el hilo.

—Entonces veamos un ejemplo, ¿qué es?

Todos sabían pero pensaban que no sabrían explicarlo. Escribí con tiza, a título de ejemplo del ejemplo, una frase saturada de informaciones precisas. Una tarde de invierno, a las diecisiete horas y treinta minutos, un obrero quincuagenario se cruzó en la calle Faubourg-Saint-Antoine con la mujer de un cirujano llamada Jacqueline. Pretendía ilustrar una tesis, a saber la probabilidad, más elevada en las ciudades que en el campo, de los encuentros inesperados. Empezaron a copiar sin entender.

—De la tesis al ejemplo vamos de lo particular a lo general.

Alyssa, que estaba recostada sobre su hoja, se irguió como un punto de interrogación.

—¿Por qué a la gente a veces se la llama particulares?

—¿Eh, cuándo?

—No sé, a veces por la tele dicen, no sé, que alguien se desplaza a casa de los particulares.

—Uy uy uy, eso no tiene nada que ver. Nos vamos a desencaminar.

Su pregunta quedó latente en la actividad de sus dientes riñendo con un trozo de lápiz. Djibril, que ya había empezado a copiar, levantó la mirada de la hoja, Ghetto Star en verde sobre sudadera blanca.

—¿Cuál es el nombre que aparece en la frase?

—Jacqueline.

—Qué raro es.

—Es como Jacques pero para mujer.

—¿Lo podemos cambiar?

—Pon lo que quieras.

Se volcó de nuevo en la toma de notas.

—¿Y qué vas a poner?

—Jean.

—Sí pero Jean para una mujer de cirujano no cuadra, ¿eh?

Se le crispó la frente.

—¿Jane existe?

—Sí, sí.

Una tarde de invierno, a las diecisiete horas y treinta minutos, un obrero quincuagenario se cruzó en la calle Faubourg-Saint-Antoine con la mujer de un cirujano llamada Jane.

—¿Ha sonado?

Al preguntarlo Élise sabía muy bien que sí. Irène aún lo sabía mejor puesto que no daba clase en la hora siguiente.

—Me da igual, no tengo clase luego.

Jacqueline y Géraldine, sentadas bajo los nenúfares pintados de azul, estaban de acuerdo.

—No se ha solucionado en absoluto con los de quinto 1. Ayer hice dos fichas de incidente y expulsé a uno.

—No se tranquilizan ni con diez días de vacaciones.

—Ni siquiera con diez comités de disciplina.

—Con el ramadán ya es el colmo.

Luc había dejado una ficha de incidente en mi casillero. Relación de los hechos imputados a la atención del profesor principal. Dianka le ha hecho un chasquido con la lengua al profesor que corría con los alumnos en el estadio y ha montado el numerito cuando éste le ha pedido que se disculpara (chasquear la lengua significa: que te den). Resultado: 2h de castigo en el colegio el miércoles de 8.35h a 10.25h. Copiar el reglamento de Educación Física y Deportiva en la página 48 del cuaderno de correspondencia.

Estaba terminando de leer cuando el autor apareció con un chubasquero. Yo había dormido mal.

—¿Estás seguro de que cuando hacen ese chasquido quieren decir que te den?

—¿Tú que crees, que quieren decir vete a dar un remojón al baño turco?

—Bueno.

Ya se estaba alejando.

—No soporto ese ruido.

—Tsss.

—Para, no lo soporto.

—Tsss.

—¿Quieres dos horas de castigo?

—Vete a dar un remojón al baño turco.

Souleymane entró en clase con la capucha puesta, esperé a que estuviera sentado para hacérselo notar.

—La capucha, Souleymane, por favor. Y el gorro también.

La hizo deslizar de un cabezazo hacia atrás y se quitó el gorro pasando la mano por delante como si fuera un pasamontañas. Miré hacia fuera sin ver los árboles y luego lo volví a mirar a él.

—Souleymane, te propongo algo: para el lunes me redactas veinte líneas para convencerme de lo importante que es para ti llevar todo ese material en la cabeza. Si me convences te dejo tranquilo con este tema hasta final del año. ¿Te parece?

Sonrió inclinando su desnuda cabeza. Aprovechando que Dianka pasaba por delante de mi mesa cogí el informe de Luc y la llamé.

—¿Sabes lo que es esto?

—Pues claro.

—¿Por qué me lo ha entregado el Sr. Martín?

—Pues porque sí.

—Porque sí qué.

—Porque eres el profe principal.

—Porque soy el profe principal y he pedido especialmente al equipo de profesores que me comuniquen todo lo referente a ti.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Chasqueó la lengua.

—Es gracioso que hagas ese ruido porque eso es justamente lo que se te reprocha.

—No lo he hecho en deporte.

—¿Entonces el Sr. Martín miente?

—No sé, pero en deporte no lo he hecho y ya.

—Pues yo no me lo creo que no lo hayas hecho en deporte, ¿y sabes por qué? Porque lo haces todo el tiempo y en todas partes. Aunque fastidie a todo el mundo. ¿Es verdad o es mentira que lo haces en todas partes?

Bajó la cabeza y la voz.

—En todas partes no.

—Sí, en todas partes. Ya puedes ir a sentarte.

Se metió entre las filas. Tsss.

Los delegados de los padres de alumnos ocupaban un lado, los profesores otro, el tercero era para otros miembros del personal y para Sandra y Soumaya, que al sentarse ambas se pusieron una lata de Coca-cola delante. Yo no sabía que habían sido elegidas en el consejo de administración.

Cuando Marie abrió la sesión para enmendar el artículo del reglamento sobre los signos políticos y religiosos, Sandra levantó la mano para preguntar el sentido exacto de proselitismo. Cuatro o cinco bocas tensas por tanta solemnidad lanzaron sus respectivas definiciones y hablaron de tolerancia, respeto, valores comunes, República. Ante semejante polifonía, el director propuso aplazar el voto al final de la sesión y abordar el segundo punto del orden del día.

—Me gustaría presentaros el proyecto de cambiar los horarios para el año que viene y hacer, por ejemplo, que las clases empiecen a las ocho y cuarto en lugar de a las

ocho y veinticinco. Eso permitiría alargar el tiempo trabajado cada día y por lo tanto facilitaría la repartición de los servicios.

Una madre de alumno se había empollado el informe.

—El problema es que muchos de nuestros alumnos acompañan a sus hermanas o hermanos pequeños a la escuela primaria de la calle Debussy, y allí también empiezan a las ocho y cuarto. Entonces se verían obligados a dejarlos un poco antes y los padres temen que los pequeños se queden colgados, aunque sólo sea durante dos o tres minutos.

Sandra sacó de su bolsa American Dream otra lata de cola y la pasó por debajo de la mesa para abrirla con discreción. Se oyó pshiiit pero el director ni se dio cuenta porque estaba ocupado exponiendo la problemática.

—¿Debemos preocuparnos nosotros de cómo van los pequeños a la escuela? Ésa es la cuestión. Y además, ¿tenemos que apoyar el hecho de que las familias se eximan de dicha responsabilidad en detrimento de sus hijos mayores? Es complicado.

Refunfuño colectivo del lado de los padres.

—Hay familias que no pueden llevar a sus hijos porque empiezan a trabajar mucho más temprano. Quizá no sea función nuestra suplir a la educación pero sería un error no hacerlo sabiendo que es eso o nada.

De repente las dos chicas empezaron a partirse de risa, al principio pareció que era por la réplica anterior, pero no era el caso. Esperamos que se les pasara mientras seguíamos los debates como si nada. Pero la cosa se alargaba, empeoraba, ahora estaban dobladas sobre la mesa y forzaban los sofocos pidiendo disculpas. Algunas palabras de enfado empezaron a circular por la U de mesas, como para compensar la imposibilidad de castigar en aquel contexto

democrático. Ahora ya no cabía la menor duda de que fingían para justificar su risa, supuestamente inextinguible. Al cabo de tres minutos de bochorno acabaron precipitándose hacia la salida sosteniéndose los vientres como el que tiene ganas de vomitar. Marie intentaba que la atención se centrara en el arreglo al que intentaba llegar.

—¿No podríamos pedir a la escuela primaria que empiecen a las ocho y diez?

Muecas dubitativas de los padres de alumnos.

—A este paso acabaremos empezando a las cinco de la mañana.

Reflejo chistoso en la cara del director.

—Lo mejor sería empezar a las cinco de la tarde y así ya estaríamos aquí.

Justo cuando nos disponíamos a alcanzar los vasos de plástico que estaban alineados sobre una mesa con mantel de papel, aparecieron las chicas. Tiraron las latas vacías en la papelería de plástico y se plantaron frente al bufé con audacia y timidez a partes iguales. El director cogió una de las botellas de champán que el centro nos regalaba y la orientó hacia el jarrón que había hecho las veces de urna y ahora presidía en la U de mesas vacías.

—¿Qué apostáis?

Miramos cómo empujaba con el pulgar el corcho, que salió despedido con ruido canónico y cayó al pie de la silla que sostenía el jarrón.

—Estuvo cerca.

Algunos dijeron cumplidos explícitamente obsequiosos cuando les servían. Poco a poco se fueron formando grupitos de gente. Luc les preguntó a las dos chicas quién era el novio de Hinda. Sandra cogió un puñado de cacahuetes y puso una voz propia de la tercera edad para parodiar el lenguaje académico.

—Nos vemos ante la imposibilidad de revelárselo, señor.

—Oye por cierto, ahora es ramadán, ¿estáis seguras de que podéis comer?

—Claro, ya es de noche.

Encadené con una frase cualquiera y empecé a hablar con Luc, entonces Sandra le dio un codazo a Soumaya, que le dijo algo al oído, y ambas abandonaron el círculo para reírse. Yo me hacía el indiferente pero por el rabillo del ojo las veía imitarme, apretando el labio inferior entre el pulgar y el índice.

Yo formulaba las preguntas separando las palabras y ellos iban anotando las respuestas.

—¿Por qué aparecen los «ratones» en el título? ¿Por qué aparecen los ratones en el título?

Mezut no se había leído el libro, se aplicaba copiando las preguntas y dejaba una línea en blanco para unas respuestas que a lo mejor llegarían hasta allí como un bebé de cigüeña. Yo había impuesto el silencio absoluto y que no le echaran el ojo a la hoja de al lado. En el examen de lectura estaba terminantemente prohibido hablar.

—El examen de lectura es silencio absoluto. Igual que en los dictados.

Tarek levantó una mano pavloviana.

—Sí Tarek, haremos dictados. Haremos cincuenta dictados. Pero por ahora estamos en examen de lectura y quiero silencio.

Todos obedecían salvo Fangjie que copiaba de Ming o le preguntaba el significado de las palabras del enunciado torciendo la boca hacia un lado. Ming torcía la suya

hacia el lado opuesto, dividido entre esa tarea y la de entenderme a mí.

—Pregunta 9, ¿por qué el palafrenero negro no duerme con los demás? ¿Por-qué-el-palafrenero-negro-no-duerme-con-los-demás?

Ming frunció el ceño como un ciego que se concentra en identificar un sonido. Releí interiormente el enunciado y supe que tropezaba con palafrenero. Lo escribí en la pizarra pretextando que era una palabra rara. Bien-Aimé soltó un grito de revuelta.

—Oye, ¿por qué antes he preguntado una palabra y no has querido escribirla y ahora sí la escribes?

Me pilló de lleno.

—Es porque es una palabra difícil.

—Pues pa mí no hace falta ya sé escribirla. Tsss.

Yo miraba mi folio.

—¿Y sabes lo que significa, supongo?

Con los hombros me contestó pues claro que lo sé.

—Explícala.

—Es el que trabaja en la cuadra.

A Ming le quedó claro y escribía la respuesta mientras se la chivaba a Fangjie.

Mientras yo hablaba frente a una clase silenciosa y distraída, Gibran y Arthur estaban entregados a un análisis comparativo de sus calculadoras y se partían de risa no sé de qué, Michael asentía con la cabeza pero pensaba en otra cosa, hasta las paredes estaban adormecidas y podían acabar cayéndose encima, Sandra soltó una risa sin vergüenza alguna. Le ordené que se callara e hizo un gesto de impotencia mientras se retorció. Apoyé los puños en las caderas.

—No empecemos como antes de ayer.

Se quedó un poco paralizada en su contorsión y yo proseguí:

—No he tenido ocasión de decíroslo pero, sinceramente, me avergonzasteis. Partirse de risa en medio de un consejo de administración no se hace. Era muy molesto no poder haceros parar.

—Bueno, qué pasa, al final salimos, ¿no?

—Al cabo de diez minutos, y esos diez minutos estuvieron de más.

—Pero si no molestábamos.

—Y tanto que molestabais, de hecho la gente estaba muy molesta por no saber cómo deciros amablemente que pararais.

Las interesadas se miraron cada una desde una punta de la clase interrogándose con la mirada. Soumaya estaba a punto de refunfuñar y yo estaba dispuesto a desahogarme.

—Lo siento pero para mí reírse así en público es lo que llamo tener una actitud de zorras.

Explosionaron a coro.

—No somos unas zorras.

—No se vale decir eso, profe.

—Yo no he dicho que seáis unas zorras, he dicho que ese día tuvisteis una actitud de zorras.

—Bueno, vale ya, tampoco hace falta que nos trates así.

—Tratarnos así no se hace.

—No se dice tratar se dice insultar.

—Pues tampoco hace falta que nos insultes de zorras.

—Se dice insultar a secas o tratar de. Pero no una mezcla de las dos. Os insulté o bien os traté de zorras, pero no las dos a la vez.

—¿Y por qué nos insultas de zorras? Eso no se hace, profe.

—Bueno vale, OK, de acuerdo, lo dejamos aquí.

Line apareció sonriente. En el saludo que le hizo al único colega que estaba allí se notaba que tenía ganas de charlar. Sus clases matutinas habían ido muy bien y tenía ganas de contarle. Revisó su casillero por hacer algo y acabó sentándose cerca de mí. La actividad de mis tijeras triplicó.

—Buenoooo... ¡qué aplicado es!

Si hubiese habido respuesta ella no la hubiera oído.

—¿Te apetece una naranja?

—¿De España?

—Obvio microbio.

Sacó dos de su bolsa, se quedó con la más pequeña y empezó a pelarla mientras buscaba una forma de acercarse a mí.

—Los de tercero 2 se han portado superbien esta mañana.

—¿Sí?

—Incluso han hablado un poco de español.

—Todo puede pasar.

—El otro día el asesor principal vino veinte minutos a la clase. Intentamos averiguar qué es lo que no va bien. Así que hoy he procurado cambiar un poco mi método. Al final les he preguntado si era mejor así y me han dicho que sí. Ya lo he entendido: no hay que hacer demasiados comentarios de textos. Sólo falta que no se presente un inspector.

Abrió su casillero y sacó varios folios que ojeó por encima.

—Oh mierda.

Yo saqué la lengua mientras untaba de pegamento el reverso de un ejercicio de gramática. Ella lo volvió a intentar.

—Menuda estupidez.

Una vez más.

—Esto sí que es una estupidez.

No pude aguantar más.

—¿Qué estupidez?

Se sentó justo al lado.

—Les había pedido que redactaran la biografía de alguien célebre y aquí veo Calderón. De repente me he emocionado pero no, de hecho no es Calderón Calderón, es no sé quién, un deportista parece.

—Un jugador de fútbol.

—Vaya que me he ilusionado para nada.

Volvió a cerrar el casillero.

—Menuda estupidez.

Christian, el asesor principal de educación, intentaba mal que bien agrupar a la parte trasera de los de tercero 3 que estaba amontonada al pie de las escaleras esperando a que se disipara la bomba lacrimógena. Me llamó sin dejar de dirigir. Sonreía como para desdramatizar de antemano.

—Nos tendríamos que ver a mediodía si puedes. Hay unas chicas de tercero que se han quejado de ti.

Su forma alegre de decirlo ha acrecentado mi mosqueo.

—¿Qué chicas, qué les pasa conmigo?

—No nada, ya sabes, que al parecer las has tratado de zorras.

—¿Quién ha dicho eso? Sandra y Soumaya, ¿verdad?

—No sé, no me acuerdo. Y unas de tercero 1 también.

Con el tono que empleaba pretendía desdramatizar al máximo, lo cual me sacaba aún más de mis casillas.

—¿Cómo que unas de tercero 1? Pero si esta historia no tiene nada que ver con los de esa clase.

—No sé, de todas formas ya sabes cómo va, dicen lo que quieren.

—Pero bueno, no jodas que no piensas decirme quiénes eran las de tercero 1. Esto es increíble.

Como ya habían autorizado a la cabeza del rebaño a avanzar, todos se pusieron en movimiento ruidosamente. Christian se fue a hacer de cowboy.

—Perdona, ¿eh?

Sandra zangoloteaba dentro del grupo y lo exaltaba.

—Ven aquí un momento.

Yo debía tener una mirada muy autoritaria porque obedeció sin protestar.

—Me he enterado de que te has ido a quejar de mí al CPE, muy bien, gracias por todo.

El tartamudeo la delató.

—Pues sí y qué pasa.

—¿No podías venir a hablar conmigo directamente?

—Es porque tú nos has insultado de zorras.

—Primero, yo no os he insultado de zorras como dices tú, y segundo, lo mínimo que podrías haber hecho es venir a verme para que lo aclarásemos.

—Con nosotros cuando los profes se quejan van a ver al CPE, no veo por qué no puedo ir a verle si has hecho algo que no está bien.

—Pues no, no es un razonamiento tan lógico. Porque, mira tú por dónde, a lo mejor eso no funciona en los dos sentidos.

Yo había levantado la voz ostensiblemente. A nuestro alrededor se había formado un grupo en el que también estaba Soumaya, que dejaba que Sandra encajara sola mis golpes.

—Es normal que nosotros también lo hagamos cuando no estamos contentos, sino sería demasiado fácil.

—¿Y qué pretendías?

—¿Qué?

—¿Qué pretendíais yendo a ver al CPE? ¿Que me castigara?

—No, no sé.

—¿Qué esperabais?

—Nada, era sólo para decirlo y ya está.

—¿Esperabais que me castigara?

—Y además, no te quejes porque nosotras al principio se lo queríamos decir a los padres.

—Pues haberlo hecho, ¿por qué no lo hicisteis? Aquí los espero, a vuestros padres.

—Hala... no digas eso, mi padre se entera de que me has insultado de zorra y te mata, te lo juro por la vida de mis futuros hijos.

Yo tenía la boca pastosa de haber dormido poco, pero aquello era un bombardeo.

—Primero, no se dice insultar de zorras, se dice nos insultó llamándonos zorras, o sino nos trató de zorras, pero «insultar de» no se dice, empieza por aprender a hablar bien si quieres vértelas conmigo, segundo, no os he tratado de zorras, he dicho que tuvisteis una actitud de zorras, no tiene nada que ver, ¿eres capaz de entender eso o no?

—De todas formas todo el cole se ha enterado.

—¿Se ha enterado de qué?

—Que nos insultaste de zorras.

Yo gritaba en voz baja y con los dientes apretados.

—Nos os he tratado de zorras, he dicho que en un momento dado tuvisteis una actitud de zorras, si no entiendes la diferencia es que no te enteras de nada.

—¿Sabes qué es una zorra?

—Sí, sé lo que es una zorra. ¿Y? La pregunta no tiene sentido porque yo no os he insultado de zorras.

—Lo siento pero para mí una zorra es una prostituta.

—Qué va, una zorra no es eso.

—¿Entonces qué es?

El ritmo de mi elocución aminoró un poco.

—Una zorra es... es... es una chica poco lista que se ríe como una tonta. Y vosotras en el consejo de administración en un momento tuvisteis una actitud de zorras. Cuando os partisteis de risa actuasteis como unas zorras.

—Para mí no es eso, para mí una zorra es una prostituta.

Entonces recurrió al círculo de chicas que me miraban desde hacía cinco minutos como bobas —yo no paraba de soltar perdigones— para usarlas como testigos.

—Chicas, ¿zorra quiere decir prostituta o qué?

Todas asintieron. Yo di media vuelta y me precipité hacia la escalera. En seguida sentí que me escocían los ojos.

Souleymane tenía la capucha puesta y un gorro debajo. Hossein, que seguramente había estado ausente en la clase anterior, lo saludó golpeándole el puño derecho con el puño izquierdo.

—Souleymane, quítate todo eso.

Dico tardaba en sacar sus cosas. Me miraba como pensando en algo y al final probó suerte.

—Profe, tengo una pregunta pero si te la hago me vas a mandar a Guantánamo.

—¿Qué?

Sólo Djibril, su vecino, que llevaba escrito Foot Power en letras redondeadas y en semicírculo sobre el torso, estaba atento a la conversación.

—Es muy heavy la pregunta. Te juro por el Corán

que fijo que luego lo mandarás directo al despacho del director.

—¿He hecho yo eso alguna vez?

Poder del Fútbol.

—No, pero su pregunta es muy heavy.

—Dila ya y acabemos con esto.

—No, profe, te vas a putear.

—Habla bien.

—Que te vas a enfadar.

—¿Tengo pinta de enfadarme yo?

—Fijo.

—Ahora ya no puedes echarme atrás.

Se agitaba sobre la silla sonriendo con vergüenza.

—Hay gente que dice... no bueno, déjalo, da igual.

Yo ya había entendido desde el principio.

—¿Qué dicen?

—Hay gente que dice que te gustan los hombres.

—¿Dicen que soy homosexual?

—Sí, eso.

—Pues no.

—Los que lo han dicho lo han jurado por sus vidas.

—Pues entonces habrá unos cuantos muertos más.

—¿Es trola?

—Pues sí, lo siento. Si fuese homosexual te lo diría, pero no es el caso.

Frida me llamaba.

—¿Sí?

—¿Cómo se escribe «qu'est-ce que c'est»?

Al escribirlo en la pizarra, «qu'est-ce que c'est» me ha parecido una construcción imposible.

—¿Por qué quieres saber eso?

—Estaba en el ejercicio que teníamos que hacer.

Lidia tenía más acné que de costumbre, Mohammed

se reía solo de no sé qué, intentaré zafarme con el complemento de objeto indirecto.

—Antes de pasar a la corrección, ¿alguien me recuerda qué es un complemento de objeto indirecto?

Nadie.

—¿Nadie?

Khoumba lo sabía pero no decía nada.

—Dico, ¿una frase con un C.O.I.?

—No sé.

—Sí sabes.

—Que no sé...

—Pues por ejemplo, en «le he vendido mi coche a un homosexual», «a un homosexual» es un C.O.I.

—Pffff.

Poder del Fútbol.

—Te has pasado mogollón, profe.

Indiferencia de caballero.

—¿Y cómo se hace cuando queremos reemplazarlo por un pronombre? ¿Alguien lo sabe?

No.

—¿Nadie?

Nadie.

—Pues vaya.

Khoumba lo sabía pero no iba a decirlo.

—Cuando el C.O.I. nombra a un objeto o a una persona distinta del hablante y del oyente se puede sustituir por los pronombres le o les. «La autora dedicó el libro a la niña» se puede sustituir por «La autora le dedicó el libro». Y «Llevó flores a su madre» daría «Le llevó flores».

Hadía no levantó la mano para plantear una pregunta que sólo lo era a medias.

—Sí, pero ¿cómo hacemos para saberlo?

—Voy a darle la vuelta a tu pregunta.

Para tener tiempo de pensarla.

—Pues no sé...

Ahora me acordaba.

—Mira, es muy fácil, para saber si el pronombre representa un complemento indirecto hay que preguntarse «a quién» después del enunciado. Hay excepciones pero en esos casos la intuición es la que hace el resto del trabajo.

Retomó con el mismo tono.

—¿Qué es la intuición?

—La intuición es cuando hacemos algo de forma natural. Cuando la respuesta sale de forma espontánea. Pero bueno, para los que no tienen intuición existen las reglas.

Un alumno empujó la puerta azul sin llamar. Bastien se tragó la galleta de golpe para pedirle que llamara y esperara a que lo autorizaran a entrar. El alumno volvió a cerrar la puerta para obedecer, pero nadie le hizo caso. Rachel llevaba zapatos rojos con tacones anchos y tenía buen aspecto. Sacarina en mano, Sylvie le preguntó por qué había estado ausente ayer. La interesada sonrió y colocó varios puntos suspensivos entre las palabras.

—Era por motivos religiosos. Era el Kipur.

Sylvie agitaba en vano la sacarina sobre un vaso de té. Rachel, igual que los demás, no hacía caso de los golpes en la puerta.

—Mis hijos están contentos. Además, mi marido es de origen árabe así que este año hacen el ramadán.

No dejaba de sonreír con un poco de vergüenza y al mismo tiempo estaba contenta de hablar de ello. Yo pregunté si el Kipur era una fiesta palestina que consistía en atacar a Israel por sorpresa todos los años. Rachel no se rió.

—Es sólo un ayuno.

Sylvie tampoco.

—¿Has ayunado?

—Sí.

—No debe ser fácil.

—No, pero bueno, al menos es un día de descanso.

Marie estaba descolgando el gran debate nacional que estaba clavado con chinchetas.

—Hay que hacer algo con los de quinto 1, es un desastre. He contado siete fichas de incidente y treinta y cuatro exclusiones del total de profesores.

—Los miembros del equipo tendríamos que reunirnos.

Gilles tenía la tez gris y unas ojeras que le rozaban los lóbulos.

—No cambiará nada. Yo con los de cuarto es lo mismo, ¿qué quieres hacerle?

—Tienes aspecto de cansado.

—Sí, no sé.

Élise entró con las comisuras hasta las orejas y le cerró la puerta al chaval que la golpeaba infatigablemente.

—Es que de verdad son increíbles.

Sonrisa de oreja a oreja.

—Iba caminando por el patio y se me acerca Idrissa para decirme eh profe estás muy guapa. Y yo le digo pero bueno Idrissa ¿qué te pasa? No es forma de hablarle a una profesora. Y me suelta ya, sí, pero es que estás superguapa con tu nuevo peinado, maquillada y todo.

Gilles no sonreía.

—De todas formas a los de sexto te los encuentras otra vez al año siguiente en quinto, un año después en cuarto y luego otro año en tercero. Y son los mismos, no cambian.

Marie tiró el debate a la papelera. La cabeza del alumno apareció en el umbral, Bastien lo vigilaba.

—¿Qué te hemos dicho? Te hemos dicho que esperes.

—No, me habéis dicho que llame y luego me diréis si puedo entrar.

—¿Y, te he dicho que entres?

—Pero la profe de ciencias dijo que viniera.

La profe de ciencias era Chantal con una miguita de bocadillo pegada al labio inferior.

—Es verdad, yo se lo pedí. Quería que hicieras firmar tu cuaderno, Baidi.

—Mis padres no están.

—¿Cómo es eso?

—Están en el pueblo.

—¿No tienes hermanos?

—Sí, mis hermanos mayores.

—Pues que lo firmen ellos.

—No están.

—¿No están?

—No, están en el pueblo.

—Bueno, mira, arréglatelas, quiero que esté firmado para el lunes.

Volvió a cerrar la puerta en las narices de Baidi y luego dio media vuelta sacudiendo la cabeza.

—¡Hay que ver!

Jennyfer lloriqueaba frente a su 5 y Habiba, que había tenido un 4, la consolaba. Hakim, que tuvo un 17, había dejado que su examen circulara de mesa en mesa hasta llegar a Lydia, que llevaba las uñas de una sola mano pintadas de negro y el anorak puesto.

—Éste va del rollo que es gracias a él y en verdad es su hermana la que se lo hace todo.

—Tú cállate la boca.

Se interrumpió para apagar el móvil que le sonaba colgando del cuello.

—¿Te lo confisco, Hakim?

—No no, no hace falta.

Les pedí que abriesen la agenda por el día siguiente, martes, y empecé a dictar los deberes. Aissatou y Faiza se lanzaron una mirada cómplice y no apuntaron nada.

—¿Qué pasa chicas?

—Mañana no vendremos.

—¿Cómo que no vendréis?

—Es el Eid.

Soumaya levantó la cabeza desde el fondo de la clase.

—No es seguro que sea mañana.

Diez de ellos empezaron a debatir la cuestión, intenté controlar el alboroto de hipótesis divergentes.

—¿Qué porcentaje de probabilidades hay de que sea mañana?

—Un 90 por ciento.

—Un 99 por ciento.

—No se sabe.

—Sí, es mañana.

—Hay que fijarse en la luna y ya está.

Al cabo de dos minutos de cacofonía decidí cortar por lo sano.

—¿Quién no vendrá si es mañana?

Cinco no levantaron la mano.

—Ok, abrid la agenda por el jueves.

Al lado de mi padre en uniforme, ese detalle, sumamente común, le confería a la foto su singularidad. Les dejé diez minutos para que detectaran los complementos

dentro de la frase. Al cabo de diez segundos Fayad levantó la mano.

—¿Qué quiere decir confería?

—Confería es como daba. Significa le daba a la foto su singularidad.

Todos los demás tacharon lo que habían empezado a hacer. Salimata levantó la mano, tres pulseras por brazo, cuatro collares por cuello.

—¿Qué quiere decir singularidad?

—Quiere decir originalidad. ¿Entiendes originalidad?

—Sí, quiere decir que es bonito.

—No, quiere decir que es particular. Aquí quiere decir que el detalle le daba a la foto un toque particular.

Cuando Alyssa reflexiona su lápiz se resiente y el mundo se embellece.

—¿Y entonces qué quiere decir cuando uno va a casa de un particular?

—Uy, uy, uy, eso es otra cosa. Nos va a confundir.

A Mezut no le hacía falta para ir perdido.

—Profe, ¿dónde empieza la frase?

—Pero bueno, Mezut. La frase es todo lo que he escrito en la pizarra. Empieza por la mayúscula y termina en el punto. Ya está bien.

Hubo un minuto de puro silencio antes de un estorbo y de la intervención de Cynthia.

—No entiendo eso que hay en medio de la frase.

—¿El qué?

—Suma algo.

Me incliné sobre el folio.

—Ah sí, vale: sumamente. Bueno, sumamente quiere decir... quiere decir muy, extremadamente. Ese detalle, sumamente común, es como si dijéramos ese detalle extremadamente común.

Retomaron el trabajo más satisfechos que yo.

—No hagáis caso de sumamente, incluso lo podríamos quitar. No sirve para nada.

Alyssa dejó de morder el lápiz.

—¿Pero por qué lo han puesto si no sirve para nada?

—Primero, no es lo han puesto, es en singular. El tipo que ha escrito esto está solo.

—Si el tipo ha puesto sumamente no podemos quitarlo, sino significa que no sirve para nada.

—No, la verdad es que no sirve para nada.

—¿Lo dejamos?

—Eso. Lo dejamos pero lo ignoramos.

—Es imposible ignorarlo.

—Bueno vale, lo miras un rato y luego acabas el ejercicio porque ahora ya si que no tenemos tiempo.

Rachel estaba sentada bajo los dos campesinos pintados y le parecía que no podía ser.

—Que festejen el Eid, vale. Pero que aprovechen para saltarse dos días no puede ser. Porque el resultado son clases con seis chavales, ¿qué sentido tiene?

Bastien mordisqueaba una galleta escuchando semi-dormido y, la verdad, le importaba un pimiento. Christian, el CPE, se acercó al rincón salón y repartió entre los presentes un folio mecanografiado. Queridos colegas, me permito reclamar vuestra ayuda para Salimata, alumna de cuarto 1, que acaba de perder a su padre, fallecido cuando estaba de vacaciones en las Comoras, su país, y se disponía a regresar a Francia. Ha sido enterrado allí por lo que Salimata y su familia no han podido asistir al funeral. El precio del billete de avión es de unos 1200 euros. Por este motivo es muy probable que Salimata tarde mu-

cho en poder reunirse con los suyos. Sin embargo, es una de las condiciones esenciales para empezar el trabajo del luto. Por ese motivo os pediría si podéis aportar alguna ayuda económica para la alumna y su familia, podéis dejar el dinero en un sobre preparado a tal efecto en la secretaría. Salimata es una alumna más que seria y se merece toda nuestra simpatía y nuestra compasión.

Rachel todavía no se había desahogado.

—El Eid dura un día y punto. Tampoco hay que abusar.

Élise se prestó para recoger el rebote de la pelota perdida.

—Ya me dirás, a mí tener sólo seis alumnos en quinto 1 me va muy bien.

Pelota para Julien.

—Yo estoy asqueado, no los tenía ni ayer ni hoy. ¿Ha sonado?

Sabía muy bien que sí, aunque sólo fuera porque Bastien acababa de levantarse y al hacerlo se le habían caído varias migas de galleta que se le quedaron pegadas al jersey.

Ya la había regañado dos veces pero todavía no estaba atenta.

—Ndeyé, ponte a trabajar.

—Ahora no estaba hablando.

—Pero tampoco has copiado la definición de la pizarra.

—Ya está, lo he copiado todo, ¿vale?

—¿Quieres que me acerque a ver?

—Si quieres...

Esta última réplica en tono desafiante. Di dos pasos hacia el fondo.

—¿De verdad quieres que vaya a ver?

—Que sí, que vale.

Mismo tono, Indianapolis 53 deformado por su pecho. Avancé un poco más, lo bastante para ver las líneas escritas en su cuaderno. Di media vuelta.

—Lo que quiero es que te calles.

—¡Pero si ahora no estoy hablando!

Para contenerme me puse a borrar la pizarra.

—Tsss.

—Y tampoco quiero ruidos con la boca.

Lo volvió a hacer.

—Bueno, sal al pasillo y luego vienes a verme al final de la hora, tendré una sorpresa para ti.

Salió, tsss. Alyssa tenía otras cosas en que pensar y en su mirada se leía una pregunta.

—Una cosa, ¿cuándo se utiliza el punto y coma?

—Es bastante complicado. Es al mismo tiempo más que una coma y menos que dos puntos. Es bastante complicado.

—Vale sí pero entonces ¿para qué sirve?

—Es mejor no complicarse demasiado la vida con eso.

—¿Por qué has puesto uno en la pizarra?

El modo condicional sirve para expresar algo hipotético; el tiempo condicional es un futuro en el pasado.

—Sí bueno, es complicado.

Fayad no pensaba ni en el punto y coma, ni el condicional, ni el granizo de fuera, ni en la campana que sacudió las plumas e hizo aparecer a Ndeyé, que después de pasar por su mesa se acercó para entregarme la agenda Happiness in Massachusetts, donde escribí <redactar disculpas en veinte líneas>.

—¿Por qué me tengo que disculpar?

—Porque tu actitud no vale un duro.

—¿Qué actitud, por qué dices eso?

—Yo me entiendo.

—Además no se dice un duro, se dice un euro.

—¿Y a ti qué te importa? Nunca tendrás dinero.

Hadia estaba escuchando mientras se colgaba la mochila a la espalda.

—Te pasas mucho, profe.

—¿Y a ti te he preguntado algo?

—No.

—Bueno.

—Pero muchos piensan que te pasas mogollón.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Yo personalmente?

—Tú personalmente.

—Pienso que te pasas mogollón.

—Sí, pero a ti no te caigo bien.

—Eso es verdad, no me caes muy bien.

—Pues a mí tampoco me caes muy bien.

—Lo siento pero los de cuarto son una plaga.

Las palabras de Gilles alcanzaron un solo oído de Bastien, que buscaba por dónde enchufar la fotocopiadora.

—Los de quinto 1 son peores. Tendríamos que hacer una reunión con todo el equipo.

—Además en esta época los de cuarto están todavía más alterados.

Bastien renunció a hacer fotocopias.

—Pues los de quinto 1 ni te cuento, ya era hora de que se acabara el ramadán.

Alguien había clavado con chinchetas en el tablón informativo de corcho la fotocopia de un documento titulado La Reforma de las calificaciones escolares, que consistía en una simulación caricaturesca. En la columna de la

izquierda aparecía una lista de las asignaturas, en la del medio había una apreciación del «antes» y en la última una del «ahora». Francés, antes: nivel catastrófico en ortografía; ahora: Jean ha demostrado gran creatividad y su escritura es muy personalizada. Mates, antes: falta de rigor en el escrito, oral inexistente; ahora: sentido artístico muy desarrollado, alumno discreto y con sentido de perspectiva. Biología, antes: alumno inestable y disperso, Jean es incapaz de concentrarse en clase; ahora: el profesor lamenta no haber podido / sabido captar la atención de Jean en clase. Artes plásticas, antes: olvidos de material demasiado frecuentes; ahora: Jean se niega a ser una víctima de la sociedad de consumo.

Line volvía de los servicios sujetando una taza por el asa. Se desplomó sobre uno de los sillones y eligió a Géraldine, que se peleaba con la máquina de café porque no le aceptaba la moneda de cincuenta.

—Los de tercero 1 me han vuelto a sacar de mis casillas.

—No me extraña.

—Es Djibril que va y me dice los españoles son unos racistas y yo le digo oye Djibril, que racistas hay en todas partes y en España no más que en otros sitios. Y entonces se ponen todos a gritar que sí que es verdad, que los españoles son unos racistas. Te juro que son unos auténticos salvajes.

Géraldine se conformó con una moneda de veinte, pero la máquina tampoco se la tragaba. Line sopló el té envolviendo la taza con ambas manos.

—Les he dicho a ver, como comprenderéis me afecta que digáis eso porque España es un país que me gusta mucho. Es que, estupidez mía, pero no podía evitar contes-
tarles, ¿sabes?

La de diez céntimos tampoco.

—No me extraña.

—Es que en realidad son igual de racistas que los demás. Tienen una especie de racismo anti-blancos, es increíble.

—¿Tienes monedas de cinco?

—Sí sí.

Se incorporó para registrarse con un dedo un bolsillo del vaquero.

—El colonialismo, vale, pero ya no es argumento, hay prescripción.

Géraldine se esforzaba por mimar a la máquina con gestos suaves.

—Pues yo tengo una amiga judía y con los alemanes ya está, ya no son una fijación, ¿sabes?

—Claro.

Géraldine le devolvió las monedas inservibles.

Quiero pedirte disculpas por aver actuado así, me dejo llevar muy facilmente y intento calmar eso. E aprendido que está mal actuar como lo hize y por eso no lo aré mas. Por favor acepta mis disculpas. Ndeyé

Antes de salir Sandra soltó unos cuantos voltios sobre mi mesa.

—Profe, ¿la república es género narrativo?

—¿Te refieres a *La República*, el libro?

—Sí.

—¿Y tú de qué lo conoces?

—Me lo estoy leyendo.

—¡No!

—Pues sí, ¿por?

—¿Quién te lo ha recomendado?

—Mi hermana mayor.

—¿Estudia filo tu hermana mayor?

—Es bióloga.

—Eso está muy bien.

—Entonces qué, ¿es narrativo *La República*?

—No, de hecho sería más bien argumentativo.

—¿Eh?

—Sabes quién es Sócrates, ¿no?, el tipo que habla todo el rato.

—Sí sí sí, él es que habla todo el rato, es tope de gracioso.

—Bueno, pues él es un personaje inventado, aunque de eso no se sabe mucho, así que se puede decir que es como un personaje.

—Pero ha existido, ¿no?

—Sí pero no, vaya, que eso no es lo más importante. La cuestión es que habla de un montón de cosas con la gente que va conociendo.

—Sí sí, no para, es genial.

—De hecho Sócrates es un tipo que llega al ágora, que es una especie de plaza donde están todos, y allí escucha a la gente y luego les dice eh tú, ¿qué has dicho? ¿Estás seguro de que es verdad lo que acabas de decir? Y cosas así.

—Fijo, dice eso, me encanta.

—Y luego pues nada, conversan. Es como si fuera una argumentación.

—Vale.

—Oye, por cierto, está superbien que leas eso.

—Sí sí, vale gracias, adiós.

—Qué raro porque normalmente no es un libro para zorras.

Ha sonreído al darse la vuelta.

—Para que veas.

Dico estaba sacando de su estuche metálico unos bolígrafos que no iba a necesitar mientras mascullaba una parodia de chino dirigida a Jiajia, que ya estaba sentada. Sonidos ultra agudos con muchas ies. Ella intentaba fingir que lo ignoraba y reprimía muecas de impotencia y consternación. Si hubiese tenido más facilidad de palabra hubiera contraatacado. Mientras los demás se iban sentando me incliné sobre él.

—Yo pensaba que la gente como tú tenía muchos motivos para no ser racista.

—Qué dices, yo no soy racista.

Avancé un poco más. Nuestros ojos casi se tocaban.

—Yo no he dicho que seas racista, intenta entender antes de berrear, he dicho que la gente como tú seguramente tiene muchos motivos para no ser racista.

Balbuceó otra objeción mientras yo volvía a mi lugar y les pedía que sacaran un folio y la corrección de la redacción. Dibujé una columna con las palabras coloquiales que no se tenían que escribir y al lado otra columna con la traducción aceptable. A la izquierda putearse, a la derecha enfrentarse, enemistarse. A la izquierda jari, a la derecha jaleo o embrollo. A la izquierda superguapa, a la derecha, muy guapa, o despampanante, o magnífica o estupenda.

—También hay que evitar lo de demasiado guapa. Si queréis decir muy guapa, decid muy guapa. Pero no demasiado guapa. Demasiado no significa muy, significa demasiado. En cierta forma es peyorativo. Cuando digo que he comido demasiado significa que he comido más de lo razonable y que es posible que me ponga enfermo. Y si digo he comido demasiado bien no significa que esté con-

tento, significa no sé, significa que es una vergüenza comer tan bien porque digamos que hay mucha gente en el mundo que no come lo suficiente, ¿vale?

—¿Qué significa peyorativo?

Frida no había levantado la mano. Lo correcto hubiera sido no contestarle porque significaba aprobar una transgresión a las normas de la vida en común.

—Peyorativo significa negativo. Un juicio peyorativo es cuando se critica a alguien. Por ejemplo, si digo que Dico es idiota porque no toma apuntes de la corrección de la redacción, es peyorativo.

En efecto, no había sacado ni un folio y se limitaba a resoplar pffff intermitentemente.

Al acabar la hora era el último en recoger sus cosas, quizá adrede.

—Oye profe, ¿por qué dices que soy racista? Yo no soy racista, ¿vale?

—¿Y entonces qué eres cuando imitas el acento chino? ¿Eso no es ser racista?

—Que yo no soy racista.

—¿Y entonces por qué lo haces?

—Es en broma.

—¿De verdad crees que es en broma? ¿Y te parece que a Jiajia le hace gracia?

—Sí que le hace gracia.

Se fue de la clase como si saliera despedido, cosa que me impidió soltar un sermón que hubiese sido implacable y desgarrador.

Kantara era el siguiente en la lista. Las opiniones empezaron a recorrer la U de mesas.

—Un trimestre para nada.

—No hace nada, pero es que nada de nada.

—Es sobre todo el comportamiento.

—Es insoportable.

—Y no para de hablar.

La mirada del director recorría la U siguiendo las diferentes intervenciones.

—Entonces, ¿qué hacemos, lo amonestamos?

Una aprobación colectiva recorrió la U y el director preparó el bolígrafo.

—¿Amonestación por trabajo o por conducta?

La U volvió a dividirse.

—Trabajo al menos.

—Sí, trabajo.

—Hombre y conducta también.

—Sí sí, conducta desde luego.

—Trabajo y conducta, de hecho.

El bolígrafo del director se había quedado detenido sobre la hoja de calificaciones.

—¿Amonestación por trabajo y amonestación por conducta?

Una aprobación colectiva recorrió la U y el bolígrafo cayó bruscamente sobre la hoja de calificaciones.

—Amonestación por trabajo y por conducta, anotado. Pasamos a Salimata.

—En deporte es una auténtica gacela.

—En mates es más bien una cotorra.

El director miró a los que todavía no habían emitido su diagnóstico.

—¿Entonces, gacela o cotorra?

Léopold sólo llevaba en la sudadera un unicornio con las narinas ardiendo por su demoníaca hiel.

—Para mí es sobre todo la agresividad. Seguro que le viene de la madre. Vino a verme y es igual a ella.

Una borrasca golpeó el cristal del lado del patio sin inmutar a Géraldine.

—Creo que su padre falleció a mitad de trimestre.

En calidad de CPE, Serge sabía algo más.

—Como CPE, quizá pueda añadir algo más. Efectivamente su padre murió hace un mes, pero hacía tres años que había abandonado el hogar familiar.

Muecas de escepticismo por parte de Jacqueline, Léopold y Line.

—Sí bueno, entonces no cambian mucho las cosas.

—Yo no la he visto traumatizada, ni mucho menos.

—De todas formas ha tenido malas notas desde septiembre.

La delegada de los padres de alumnos tomó la palabra por primera vez.

—Me consta que sus notas han ido a peor desde hace precisamente tres años.

Muecas de escepticismo por parte de Line, Jacqueline y Léopold.

—Bueno, vale sí.

—Vaya casualidad.

—Así es muy fácil.

El director miraba la hoja de calificaciones y dudaba.

Claude y Chantal intentaban hacer entrar en razón a dos que se estaban peleando sobre el cemento del patio interior. Yo venía con el estado hipnótico que te dejan cuatro horas de clase y no dudé. Me incliné para separarlos, estiré de la capucha de uno y empujé al otro que intentaba agarrarse del primero. Se cayó de culo y se golpeó en la cabeza. Pensé mierda.

—¿Pero qué hacéis peleando así?

Se levantó.

—¿Por qué me empujas?

—¿Cómo, qué has dicho?

—¿Que por qué me empujas?

El otro púgil se había largado huyendo de Claude y Chantal, que se quedaron mirándome.

—¡A un profesor no se le habla así!

—Pues no me empujes.

—Te he dicho que a un profesor no se le habla así.

Intentaba irse pero yo lo sujetaba por la manga. Me salía humo por las narinas.

—Pide perdón.

Se liberaba arqueando la espalda, yo lo seguía durante tres metros y lo volvía a coger. Así cinco o seis veces.

—¡Pide perdón!

—No haberme empujado.

—Que a un profesor no se le habla así.

Yo hablaba apretando los incisivos.

—¡Que pidas perdón!

Nos rodeaba una docena de alumnos y entre ellos estaban Claude y Géraldine, que no se lo podían creer.

—¿Quieres que vayamos a buscar a alguien?

—No, qué va, dejadme. Tú, pide perdón.

Se me volvió a escapar, en tres pasos lo alcancé y con la mano libre lo cogí por la mochila.

—Pide perdón.

—¿Por qué me escupes encima?

—Escupo donde me da la gana. Pide perdón.

—¿Por qué me has empujado?

—Que no me hables así.

Yo gritaba entre dientes, los pocos alumnos que había en el patio antes de la hora de comer se habían reunido en círculo a nuestro alrededor.

—¿Cómo es tu nombre?

Ahora lo zarandeaba para que saliese alguna palabra de su boca, cualquier cosa que pudiese salvarme. El director apareció a mis espaldas.

—Oye Vagbéma, ¿cuál es el problema esta vez?

—Hace cinco minutos que me está levantando la voz.

—¿Qué es eso de hablar en ese tono a un profesor, Vagbéma? ¿Qué significa eso?

—Lo dejo si pide perdón.

—Presenta tus disculpas, Vagbéma. Presenta tus disculpas ahora mismo.

—Me disculpo.

Lo solté sin decir palabra y salí corriendo hacia la puerta del aula, a diez metros. A mis espaldas el director seguía sermoneándolo para defenderme.

—¿A quién le pides disculpas? Tiene un nombre el profesor, ¿sabes?

—No sé quién es.

Se aburrían o se agobiaban con una redacción. Unos chorritos horizontales, que anunciaban tormenta, habían empezado a manchar los cristales. Uno primero, luego el segundo, diez, treinta, no me había fijado en que sólo había tres árboles en el patio, si me hubiesen preguntado hubiera dicho cuatro o cinco, la memoria visual es muy rara, es como cuando uno se imagina un templo griego y se da cuenta de que no puede contar las columnas, en cambio si lo tuviera delante sí que podría, pero imaginándolo es totalmente imposible, es para volverse loco, igual que un gato frente a su propio reflejo, o que persigue su cola, ¿para qué sirve la cola de un animal? seguro que sirve para algo porque todo sirve en la naturaleza, aunque las

rayas de la cebra no es seguro, al parecer son para seducir al sexo opuesto, pero entonces ¿por qué no lunares? y por qué no hay rayas en lugar de lunares en el pelaje de los

—Profe, ¿cómo se escribe igualdad?

Era sin duda Koumba la que había hecho la pregunta, pero se escondía detrás de Dianka. La escribí en la pizarra en mayúsculas, para que quedara más claro. Djibril, Foot Power, se levantó antes que los demás y, haciendo caso omiso de mi consejo, releerse, depositó el folio sobre mi mesa.

Tema: siguiendo el modelo de texto estudiado en clase, discutir con un interlocutor ficticio sobre el tema «no somos del mismo mundo».

Un día cogiendo el metro para dirigirme al colegio al salir del metro me tropecé con un chico, era un francés y era su culpa y entonces le pidí que me dijese perdón. Me respondió «no tenemos los mismos valores». Yo también le respondí «en que eres tan diferente a mi». Me respondió «te lo voy a decir, mientras tu estás durmiendo en tu casa yo me voy de fiesta y mientras tu vas al colegio yo estoy jugando con los videojuegos, esa es la diferencia».

Para el señor del patio.

Siento no haberte escuchado cuando me estaba peleando con mi hermano Désiré y haberte levantado la voz. No se volverá a reproducir. Te ruego que aceptes mis disculpas. He actuado muy mal contigo. Vagbéma, quinto 1.

El folio con cuadritos olía a naranja. Pensé que ahora hacían hojas perfumadas pero cuando saqué el manual del casillero también olía. Estiré el brazo hasta el fondo para encontrar la fruta. La alcancé con la punta de los dedos, estaba blanda y podrida.

Además de la mesa de mi despacho había añadido otra para separarme de los padres que eventualmente vieran a verme. Por eso tuve que levantarme un poco de la silla para poder señalarles a los padres las notas de la hoja de calificaciones de Amar. Como ellos no hicieron el mismo gesto durante un segundo pensé que no sabían leer, aunque recordaba que sí. Ante la duda, opté por continuar sin el soporte del papel.

—Amar es un buen chico, de eso no cabe duda, pero ya no sabemos qué hacer con él, habla mucho en clase.

Asentían con la cabeza con un gesto disgustado. Ella llevaba un velo, él no.

—Como profesor principal creo que se le pasará solo, nosotros no podemos hacer nada, se le pasará solo.

Ellos ladeaban la cabeza, yo intentaba llenar el silencio.

—Por eso no hay que asustarse, yo creo que se le pasará solito. Tampoco hay que reprochárselo mucho. Es un buen chico. Se le pasará. Solo.

Se levantaron al mismo tiempo. Después de darme la mano ella se llevó discretamente la suya al corazón.

—Buenas vacaciones, gracias por recibirnos. Cuídese.

Una madre blanca se abalanzó sobre una de las dos sillas sin esperar a que la invitara a hacerlo.

—Es para hablar de Diego.

—Bien, creo que habla demasiado en clase.

—Bueno, de hecho ha habido historias con su padre, ¿se ha enterado?

—No, pero el equipo pedagógico es unánime con respecto a lo de hablar tanto en clase.

—Lo que pasa es que su padre intenta recuperar parte de nuestro patrimonio, el otro día incluso nos mandó a un agente judicial, ya ve usted qué tipo de persona es. Y no cabe duda de que eso lo trastorna.

—Más que un trastornado su hijo es un trastornado.

—Es que además el año pasado murió su abuelo y eso le afectó mucho, desde entonces tiene muchas dificultades para concentrarse.

—Sí, eso lo hemos comprobado. Y creo que

—de hecho eso supone quedarse sin dos referentes masculinos de repente y, claro, tiene tendencia a involucrarse demasiado con usted porque, a pesar de todo, usted es un referente adulto.

—¿Eh?

—De hecho en este tipo de cuadro se debe sellar un pacto de filiación y aprendizaje y como usted no lo ha sellado, evidentemente él desarrolla un comportamiento de fracaso.

—Es decir, que lo que desarrolla es un comportamiento que consiste en molestar a todo el mundo.

—Lo que le pasa es que tiene carencias. Sufre por la falta de vínculo e intenta crearlo.

—Ya, entiendo.

Me levanté y le hice un gesto al siguiente para que se acercara. La madre blanca tardó en entender que me estaba despidiendo de ella.

—Son niños antes de ser alumnos, ¿sabe?

—Sí sí, adiós señora. Hola señor. Siéntese por favor. Usted es ¿el señor?

A través de la espesa capa de acento percibí el patronímico de Fangjie.

—Ah sí, vale, Fangjie. Bueno, Fangjie, el francés no está del todo logrado.

Para su padre tampoco, me miraba sonriente y sin entender. Acompañé mis palabras con gestos y muecas.

—Francés, regular. Progreso, rápido. Sino, problemas.

Sonrió, cogió la hoja de calificaciones que le tendía sin mirarla, volvió a sonreír.

—Adiós señor, gracias por haber venido.

Volvió a sonreír al cruzarse con la madre de Teddy, que se presentó espontáneamente como tal.

—Bueno, ya sé que Teddy no se comporta como es debido, pero es que es muy duro, sabe usted, porque se ha muerto su hermana mayor, que era la que se ocupaba de él, y claro es muy duro, se ocupaba muy bien de él y todo y ahora pues ya no puede hacerlo, entonces claro, las matemáticas las hacía con ella, bueno, digamos que cuando tenía tiempo porque trabajaba en el mercado porque su marido trabajaba allí hasta que se fue y entonces ella se quedó sin trabajo hasta que encontró uno de hacer limpiezas en un hotel, como yo no puedo trabajar por culpa de mi corazón pues tenía que hacerlo, tenía que coger cualquier cosa que encontrara, aunque fuese lejos, al principio iba en autobús pero volvía demasiado tarde, entonces le pidió el ciclomotor a su primo y así fue como tuvo el accidente, Teddy me ha dicho que quiere comprarle un collar de perlas, y yo le he dicho ahora es demasiado tarde cariño mío.

En medio de la mesa oval había una caja de chocolates con la mitad de compartimentos llena y la otra mitad vacía. Los dedos vacilantes de Claude, Danièle, Bastien y Léopold se agitaban encima para luego arrojarse sobre el dulce elegido.

—Yo perros, no gracias.

—Los gatos sí que están bien.

Léopold asintió.

—Yo antes tenía uno.

—Yo sigo teniendo uno.

—Qué suerte.

—Me encanta por la mañana cuando viene a despertarte ronroneando.

—Sí, el mío hacía lo mismo.

—Pero luego es terrible cuando hay que irse y él se queda allí ronroneando a tus pies, tienes aún menos ganas de ir al curro.

Léopold asintió. Gilles, no.

—Los gatos son unos hipócritas, te ronronean pero una vez que han jalado ya no los ves en tres días.

—Tú no estás muy bien, ¿no?

—Es la navidad que me deprime.

Léopold y Line asintieron.

—No me hables.

Marie tenía la cabeza metida en las tripas de la fotocopiadora.

—Estaría bien que papá Noel nos trajera el doble cara. ¿Alguien sabe cómo funciona?

Claude fue el primero en reaccionar a la campana que sonó.

—Felices fiestas si no os veo.

Danièle se levantó con pesadez.

—Venga, sólo tres horas.

Bastien salió justo detrás.

—Yo sólo dos.

Léopold salió justo detrás.

—Yo sólo una.

La sala estaba casi vacía. Danièle volvió a entrar con pasos rápidos hacia la caja de tizas de colores que había olvidado.

—Y tú, ¿sigues aquí?

—Sí.

—¿Duermes aquí en vacaciones?

Veintiséis

Me paré en el restaurante. Una sexagenaria desdentada tiraba la ceniza al pie del mostrador de cobre. Le preguntó al camarero uniformado el nuevo precio de los Marlboro.

—Circo euros.

—Joder.

—Es así.

—Estamos en la mierda y encima es invierno.

Fuera vi a Claude caminando de espaldas en la noche. Lo alcancé a la altura del carnicero chino y le tendí la mano. Esbozó una sonrisa exigua pero afable.

—¿Y?

Empujamos entre los dos la puerta de madera maciza y soltamos un hola frente al despacho abierto de Serge, el CPE.

—Feliz año.

En el patio interior con árboles congelados, el agente Mahmadou había apoyado una escalera contra el muro medianero que daba al parvulario. Subió seis escalones, alargó el cuello para ampliar el ángulo de visión, parecía que quisiera pasar al otro lado pero renunció.

Detrás de la puerta azul no había nadie en la sala salvo Valérie que consultaba correos electrónicos.

—Feliz año y todo eso.

Mi casillero ya no soportaba el olor a naranja.

—Sobre todo la salud.

Dico tardaba en subir las escaleras detrás de los demás.

—Profe, ¿puedo cambiar de clase?

—No.

—¿Puedo tener otro profe de francés?

—Date prisa.

La mayoría de la tropa esperaba frente al aula de física. Frida narraba un relato que se estaban tragando unas niñas en semicírculo.

—Y yo le digo el día que me pegues te juro que la palmas, y él estaba totalmente jiñado y va y me dice por qué crees que te voy a pegar? Le digo es que mi prima

—venga, entrad.

Entramos, se repartieron en las filas, sentados, tranquilos. El aula olía a limpio y a humedad por haber estado vacía. Le pedí a Kevin que fuera a buscar tiza a la sala de profesores. Suspiró por reflejo, pero estaba contento de poder saltarse cinco minutos de aburrimiento.

—Así de paso haces un poco de deporte.

Sonrió antes de cerrar la puerta tras de sí. Hilera de la izquierda, primera fila, Dico soltó

—Pero si tú ni siquiera haces deporte.

Fingí no haberlo oído, subió la voz.

—Fijo que eres malísimo en deporte.

Había que ignorarlo.

—Fijo que en deporte eres malísimo.

—¿Tú crees?

Al decirlo me pasé las manos por la cara fingiendo estar distendido y luego mi mirada se cruzó con la de Frida, sonriente.

—Profe, ¿estás enfadado?

—¿Por qué, lo parezco?

—Estás todo rojo.

—Es porque me he frotado los ojos.

—Cuanto antes empecemos, antes tendremos derecho al pastel.

El director esperaba que nos ubicáramos todos en la U. Después de dar algunas informaciones genéricas empezó a darle vueltas al bolígrafo entre los dedos.

—Por mi parte no estoy de acuerdo con hacer repetir a los de tercero. Hay que tener en cuenta que en el instituto los pueden acoger a todos, tanto a las secciones profesionales como a las generales.

Saqué un folio. Gilles había tenido una indigestión de ostras la semana anterior.

—Yo lo siento pero veo que en tercero hay alumnos que ni siquiera tienen el nivel de sexto, ¿qué van a hacer en segundo?

El boli del director giraba entre sus manos.

—Hay alumnos que van completamente perdidos en el colegio pero luego en la sección profesional demuestran tener cualidades.

Bastien cogió el testigo.

—Me sabe mal pero ¿por qué a éstos no los sacan antes del colegio? Porque los de quinto 1, por ejemplo, no creo que demuestren nada.

El director retomó para no contestarle.

—Es mi deber recordaros que el Boletín Oficial desaconseja dar frases para copiar.

—Lo siento pero yo me acuerdo que en el IUFM nos decían algo muy interesante, y por una vez que era intere-

sante se me quedó grabado. Decían que dar ejercicios como castigo suponía en la mente del alumno asociar ejercicio con castigo, y luego los alumnos veían todos los ejercicios como castigos. Así que partiendo de esa base, dar frases para copiar tampoco está del todo mal.

Géraldine cogió el relevo.

—Además, estamos en un colegio en el que los chavales no saben escribir, así que les das un ejercicio y te devuelven un churro. Por lo menos cincuenta frases son cincuenta frases.

El intendente Pierre apareció con los pasteles en una cesta colgada del brazo. El director retomó para no tener que contestar:

—Ya sabéis que se plantea exactamente el mismo problema con las amonestaciones y sanciones de los comités de clase. Sencillamente no son legales.

Line, la que treinta minutos más tarde diría oh me ha tocado el haba y se dejaría coronar con cartón sin oponer resistencia, dijo que

—en ese caso pueden hacer todas las gilipolleces que quieran porque saben que después no pasará nada.

Anoté: todas la gilipolleces que quieran, después no pasará nada.

El Citroën DS, que se conoce como tiburón, se le averió a medio camino.

—Vamos a ver, ¿cuál es la proposición subordinada de relativo en esta frase?

Abderhammane, nacido el 5 de enero del 89, se expresó.

—Eh profe, ¿qué es un DS?

!!!

—Hombre por favor, todo el mundo sabe lo que es un DS, ¿no?... ¿Quién se lo explica a Abderhammane?

Bien-Aimé, móvil colgando.

—La subordinada de relativo es «que se conoce como tiburón, se le averió a medio camino».

—Sí, bueno no exactamente, pero ¿nadie sabe qué es un DS?

Nadie.

—A veces salen en las películas. ¿No?

No.

—En las de cine negro, por ejemplo.

Fayad, Ghetto Fabulous Band en mayúsculas en la sudadera.

—¿Qué son las pelis de cine negro?

—Son pelis policíacas en las que pasan cosas feas, por eso se le llama cine negro.

Bien-Aimé.

—¿Por qué se le llama negro y no, qué sé yo, azul?

—Para no confundir con los Pitufos. Bueno, ¿a nadie le importa mi DS?

Cuando Alyssa interviene el cielo se abre sobre otro cielo que se abre sobre otro cielo que se abre sobre otro cielo.

—Profe, ¿por qué has dicho que no está bien lo que ha dicho Bien-Aimé?

—No he dicho nada, él no ha respondido nada.

—Sí, de la subordinada.

—Ah sí, es porque la subordinada termina en tiburón, luego viene el final de la principal que está cortada en dos: el DS se le averió a medio camino.

Hadia, tela negra a modo de diadema.

—No has dicho qué era un DS.

—Ya lo buscaréis en casa, pasamos a la frase siguiente.

Ming levantó la mano por segunda vez en todo el año.

—Se ha ido al cine con su amigo que él es libre.

Deseé que sólo fuese un error de pronunciación.

—Ven a escribir tu frase a la pizarra y así veremos mejor el esquema.

Se levantó con valentía y concentración, sudadera roja con un puma en blanco saltando. Escribió se ha ido al cine con su amigo que él es libre. Lo mandé a su sitio.

—Gracias. Veamos, el número de verbos es perfecto ya que hay dos, así que tenemos dos proposiciones. Por un lado, tenemos una principal y luego está la subordinada, como yo había pedido, así que hasta aquí muy bien también. El único problemita es el «que él» que ha puesto en lugar de «que». Tenemos una relativa, que modifica a un sustantivo y no una conjuntiva, sino modificaría a un verbo.

Frida había visto que yo esperaba a que se pusieran en fila y aún así se quedó rezagada a diez metros. Les dije a los demás que empezaran a subir y caminé los pocos pasos que me separaban de ella.

—Frida, ¿no te molesta hacerme esperar así?

No me contestó, le dio un beso a su amiga con un hasta luego y después dio un paso hacia las escaleras hasta que mi interjección la paralizó.

—¡Hey! No me gusta mucho que la gente se cachondee de mí.

—¿Qué pasa?

—Cuando te digo que subas, subes *ipso facto* y que no tenga yo que presenciar los besitos a tu amiga.

Me miró como con desafío diluido en indiferencia y desprecio. Yo había dormido mal, había dicho «*ipso facto*».

—A mí las tías que van de guays no me interesan para nada.

Se quedó sin pestañear, no se lo podía creer. Luego se puso a andar con un encogimiento de hombros casi imperceptible.

Una hora más tarde, cuando la campana vació la pajarera, le pedí que se quedara dos minutos. Seguro que pensó ¿qué querrá de mí ese capullo?

—Bueno mira, hace un rato te he regañado un poco y creo que he hecho bien porque ese tipo de desafío de pacotilla, en plan no me pongo a la fila cuando el profe lo dice, es exasperante. Así que me parece que tengo razón de reprochártelo pero es verdad que he empleado expresiones, en concreto una, de las que no estoy nada contento, incluso nada orgulloso si te digo la verdad. Así que nada, eso, que te pido disculpas. Siento haber empleado esas palabras, son palabras tontas y que no quieren decir nada, perdóname. Sin embargo me gustaría que te pusieras en fila al mismo tiempo que los demás, ¿de acuerdo?

En medio de mi monólogo sonrió con su bonita sonrisa de bondad delicada y, como había dormido mal, mis propias palabras me hicieron un nudo de emoción en la garganta y luego ella dijo de acuerdo.

Rachel, que estaba sentada a mi lado, adoptó un tono de confesionario.

—Quería comentarte una cosa.

—¿Sí?

—El lunes, en tercero 3 hubo un enfrentamiento. Oí que Hakim le decía judío asqueroso a Gibran porque no le quería dar una hoja, entonces lo regañé, le dije que eso no se hacía y entonces se empezaron a desfasar, fue un

caos durante media hora, te juro, ni siquiera podía explicarme, era infernal. Cuando se fueron hasta me puse a llorar. No consigo conservar la calma con este tema. Es que como me concierne en primera persona, pues no lo consigo.

—¿Y?

—No, que quizá tú sí podrías.

—Habría que ver.

—Fue sobre todo Sandra la que me decepcionó. Dijo yo de todas formas soy racista con los judíos y seguirá siendo así toda mi vida. ¿Los tienes hoy?

—No, pasado mañana.

—¿Lo intentarás?

—Veré qué puedo hacer.

Danièle no se había movido del rincón del teléfono desde hacía media hora.

—Sí hola, me gustaría hablarle de su hijo e invitarle a una reunión que haremos la semana que viene.

Géraldine, que acababa de llegar, tenía unas tetitas apetitosas.

—¿Qué haces?

Danièle envolvió el auricular con la mano.

—Estoy llamando a los padres de los alumnos de quinto 1. No sabes la que se ha armado.

Gilles se hubiera podido hacer un collar de ojeras.

—De todos modos es demasiado tarde, ahora ya no van a cambiar. Igual que los de cuarto.

Léopold, *Evil's Waiting For You*.

—Hombre no, los de quinto 1 son mucho peor. ¿Ha sonado?

Sabían muy bien que sí, igual que Sylvie y Chantal que recogían con la cucharita el azúcar del fondo de sus vasos de plástico.

—Yo hacía danza pero lo dejé.

—Yo también, hice cinco años pero ahora voy a clases de acordeón.

—Ay, qué guay.

—Pues sí, la verdad. En la música de Europa del Este hay trozos que son completamente geniales.

Chantal no dijo nada más, yo ya no pude callarme más.

—A mí el acordeón me trastorna. Me recuerda cosas de la infancia. En cuanto lo escuchaba me daba la impresión de estar deprimido cuando en realidad no lo estaba en absoluto. A veces íbamos a fiestas populares los domingos y a mí el acordeón en bucle me ponía superdepre. Es una máquina de fabricar tristeza esa mierda.

—Depende, la música del Este por ejemplo es superbonita.

—Este u Oeste, es terrible. Para ahorcarse. Habría que prohibirlo. Y punto.

a) Señalar los verbos conjugados en el texto. b) Indicar en cada caso el tiempo del verbo y su valor. Al cabo de cinco minutos Mezut no había escrito ni una sola palabra.

—¿Y si nos ponemos a trabajar, Mezut?

Destapó el bolígrafo con mucho énfasis y acercó la silla a la mesa con la diligencia propia de una entrevista de trabajo.

—Sí sí.

Trabajaban en silencio. Los árboles desnudos del patio parecían de mármol con el viento helado. Do as I say not as I do because the shit's so deep you can't run away. I beg to differ on the contrary, agree with every word that

you say. Talk is cheap and life is expensive, my wallet's fat and so is my head. Hit and run, and then I'll hit you again, I'm smart-ass but I'm playing dumb. And I've no belief, but

—Profe, esto... ¿qué iba a decir?, ¿«sus» es un verbo?

—¿Cómo, Mezut?

—Que si «sus» es un verbo.

—Pero bueno, Mezut, «sus» no es un verbo, hombre por favor...

—Sí pero ¿cómo sabemos que no es un verbo?

—Hombre por favor... es evidente, ¿no? El verbo es el que indica la acción. ¿Para ti «sus» es una acción?

—No.

—Hombre por favor...

Al principio de la hora esperé para ver si estaban lo bastante tranquilos. Lo estaban. Me separé de la mesa pero sin bajar de la tarima.

—Vuestra profe de artes plásticas me ha dicho que ha habido problemas.

Sandra suspiró tipo no puedo más.

—Ay no, ya vale con eso.

—No, no vale. No es bueno tener tonterías en la cabeza. Yo no os voy a reñir, no os voy a soltar el rollo moral, no os voy a decir que el antisemitismo está mal igual que fumar o romper un jarrón. Yo lo que hago es mi curró de profe de francés: os señalo la inexactitud. Si me decís que el complemento circunstancial concuerda con el sujeto o con el objeto directo os diré que no es correcto. Pues bien, que no os gusten los judíos no está ni bien ni mal, es simplemente incorrecto. Yo cuando tenía vuestra edad era comunista, ¿sabéis lo que significa ser comunis-

ta? Significa más o menos que uno está a favor de que los pobres sean un poco menos pobres y los ricos un poco menos ricos. Los enemigos que yo tenía en aquella época, porque a esa edad hay que tener enemigos, eran los jefes, que son los que realmente mandan. Aquello era tener un poco de morro, ¿no? Sobre todo era mucho más concreto.

Imane le susurró algo a Sandra que dio un bote de alegría en señal de aprobación y luego chocaron las palmas.

—¿Qué pasa?

—No, nada.

—Hombre sí, algo pasa. Si os estáis partiendo de la risa es que hay algo, ¿no?

—No, no.

—Venga, decídmelo.

Imane dudaba pero luego se la lanzó mirándome de arriba abajo con una sonrisita mal camuflada.

—Pues que precisamente los jefes son los judíos.

Ahí está.

—Ok, sé que pensáis eso pero es una auténtica tontería. Bueno, no es una auténtica tontería. De hecho lo que quieres decir es que en Francia los judíos son más ricos que los árabes y, ¿sabes una cosa?, tienes razón. Si observamos el nivel de vida medio de los judíos de Francia, es superior al de los árabes. Tu tontería empieza después. Cuando de ello deduces que se han apoderado de todo como ladrones, que llevan el afán de lucro en la sangre. Porque es eso lo que piensas, ¿no?

—Un poco.

—Pues es una auténtica tontería. Te voy a explicar por qué en Francia los judíos son más ricos, en general, que los árabes.

Di tres razones implacables y terminé hablando de la cultura de la excelencia en la que os convendría inspiraros

en lugar de envidiarla. Luego extendí la cuestión a Oriente Medio para poder alargarlo y no tener que empezar la clase. Un cuarto de hora de fama multiplicado por tres y la campana no los arrancó de su silencio. La pajarera se quedó pensativa, salvo Hakim, que políticamente tiene ocho años, y Sandra, que vino a apoyar sobre mi mesa el michelín que llevaba al aire. Cien mil voltios divididos por su contrición.

—Profe siento haber dicho eso, no sé qué me ha cogido, de hecho era una broma.

—Como broma no tiene mucha gracia.

Un espasmo continuo agitaba sus rodillas mientras esperaba que saliese Jie, que estaba ocupada pidiéndole a Zheng que recitara el subjuntivo en latín.

—¡Eh, que se te ven las bragas!

Efectivamente, un borde de algodón sobresalía del pantalón de talle bajo.

—¿Eso también es una broma?

—Pero se le ven las bragas, ¿no?

—¿Eso era todo lo que tenías que decirme?

Sus enormes pendientes conductores de electricidad le envolvían la mitad de las mejillas.

—No era por lo del asesoramiento. El otro día visité el instituto Marcel-Aymé y, profe, es imposible no voy a poder ir allí, es que está lleno de góticos.

—¿Eh?

—Sí, te juro que es verdad, sólo hay *skaters*, no podré hablarles nunca.

—Mientras no sean judíos...

Dio un talonazo en el suelo de pura exasperación.

—Vale ya, profe, ya me he disculpado antes. Pero te juro que no voy a poder ir allí, es que sólo hay punkis...

Léopold intentaba que la máquina le aceptara una moneda de cincuenta. Bastien terminaba una galleta y la lectura de un folio que le habían dejado en el casillero.

—¿Habéis visto esto?

En el rincón salón Chantal corregía ejercicios sobre una pierna inclinada a modo de pupitre.

—La otra ni siquiera me pone el nombre, me va a oír.

No iba dirigido a nadie pero yo era el único que estaba cerca.

—¿Sabes quién es?

—Sí pero no pone su nombre, se va a enterar.

Bastien no se lo podía creer.

—¿Habéis visto esto?

Léopold le dio un golpe al costado de la máquina con la palma de la mano. Chantal no se dio ni cuenta.

—De todos modos para mí un ejercicio sin nombre es un cero.

Esperé a estar seguro de que no iba en broma.

—¿Un cero, de verdad?

—Pues sí, porque sino cómo quieres que haga.

—¿No tendréis cambio de cincuenta céntimos?

—¿Habéis visto esto?

Esta vez Bastien no dejaba opción y nos extendía el folio. Informe de los educadores. Estábamos Clarisse, Amara y Sylvaine en el aula de estudio con los alumnos de quinto 1. La hermana mayor de Jallal El Moudene llega a la sala y le pregunta a su hermana «¿quién te ha pegado una bofetada?». Entonces Jallal señala a Ouardia Agadir y la hermana mayor empieza a agredirla verbalmente y a amenazarla. Ouardia le contesta violentamente «puta asquerosa, tú sigue dejándotela meter por todos». La hermana mayor se lanza sobre Ouardia para pegarle. Clarisse y Sylvaine nos hemos visto obligadas a separarlas.

Kinga ha ido a buscar al Sr. Giresse. Ante tantos golpes, le hemos pedido varias veces a la hermana mayor que saliese de la sala. Pero ha sido en vano. Seguía pegándole a Ouardia que también se defendía. Hasta que no ha llegado el Sr. Patrick la hermana mayor no se ha ido. Hemos sujetado a Ouardia mientras el Sr. Patrick se llevaba a la hermana mayor de la sala y del patio.

—¿Tú conociste a un grupo de punk que se llamaba *Les Tétines noires*?

Léopold no había leído el informe y retomaba una breve conversación que habíamos tenido la semana anterior.

—Sí sí, los conocí.

—Pues ¿ves?, ése fue uno de los grupos que hizo la transición entre el punk y el gótico.

Abrió el casillero de Rachel, donde a veces había monedas de diez céntimos.

—¿Y te gustaba el grupo?

—Demasiado texto.

Volvió a arremeter contra la máquina.

—Bueno, es verdad que es más intimista, menos político. No es tanto una rebeldía contra la sociedad sino más bien una rebeldía individual. Quiero decir que es más personal, más sentimental, más cómo decirlo...

—¿Romántica?

—Exacto, como rebeldía es más romántica.

Souleymane entró antes que yo con la capucha puesta.

—Souleymane.

Se volvió hacia mí. Me vio señalarme la cabeza simbolizando la suya y obedeció.

—El gorro también, por favor.

Ahora tenía la cabeza envuelta de una ínfima capa de cabellos rubios. Les pedí que sacaran la agenda para apuntar un examen para el jueves siguiente. Jie y los otros tres empezaron a intercambiar muecas de contrariedad. Un conciliábulo entre cuchicheos designó portavoz a Jiajia. Levantó la mano y la invité a expresarse con un lento parpadeo.

—Jueves no estaremos aquí, para nosotros no posible hacer el examen.

—¿Y por qué no estaréis?

—Es año nuevo chino, por eso.

—¿No lo podéis cambiar?

Mi sonrisa no ayudó a que entendiese la broma.

—No no podemos cambiar. Nosotros no lo decidir.

—Bueno entonces los demás apuntad que haremos una hora de vida de clase.

Hilera izquierda, primera fila, Dico soltó su rebuzno reprobatorio.

—No sirve de nada la vida de clase.

—¿Cómo, Dico?

—No sirve de nada, no vendré.

—¿Cómo dices?

—Que no vendré, no sirve de nada.

—¿A ver, repítelo?

—No vendré.

—Repítelo otra vez, ¿a ver?

—No vendré.

—¿Una vez más?

—No vendré.

—¿Quieres que lo hablemos con el director?

—No vendré.

—Vale venga vamos.

Me bajé de la tarima.

—Sígueme.

Abrí la puerta y le señalé las escaleras con el pulgar. Pasó por debajo del brazo que yo tenía extendido.

—Y vosotros quedaos tranquilos.

Empecé a andar por el pasillo, él me seguía a tres metros.

—Date prisa.

No aceleraba. Me paré para que pasara delante. Ya no avanzamos más. Cedí y lo adelanté. En la escalera bajaba tres escalones y subía dos para esperarlo.

—Imbécil.

—¿Por qué me insultas?

—Eres tú el que insulta a los profesores contestándoles.

—¿Pero por qué me insultas?

En el patio interior se acrecentó la distancia que nos separaba. Subimos así hasta el despacho abierto de Christian, el CPE. No esperé a que terminara con una madre que iba acompañada de una traductora.

—Te dejo a este energúmeno. No lo aceptaré en la próxima clase sin una disculpa.

—Vale.

—Y perdona, ¿eh?

—No, no.

La traductora refirió mecánicamente la conversación en una lengua africana y luego se llevó avergonzada la mano a la boca.

Aunque llevaba guantes, Danièle entró echándose vaho en las manos y ocupó su lugar con educada diligencia. Siete de los doce miembros estábamos presentes en el aula de estudio acondicionada para la ocasión. Ya había quórum así que el director podía empezar y lo hizo con un resumen de los hechos.

—Ndeyé estaba en el pasillo al final de la fila. Llevaba en las manos unas bolitas rosas que yo confundí con caramelos. Le pedí que las guardara inmediatamente. Se negó, se lo volví a pedir y empezó a contestarme. Entonces le pedí que bajase conmigo a mi despacho. Se negó y me trató, cito, de gilipollas. Cuando ya estábamos en el despacho se tranquilizó y esa misma tarde vino a disculparse.

El director hizo una pausa.

—Tengo que aclarar que, dada la gravedad de los hechos, podría haberla denunciado. No lo hice porque considero que siempre hay que buscar primero una sanción de carácter didáctico. Por ese mismo motivo tengo la certeza de que este comité de conciliación podría hacer que Ndeyé adoptara un comportamiento normal y respetuoso frente a los adultos para el resto del año.

La madre, que es tuerta, le dijo algo a Ndeyé en una lengua africana. Mantenía el ojo bueno clavado en el director y acompañaba cada una de las palabras que no entendía con cortos murmullos aprobatorios.

—La expulsión provisional no es lo único que solicitamos. Queremos que Ndeyé pase dos tardes con los pequeños del parvulario de al lado para situarla en la postura del adulto y que se dé cuenta de que es imposible hacer sea lo que sea entre varios si no existe un acuerdo sobre las reglas comunes. Por otro lado nos gustaría que a Ndeyé se le hiciera un seguimiento psicológico.

La asistente social rompió el silencio de los presentes.

—Ya se le está haciendo.

El director reprimió una mueca de contrariedad.

—Entonces pedimos que se mantenga.

—No, machista no es lo mismo, machista es el hombre pretencioso, que se impone, que se hace el macho y trata a la mujer con un poco de desprecio. Pero no es la palabra exacta para designar a los hombres a los que no les gustan las mujeres, porque en última instancia al machista en cierta forma le gustan las mujeres. Entonces, ¿cuál sería la palabra?

—Homosexuales.

—Ah no, nada que ver, el hecho de que a un hombre no le atraigan sexualmente las mujeres no significa que no le gusten. Al contrario, a los homosexuales les encantan las mujeres.

Vaya chorrada. Faiza, bufanda negra a modo de diadema.

—Es normal porque se parecen.

—Puede ser. Bueno, ¿y la palabra, nadie la sabe?

Escribí misógino en la pizarra.

—El prefijo se utiliza negativamente y el sufijo está relacionado con una palabra griega que significa útero.

Me confundía con histeria pero no fue por eso que se echaron a reír. Tampoco fue eso lo que provocó la intervención de Aissatou.

—Profe, los que quieren que la mujer se quede en casa ¿son misóginos?

—Exacto, buen ejemplo.

Sí pero, dijo Dounia, a la mujer hay que protegerla, sí pero, dijo Soumaya, quedarse en casa todo el día es pasarse mucho, sí pero mira las pelis porno también se pasan mucho, dijo Sandra experta en el sector, yo digo que hay que prohibirlas porque son una falta de respeto, y Hinda, que se parecía a no sé quién, dijo pues a veces hay pelis que ni siquiera son porno y aún así tienen escenas de sexo y todo eso, pues yo igual, retomó Sandra, cuando ponen una

en la tele y estoy con mi padre, jolín, qué vergüenza, tío, por eso ahora cuando me dice ven vamos a mirar la tele yo le digo no no, fijo, dijo Soumaya o Imane o Aissatou, por lo menos cuando estás en el pueblo no tienes que estar todo el día con el mando en la mano, en el pueblo puedes ver la tele tranquilo en cambio aquí no es lo mismo, siempre tienes el mando a distancia en la mano por si aparece algo de sexo o lo que sea, sí pues yo en Egipto es lo mismo cuando veo la tele estoy tranqui, no tengo que cambiar de cadena todo el rato porque aquí en Francia es que alucinas porque todo el rato hay cosas raras, ¿sabes profe?

—Sí.

Antes de que pudiese exponerle mi petición, el director insistió en contarme la última.

—Te tengo que contar la última.

Estaba entusiasmado con lo que me iba a contar.

—¿Sabes quién es Ali, uno de los vigilantes?

—Sí sí, ese que es más bien fornido con gafas cuadradas.

—No, uno delgado sin gafas.

—Sí sí, ya sé.

—Pues hemos suspendido la colaboración de mutuo acuerdo.

—¿Ah sí?

—Estaba de prueba y digamos que la prueba no ha resultado favorable.

Todavía se le escapaba la risa.

—De hecho lleva un mes aquí y nunca ha funcionado del todo bien. Ha tenido conflictos regularmente con los alumnos, entre ellos no acaba de cuajar la cosa, pero bueno eso era anecdótico. Hasta ayer.

Hizo una pausa.

—Ayer entró aquí gritando «los voy a matar los voy a matar», así durante tres o cuatro minutos. Entonces lo hicimos sentar, le dije que se tranquilizara, que íbamos a hablar de todo eso con calma. Al final dejó de gritar. Y entonces nos desglosó todas sus quejas contra los alumnos. Yo le dije que en ese caso tal vez sería mejor que pensara en la posibilidad de buscar otro establecimiento o incluso otro ámbito laboral, y él me dijo que eso sin duda. Al final todo se arregló tranquilamente.

Buscó confirmación en mi mirada. La encontró.

—Aunque bueno, quizá es mucho decir que todo se arregló porque tuve incluso que acompañarlo hasta su casa y a la salida le quité este objeto a Djibril.

Sacó una barra de latón de entre dos armarios.

—Djibril no hubiese llegado muy lejos con esto y de hecho me lo entregó sin problemas, pero bueno nunca se sabe.

Me disponía a encadenar con otra cosa, él no.

—De camino estuve charlando con Ali y me enteré de unas cuantas.

—¿Ah sí?

—Me contó que durante toda su infancia su madre le había dicho «tú de todas formas no lo conseguirás». Y, claro, de pronto uno se explica muchas cosas.

Ahora ya no sonreía, mordisqueaba la montura de las gafas y reflexionaba mirándome a los ojos.

Khoumba entró sin llamar sosteniéndose un algodón con un dedo sobre la nariz y subiendo la barbilla ligeramente.

—¿Estás mejor?

Se sentó sin contestar y entonces Fortunée dijo no sé

qué que la hizo sonreír. De repente Dico llamó a Mehdi de un extremo a otro de la primera fila. Yo dije ¡hey! Él dijo ¿qué?

—¿A ti qué te pasa?

—¿Qué he hecho?

—¿Ya estamos otra vez?

—¿Por qué me hablas?

—¿Quieres que volvamos al despacho?

—Me la suda.

—Ok, vamos.

Abrí la puerta y le señalé las escaleras con el pulgar. Pasó por debajo del brazo que tenía extendido. Cuando ya había cerrado la puerta me eché atrás.

—Pensándolo mejor te vas a quedar en el pasillo, no tengo ganas de perder el tiempo contigo.

—Me la suda.

Le puse el índice bajo la nariz y acerqué mis ojos a los suyos.

—No necesito tus comentarios.

—¿Por qué te enfadas?

—Cállate.

—Si quiero entro en la clase.

—¿A ver? Inténtalo.

Subía las escaleras detrás de mí.

—¿Qué me vas a hacer si entro? ¿Me vas a pegar?

—Bueno vale, vamos al despacho.

En la escalera bajaba tres peldaños y volvía a subir dos para esperarlo. Una vez abajo caminamos uno al lado del otro, pero lentamente porque sino me distanciaba y era ridículo. Intenté poner el tono más desenvuelto que pude encontrar en mi enfurecido cerebro.

—Qué bien estamos aquí caminando los dos, ¿no?

—Pffff.

Yo parodiaba un paseo por el campo.

—Qué guay es la vida, ¿no?

—Pffff.

Seguro que los otros estaban agolpados en las ventanas para ver qué pasaba.

—Tu vida es un fracaso, Dico. ¿No estás harto de que tu vida sea un fracaso?

Hice una parada para desempolvarme un zapato y poder justificar nuestra grotesca lentitud.

—Pffff.

Mal que bien, llegamos frente a la puerta del despacho.

—Ahora ya no te haces tanto el listo, ¿eh?

—Me la suda.

—Te la suda pero ya no te haces el listo.

El director no estaba. Dico se regocijó en silencio.

—Siéntate ahí, voy a buscarlo.

No se sentó.

—Siéntate ahí y cállate.

—Eres tú el que habla.

Ya estábamos llegando a las cuestiones que habían planteado los distintos componentes del consejo de administración. El director estaba al mando.

—Los profesores quieren hablar del problema de la máquina de café. En este punto lo mejor es darle la palabra al señor Pierre que nos hará un resumen financiero del asunto.

El señor Pierre no ha tenido ni que moverse para erigirse en la silla.

—En cuanto a la máquina es importante saber que fue instalada durante el ejercicio de 2001 ya que la anterior,

que requería recargas regularmente y por lo tanto necesitaba los servicios de una empresa subcontratada, no salía rentable. Ahora bien, la máquina que tenemos ahora también ha resultado deficitaria, lo cual nos ha llevado a aumentar de diez céntimos el precio de la bebida, que asciende por lo tanto a cincuenta céntimos.

Las rayas azules de su camisa blanca se quedaron indiferentes ante el murmullo de descontento que surgió con el final de su intervención.

—Así que por el momento es inviable volver a la antigua fórmula porque las cuentas no se equilibran nunca.

El director miraba de reojo a la jauría que tenía enfrente lista para saltar. Salté yo.

—Me parece que hay un malentendido sobre lo que nos parece que se tendría que cambiar. Ya no se trata de que la máquina dé problemas sino de la creciente escasez de cápsulas de café. Hace dos meses sucedía con muy poca frecuencia y además disponíamos de una elección de bebidas calientes mucho más amplia. De un tiempo a esta parte no sólo han disminuido las cantidades de café disponible sino que además tampoco disponemos de sobres de chocolate ni de cápsulas de leche o té. Entonces nos vemos obligados a tener que caminar hasta la caseta para abastecernos, con la consiguiente pérdida de tiempo que dichos desplazamientos suponen en nuestras actividades propiamente pedagógicas. Además, el personal de servicio nos remite a usted, señor Pierre, puesto que, según las indicaciones que usted le ha dado, ya no le corresponde almacenar los productos. De hecho pesa una sospecha sobre ese mismo personal, especialmente en lo que se refiere a los sobres de azúcar que, si nos basamos en los números, pareciera que desaparecen en la naturaleza. En resumen, ya no sabemos a qué santo encomendarnos, y a

todo esto no es raro que no haya café por la mañana cuando es bien sabido que, entre estas paredes, es el nervio de la guerra.

Risitas de aprobación, satisfacción en la entrepierna, gesto de alivio del director.

—Si os parece bien volveremos a hablar de esto porque tenemos que pasar a otra cosa mucho más irrisoria, es decir, a la división de horarios global para el año que viene.

Primero se alegró de que aquí aumentase contrariamente a lo que sucedía en el resto de la academia. Luego entramos en detalle. Basándose en lo que se había hablado la reunión anterior, Marie sugirió que las clases de lengua fuesen las que se beneficiasen prioritariamente de dicho aumento, y que por ejemplo se desdoblaran horas en las clases de cuarto para poder formar grupos reducidos que son más propicios para el aprendizaje oral. Al director le pareció una idea interesante pero objetó que eso supondría suprimir media hora de ayuda al trabajo personal, lo cual significaría suprimir esa clase ya que los alumnos sólo tendrían una hora cada quince días, o sea, casi nada. Entonces se propuso añadir una hora de educación física en el mismo nivel puesto que, teniendo en cuenta el perfil de los de quinto de este año, y por ende los de cuarto del año que viene, podría contribuir a canalizar sus energías y a ponerlos en buena dinámica, porque está claro que es casi la única materia en la que se comportan un poco. Pero entonces, ¿renunciaríamos al aprendizaje del inglés en cuarto? No, bastaría con desplazar las horas de francés que se han añadido en quinto al total de horas de cuarto, teniendo en cuenta que este año los de sexto no daban problemas, y transformarlas en horas de lengua, de este modo a nuestras 407 horas —comparadas

con las 400 del año pasado— se les sacaría mayor provecho, aunque hubiera que conservar una muestra de seguridad para paliar las aproximaciones del reparto del inicio de curso.

Una hora más tarde había siete botellas de vino blanco luciendo sobre una mesa convenientemente cubierta por el intendente con un mantel de papel. Corrí hacia la sala para recuperar un paquete de ejercicios porque no estaba seguro de encontrarla abierta. Lo estaba, pero el interruptor no accionó ninguna luz. La sala estaba sumergida en penumbra, luego en oscuridad total a medida que avanzaba, pero pude identificar mi casillero gracias al olor a naranja. Estaba tanteando para alcanzar el paquete de ejercicios cuando volvió la luz.

—Nada se hace en un día.

Era la voz sin edad de la caseta de los agentes. Situado en el marco, su propietario observaba el fondo de mi cerebro.

—Pero sin un día no se hace nada.

Le faltaba un brazo.

—Si desenganchas el último vagón de un tren, seguirá habiendo otro último vagón. Si quitas el primer día, el segundo día se convierte en primero. Siempre partimos de un día.

Había empezado a acercarme pero con cada uno de mis pasos él iba retrocediendo y pronto había desaparecido.

Dos de sexto con el cráneo rapado reclamaban la pelota de espuma que un chute apasionado había colado del otro lado del muro. No hubo respuesta, como si no hubiese nada más allá, como si el mundo fuera sólo esto. El director me llamó desde su despacho abierto hacia al patio.

—Nuestro amigo Dico te ha escrito una cartita.

Cogí la cuartilla doblada en dos simulando una desenvoltura de cowboy.

—Otro Chateaubriand, supongo.

Se rió con ganas y luego ironizó.

—¡Por lo menos!

La pelota no iba a volver. Se había adentrado en espacios infinitos. Cuando empujé la puerta azul el vigilante Mohammed se volvió bruscamente hacia mí, como si lo hubiese cogido en falta.

—Hola.

—Hola.

Volvió a su postura erguida y siguió navegando por una página de telefonía móvil. Esperé a llegar arriba para desdoblar la hoja. Te pido disculpas por haberte plantado la cara delante de la clase de tercero 1 y sobre todo por haber sido tan insolente con un profesor que siempre ha sido bueno conmigo. Terminó diciéndote que me comprometo a hacer esfuerzos con los profesores. Dico.

—¿No tendrías cincuenta céntimos en monedas de diez?

Era Line en tono cordial, no la había oído acercarse.

—¿No podías pensar en coger algo de cambio? ¿Acaso es mucho pedir que preveáis un poco las cosas? Es muy guay la improvisación pero cuando se jode los demás son los que pagan. Joder, cómo se puede estar tan empanado.

Bajé la voz y adopté una inflexión de predicador encendido.

—Si alguna vez se descubre que existe el gen del crimen, cambiarán muchas cosas. Porque, ¿qué haríamos con la gente que lo tiene? De momento, cuando alguien

mata siempre decimos que tiene un poco la culpa pero que también es culpa de otras muchas cosas, a las que llamamos circunstancias atenuantes. Pensamos que si ayudamos a los que matan, no volverán a hacerlo. Pero si llevan el gen en ellos quiere decir que no los podemos curar, entonces ¿qué hacemos? Los encerramos de por vida incluso antes de que hayan cometido el crimen. Sino sería laxismo.

Alyssa se irguió como un punto de exclamación y luego se torció como un interrogante.

—¿Qué significa laxiso?

—El laxismo es cuando se deja mucho margen de acción. Es como indulgente pero en negativo. Como unos padres que dejarían que su hijo de diez años anduviese solo por la calle a medianoche. También se diría que son permisivos, porque permiten mucho.

Escribí con tiza laxismo = permisividad. Alyssa lo copió en un trozo del cuaderno.

—Actualmente, por ejemplo, existe la duda de si la escuela no es un poco permisiva, si no debería castigar más, por ejemplo a gente como Mezut que se da la vuelta diez veces por hora, ¿eh Mezut?

—Es porque hay una cosa que no entiendo.

—¿Sí?

—No sé qué es un gen, profe.

—Pero bueno... lo acabo de explicar...

Bien-Aimé, Washington DC, lo sabía.

—Es cuando tienes ganas de matar y no puedes evitarlo.

—Cuidado, el gen no es necesariamente del crimen. Y repito que hoy en día nadie ha encontrado el gen del crimen.

Alyssa empezó a escribir en una hoja, Mezut seguía

sin entender, Fayad se reía de no sé qué, los pendientes de plástico de Hadia se removían en sintonía con su cerebro.

—Profe, ¿qué otros genes hay?

—Muchos. Vete a saber si no hay un gen del humor. O de la bondad. O, qué sé yo, de la ortografía.

—Profe, ¿haremos

—el domingo que viene, Tarek. El domingo por la mañana haremos un dictado. A las ocho. Sin falta.

Indira levantó la mano bajo la mirada enamorada de Abdoulaye.

—¿Es verdad que se puede decir el cuerno de la abundancia?

—Cuerno. El cuerno de la abundancia. Pero ¿qué tiene que ver?

Abdoulaye salió en su ayuda.

—Es porque ayer hablamos de eso.

—¿De los cuernos?

—Sí, del cuerno de la abundancia.

Si Alyssa no hubiese estado escribiendo, hubiese preguntado ¿por qué de la abundancia?

—El cuerno de la abundancia era un símbolo de prosperidad en la antigüedad clásica, se le llama cuerno porque es un vaso con forma de cuerno.

Campana, pájaros, Alyssa me extendió su hoja.

—He hecho una argumentación.

—¿Sí?

Antes de que pudiese leerla ya se había escabullido.

laxismo = permisividad

¿Es necesario reinstaurar la autoridad que tuvieron nuestros abuelos en el colegio? Creo que tenemos que dejar el pasado detrás de nosotros y que las cosas que fun-

cionaron en otros tiempos quizá serían menos eficaces ahora y en el futuro. Creo que le corresponde al adulto afirmarse e imponer sus normas según sus valores, pero no en nombre de una moda que vuelve con fuerza y que quizá consistiría en ser más severo con los alumnos. Aunque la falta de asiduidad, de respeto y muchos otros factores que son a menudo la causa de este cuestionamiento esté tan presente en los establecimientos, ¿sería una buena solución reinstaurar esa autoridad que todavía está entre las costumbres de los ancianos? Yo no lo creo. Los jóvenes de hoy en día no aceptarían semejante autoridad. Ni siquiera se la podrían imaginar. Esta nueva generación en su mayoría no es partidaria de las sanciones, de una presión constante e intempestiva, ya tiene bastante con lo que tiene. Además, en algunos países, especialmente los del tercer mundo, aplican esa forma de enseñanza en sus escuelas, y creo que os puedo decir que a los alumnos les hubiera gustado estar en nuestro lugar. Así que si se trata de reinstaurar algo por nostalgia del pasado, ¡no!

Jihad dio un rodeo por mi mesa antes de irse a su sitio. Preocupado. Inquieto casi.

—Profe, ¿Benín existe como país?

—Claro que sí, es un país de África. Del África negra.

Le guiñó el ojo a Bamoussa que estaba escuchando desde atrás, iba a zanjarse un desacuerdo entre ellos.

—Pero ¿qué iba a decir, Benín es un país grande, profe?

Se quedó pendiente de mis labios, que hicieron una mueca evaluativa.

—Digamos que no, no es un país grande, pero tampoco es un país pequeño.

Estaba bastante seguro sobre lo de no muy grande pero dudé sobre lo de tampoco pequeño, pero Jihad no lo percibió, contento como estaba de oír que Benín no tenía nada de monumental.

—Vaya que no es muy grande.

—No, no mucho.

Se volvió hacia Bamoussa con cara de lo ves te lo había dicho. Hice que se volviese hacia mí.

—Es para un examen de historia, ¿verdad?

—No no, es que mañana Marruecos juega contra Benín, por eso quiero saber si son buenos o no los de Benín.

—Yo diría que ni buenos ni malos.

Voló hacia su sitio.

Presentí que Jean-Philippe quería hablarme de los de tercero 1 y fingí estar absorto en mi par de tijeras hiperactivas. No quiso darse cuenta y se inclinó sobre mi mesa.

—He tenido un problemita con tu clase.

—¿Ah sí?

Chantal pasó sonriendo.

—¿Qué es eso de que existe el gen del crimen? Los has revolucionado completamente, quieren que les haga una clase especial sobre eso.

Nada podría distraer a Jean-Philippe de su relato.

—La semana pasada recibí, bueno, mensajes un poco raros en mi contestador.

—¿Ah sí?

—Bueno, mensajes entre comillas un poco especiales. Un poco obscenos, digamos. Y vaya que en seguida reconocí quién era. Eran dos chicas y entre ellas estoy seguro de que estaba Dounia.

—Ya.

Le hubiese gustado seguir, Géraldine tenía sus lindas tetitas inútiles, Danièle entró exasperada.

—Es inadmisibile soportar esto. ¿Qué les pasa hoy?

Léopold no levantó la cabeza de su paquete de exámenes.

—¿Qué te pasa?

Danièle no se recuperaba.

—¿No crees que hoy están sobreexcitados?

—No más que otros días.

Bastien estaba distraído por un atasco de papel en las tripas de la fotocopidora.

—Vaya, como un final de semana.

Danièle no desistía.

—Con los de quinto y el fin de semana empieza el lunes por la tarde. Ya ves para lo que ha servido la reunión con los padres.

—Habría que hacer una reunión con todo el equipo.

—Y comités de disciplina, sobre todo.

Después de pronunciarse, Léopold y Bastien volvieron, respectivamente, a los exámenes y a la fotocopidora. Bajo los rezos de los campesinos pintados, Danièle seguía enfadada.

—Ay, no de verdad que hoy hay algo en el aire, os lo aseguro.

Julien desvió la mirada de la pantalla de ordenador en la que brillaba un conjunto de chalets recogidos en un valle.

—Quizá es por el partido.

A Bastien se le encendió la bombilla.

—Ah sí, es eso, antes les he oído hablar de Mali-no sé qué.

Yo sé.

—Mali-Senegal, cuartos de final de la Copa Africana

de Naciones. Este año se juega en Túnez. Es cada dos años. Camerún es poseedor del título.

Danièle no se lo podía creer.

—Bueno vale, pero eso qué tiene que ver.

Al final Bastien no haría fotocopias.

—Habría que declarar festivos los días de partido de fútbol africano y así todos estaríamos contentos.

Léopold acababa de subrayar su apreciación con boquígrafo rojo. Excelente trabajo.

—O entonces los emitimos en clase y organizamos la clase en función de eso.

Danièle no lo consideraba.

—Yo de deportes no me entero de nada, sobre todo los colectivos. Mi hijo ha intentado explicarme el rugby pero no ha servido de nada.

Y eso que el rugby es apasionante. Organizar el caos para crear la fuerza, apasionante.

La sudadera roja de Idrissa atravesaba el patio medio sumergido en la primera capa de noche. Un cuervo que graznaba sin parar sobre la copa de uno de los tres árboles me hizo levantar la cabeza. La silueta de Oussama, sentado en el banco al lado del acusado, se animó.

—Uy uy uy, el cuervo no es buena señal para ti.

Un cuarto de hora más tarde, Idrissa seguía sentado pero en el aula de estudio acondicionada para la ocasión. El director leía el informe del incidente redactado por el profesor de ciencias de la vida y de la tierra.

—Le pedí a Idrissa que sacara sus cosas, no las tenía. Se levantó para pedir prestada una hoja a una compañera y la golpeó con el gorro porque se negó. Entonces le pedí al delegado de clase que fuera a buscar al Señor Director.

Idrissa dijo «eso, vete a buscar a Dios». Luego se levantó, se acercó a mi mesa con aire desafiante y dijo «¿y ahora qué me vas a hacer?». Se dirigió hacia la puerta, le pedí que se quedara, dijo que «se la suda» y desapareció dando un portazo.

Levantando la mirada por encima de las gafas, el director saludó a la madre del culpable, que había entrado mientras él leía y había aparcado un carrito doble en un ángulo de la U para poder sentarse. Le presentó uno a uno a los miembros del comité. Con cada nombre ella miraba a los ojos y decía hola llevándose la mano al corazón. El director concluyó pidiendo la expulsión definitiva y aclarando que la sanción, si se daba por buena, tendría un valor didáctico y le ofrecería a Idrissa la posibilidad de reconstruirse en otro sitio.

Valérie tomó la palabra en calidad de profesora principal, explicó que había felicitado a Idrissa por los progresos que había hecho recientemente, y que sin duda eso le habría provocado un desbordamiento que había querido compensar con la actitud inversa. La educadora, con una gran cruz dorada colgante, dijo que Idrissa siempre había sido muy correcto con ella, pero que a veces se quedaba callado durante media hora. Una delegada de padres subrayó que el chico había estado en la guerra en Angola y que, evidentemente, aquello pesaba en su funcionamiento comportamental. Insistió para que la sanción se acompañara de una evaluación psicológica. El director dijo que, fuera cual fuera la sanción que se decidiera esa tarde, tendría carácter educativo. Marie sugirió que un cambio de establecimiento le iría muy bien porque aquí la situación ya estaba podrida como una fruta. Mientras hablaba, causa-efecto o no, Idrissa y su madre intercambiaron palabras tensas en voz baja. Cuando

Marie dejó de hablar sólo se los oía a ellos, pero no entendíamos el motivo de la pelea. Ella intentaba hacerlo entrar en razón pero él acabó levantándose.

—¿Qué te crees, te crees que esto es el paraíso?

Lo repitió tres veces, salió y volvió a aparecer.

—Me queréis echar, pues echarme y no hay más que hablar.

El director se desvió imperceptiblemente de su tono cordial.

—Sí, Idrissa, justamente hay que hablarlo. Es importante que lo hablemos y que tú escuches lo que decimos.

Se había vuelto a sentar.

—A mí me la pela.

El director cortó en seco y le dio la última palabra a la madre, de acuerdo con el procedimiento legal. No dijo nada, le pedimos que esperase a que deliberáramos en el vestíbulo medianero. Nos agradeció antes de retirarse.

Votamos la expulsión definitiva.

Salimata postergó el momento de mirar la hoja que dejó sobre su mesa, pero luego alargó el cuello y vio el 4.

—Salimata, es muy importante que te esmeres un poco en la expresión. Eso es la base. Empieza por escribir frases más cuidadas y luego hablaremos del resto.

Como ya estaba acostumbrada a esa calificación, no mostró ningún signo de decepción.

—Para empezar tienes que eliminar todas las expresiones orales o coloquiales, ¿entiendes?

Su boca formó un sí afónico. Cogí su hoja para ilustrar mi demostración.

—Por ejemplo, no puedes decir «Paso de hacer deporte», tienes que decir «No quiero hacer deporte».

Insistí ligeramente en el no quiero.

—Y cosas como superguay, en lenguaje escrito no se dicen.

Levantó la cabeza y me miró con mirada vacía.

—Sobre todo porque precisamente en las expresiones orales es donde uno comete errores, porque no estamos acostumbrados a verlas escritas, sólo las conocemos de oído y el oído engaña.

Una descarga de perdigones aterrizó sobre su estuche plagado de Fuerza a Mali en rotulador.

—Por ejemplo, no podemos escribir «fijo que se entera» sino «seguro que se entera». Como tampoco podemos escribir «el Ayunta» sino «el Ayuntamiento». Otra cosa que se dice mucho en el oral es el «¿sabes?» al final de una frase, pero en el escrito hay que eliminarlo. Es como lo de «es muy fuerte», que se dice mucho oralmente pero en el escrito habría que poner algo como «es increíble» o «es inverosímil». Hay cosas que se dicen pero que no se escriben.

Alyssa, lápiz sutil entre dientes belicosos, Los Angeles Addiction escrito veinte centímetros más abajo, hileras de cielos que se abren.

—Pero profe, ¿cómo podemos saber si una expresión se dice en el oral?

Dejé la hoja de Salimata para darme tiempo.

—Normalmente son cosas que uno sabe. Cosas que uno siente y ya está.

Hadía se enderezó como si se hubiese despertado de un sobresalto.

—Es la tuición.

—Exacto, es la intuición.

No veía lo que había a continuación de How To Become Beautiful? en la sudadera de Faiza, inclinada sobre el texto que leía en voz alta. Cuando se enderezó y pude leer Meet A Rich Man, preguntó qué significaba «estar mosca», que era con lo que se terminaba el extracto que estaba leyendo. Sandra, conectada a la tormenta, fulminó la pregunta que se acababa de formular.

—Es cuando uno está enfadado. Por ejemplo cuando alguien te ha hecho algo malo.

—¿Y por qué se dice estar mosca, lo sabes Sandra?

—Es cuando uno está enfadado y todo eso.

—Ya pero ¿por qué se dice estar mosca y no estar hormiga, por ejemplo?

—Nada que ver, profe.

—Sí pero ¿qué relación hay entre una mosca y estar enfadado?

El público se quedó helado con la pregunta y se volcó en la respuesta. Hinda se parecía a no sé quién y empezó la ofensiva.

—Es porque las moscas son negras y por eso pega con la idea de enfado.

—Sí pero ¿entonces por qué no se dice estar cuervo?

—Porque los cuervos son alegres, no se enfadan.

—¿Y las moscas no?

—No, las moscas están moscas.

Sandra soltó con una risa de mil voltios, que se apagó tan pronto como se encendió.

—De hecho es porque las moscas son pequeñas, no pueden hacer nada, siempre tienen problemas. Les gustaría ser más grandes, pero no es posible así que están asqueadas.

—En ese caso podríamos decir estar hormiga porque una hormiga tampoco es muy grande.

El repentino alboroto me había hecho subir el tono, Mohammed-Ali elevó el suyo proporcionalmente.

—No es verdad, profe, en Marruecos hay hormigas así de grandes, te lo juro, me lo ha dicho mi tía.

Había sitio para un doberman en el espacio que representaba entre sus manos el tamaño de las hormigas marroquíes. Michael dijo que seguro que su tía se comía las hormigas, el sobrino ofendido dijo que tu tía come caca de zebra, los demás soltaron exclamaciones de asco, Sandra gritó joder has visto los relámpagos y alumbró un incendio que ni siquiera la incesante lluvia podría apagar. A modo de extintor, utilicé como arma el ensayo de examen final del día siguiente. Silencio inmediato.

—En francés, si respetáis bien los enunciados todos podéis acumular puntos.

Recorría las filas dando zancadas como un coronel que comprueba la pulcritud de los uniformes.

—De aquí a mañana sobre todo no os paséis diez horas revisando mates. Procurad airearos. Pensad en otra cosa. De todos modos, estudiar la noche antes no sirve de nada. La memoria se fija antes, con el sueño. Eventualmente podéis abrir uno o dos cuadernos para estar más seguros, pero en general las cartas ya están echadas. Lo único que os queda por hacer son las cosas básicas: llegar puntuales, incluso un poco antes para tener tiempo de buscar el aula y encontrar sitio, traer todo el material. Y, sobre todo, dormir bien. Es muy importante dormir bien. Durmiendo bien ya tenéis un 50 por ciento del trabajo hecho.

Cuando lo autoricé, dos tercios se levantaron estrepitosamente. Ya tenían la mochila preparada desde hacía rato y acudieron todos al mismo tiempo a dejar sus hojas anóni-

mas sobre la mesa. Sólo quedaron Jie, Jiajia, Xiawen, Alexandre y Liquiao volcados en sus calculadoras probando nuevas combinaciones de figuras en sus hojas de borrador rosa, ajenos a los ruidos del pasillo de los alumnos que ya habían salido. Luego Alexandre también se retiró.

Angélique se había puesto una cazadora gruesa pero antes pasó por mi mesa, acompañada por Camille que iba en la retaguardia.

—Profe, yo no te entregaré la redacción para después de las vacaciones.

—¿Y por qué no me la entregarás?

—Porque a la vuelta de las vacaciones no estaré.

—¿Ah no, y por qué no estarás?

—Pues porque voy a terminar el curso en otro colegio.

—¿Ah sí, y dónde vas?

—A las afueras, a Val de Marne.

—¿Sí, y por qué te vas allí?

—Porque mi nueva familia de acogida vive allí.

—Ya.

—Por eso no vale la pena que haga la redacción.

Camille escuchaba con cara de pésame. Dijera lo que dijera no serviría de mucho.

—Pues nada, que tengas suerte. Espero que pases a tercero.

—Gracias. Adiós.

Se alejó cargada con una pesada mochila que le caía hasta media pierna y que no volvería a ver más.

Después de dos días de exámenes no estaban dispuestos a trabajar. Yo me congratulaba a mí mismo por mi combatividad y les ofrecí un momento de expresión libre, precedido por dos minutos de reflexión para que pensarán en lo que querrían decirle al mundo si les diesen la oportunidad.

El primero que se propuso fue Mohammed-Ali, que se levantó para encaramarse a la tarima. No lo había planeado así pero me retiré para escucharlo desde el fondo de la clase. La gruesa cadena de oro falso relucía sobre el blanco de su chándal Timberland.

—Señoras y señores hoy me gustaría dirigirme especialmente a nuestros amigos malienses que por desgracia ayer sufrieron una terrible derrota. Una terrible derrota de 4-0 contra el gran equipo de Marruecos. Sí, es así, y rezaremos todos por que Marruecos gane en la final a nuestros amigos los tunecinos. Pero me parece que desde la derrota los malienses han tenido una actitud poco correcta. Hasta la semifinal se consideraban africanos y ahora que están fuera de la competición, gracias al gran equipo de Marruecos, por una derrota de 4-0, ahora que están fuera de la competición dicen que África les importa un bledo y eso no está bien.

La sonrisita de provocador no se le quitaba y acompañaba cada segmento de frase allanando el aire con un gesto horizontal de sus manos de rapero.

—No voy a decir nombres pero en esta clase hay gente que se ha comportado así y tengo ganas de decirles no seáis malos jugadores y seguid siendo africanos aunque tengáis un equipo muy flojo. Así que les propongo a los malienses que apoyen al gran equipo de Marruecos para la gran final que nos espera el sábado frente a nuestros amigos tunecinos. Gracias.

Una parte de la clase aplaudió. Souleymane, a quien iba dirigido explícitamente el discurso, hacía girar el gorro sobre el puño y ladeaba la cabeza sobreactuando el papel del que promete represalias.

—Souleymane, tienes derecho a contestar si quieres.

—A mí me la suda, que diga lo que quiera ese bastardo.

Imane, que ya había reservado su momento de expresión, ya estaba sobre la tarima.

—¿Puedo empezar, profe?

—Te escuchamos.

—Bueno...

Respiró y puso su cara de reírse de todo.

—Bueno a mí me gustaría disculparme porque es verdad que una derrota de 4-0 es un poco duro, pero bueno cuando se es más fuerte se es más fuerte, y bueno yo igualmente me disculpo por los malienses y pienso mucho en ellos porque semejante derrota tiene que ser muy duro. En cambio nosotros los marroquíes estamos muy contentos desde ayer, ya está, buenas vacaciones a todos.

Veintisiete

Un septuagenario fumaba sin labios con la mirada clavada en el periódico colgado del otro lado de la barra de cobre sobre la que el camarero uniformado dejó una taza.

—Ya verás que el españolito saldrá reelegido.

—Para que veas que la guerra da sus frutos.

Fuera, el día que se estaba abriendo me permitió distinguir a Marie y Jean-Philippe por la espalda justo cuando pasaban por la carnicería china. Pasada la esquina los encontré empujando la puerta de madera maciza. En el patio interior había cuatro agentes equipados con palas metálicas empujando restos de nieve fangosa contra las paredes. Jean-Philippe y Marie acababan de entrar en la sala donde Valérie estaba pendiente de sus correos electrónicos y Gilles de la fotocopidora averiada.

—Hola.

Julien entró con la cara bronceada salvo el contorno de los ojos. Gilles tenía toda la cara bronceada.

—No sabes cuánto me jode volver aquí.

—Es duro, ¿eh?

—Ya lo creo.

—Para mí también.

Line dormía de pie bajo la mujer con sombrilla.

—Uf, qué bien se estaba sin madrugar.

—Ya lo creo.

Dico tardaba en subir las escaleras detrás de los demás.

—Profe, ¿se puede cambiar de clase?

—No.

—Es que ésta da asco.

—Es porque estás en ella.

—Y tú también.

—Date prisa.

La mayoría de la tropa esperaba frente al aula de física. Frida narraba un relato que se estaban tragando unas niñas en semicírculo.

—Me llama y me dice puedo pasar por tu casa tengo un marrón. Y yo le digo oye a mí no me utilices, vete a

—venga, entrad.

Souleymane entró encapuchado.

—Souleymane.

Se volvió hacia mí, me vio señalarme la cabeza para indicar la suya, esperaba esa señal.

—El gorro también, por favor.

Escribo en la pizarra el título de la novela que tenían que comprar y debajo el nombre del autor.

—Bueno, es un escritor francés. Eheem, de hecho no, es belga, pero bueno principalmente ha vivido en Francia.

Dounia tenía la mano levantada y esperó sin impaciencia a que le diera la palabra.

—O sea, ¿que es una traducción?

Estaba bastante orgullosa de la palabra traducción, se le notaba por la satisfacción que le dio haberla pronunciado.

—En realidad no, porque ya sabes que en general los

belgas hablan francés. Más o menos la mitad. De un lado están los Valones y del otro

Khoumba se irguió frente a los flamencos.

—Yo el libro no pienso comprarlo.

Me quedé mudo un segundo.

—Vaya, has recuperado el habla.

—Es sólo para decir que no pienso comprar el libro.

—¿Y eso por qué?

—No sé, no lo voy a comprar y listo.

—Sal fuera.

Se dirigió de inmediato hacia la puerta, lo cual dejó la pelota de la justificación en mi campo.

—La próxima vez pedirás la palabra para agredir a la gente.

Se quedó parada y me plantó cara.

—¿A quién he agredido?

Djibril, Adidas 3, arbitró el contencioso chasqueándole la lengua.

—Profe, ¿has visto lo que me ha hecho?

—Pero qué dices si no te he hecho nada. Tsss.

—¡Cómo que no!

—Que no te he hecho nada además tú a mí me la sudas.

Tsss.

—Profe, ¿le dejas que me diga eso y yo hablo del libro y tengo que salir?

Yo había cruzado los brazos adoptando la postura de quien ha dormido bien y espera tranquilamente que se acabe. Pero el tono desenmascaró mi crispamiento.

—Me dan igual vuestras historias. Lo único que quiero es que salgas y no tener que escuchar a alguien que se come cada mediodía un kebab decir que un libro es caro.

Ya tenía una mano en el picaporte.

—A mí no me gustan los kebabs.

El portazo sonó en los kebabs.

Ya me había dado cuenta de que Mariama se iba desplomando cada vez más en la silla, abatida o fingiendo estarlo, lo cual es lo mismo. No obstante intenté retrasar el momento de interesarme por ella puesto que corría el riesgo de romper la milagrosa tranquilidad de aquel final de tarde. Fue ella quien tomó la iniciativa aprovechando que me había inclinado sobre la hoja de ejercicios de su vecina.

—Profe, ¿puedo hablar contigo luego?

—Sí sí, por supuesto.

Esperé a que tras la campana sus condiscípulos salieran volando y se acercó a mi mesa como una niñita que no encuentra su casa. Con las primeras palabras aparecieron las lágrimas bajo sus pupilas negras.

—Profe...

—Habla tranquila, estamos aquí para eso.

Las mejillas le temblaban bajo el peso del llanto inminente.

—Estoy perdida.

El móvil colgando y ahora sus ojos eran fuentes.

—¿Qué quieres decir con perdida?

—No entiendo nada.

—¿De qué no entiendes nada?

—De nada. No entiendo nada de lo que hacemos.

—En francés no siempre me das esa impresión.

Con una mano manoseaba el móvil y con la otra se enjugaba las lágrimas que le caían sin parar.

—A veces lo consigo pero normalmente no entiendo nada.

Ella estaba de pie, yo sentado.

—¿Sabes qué? No es grave no entenderlo todo. Nadie lo entiende todo. Incluso yo a veces entiendo sólo la mitad de lo que digo.

No se rió.

—La cuestión es hacer lo máximo que uno pueda y luego ya se verá.

Ya no lloraba, mi voz era la de un médico que tranquiliza a un hipocondríaco que está realmente enfermo.

—Lo importante es que te preocupes por tu orientación escolar, ¿lo has hecho?

Estaba sorbiendo los restos del llanto.

—Sí, le he pedido cita a la asesora.

—Eso es lo más importante. Asegurarse de que uno elige lo que quiere. Elegir bien lo que uno quiere con respecto a lo que puede. ¿De acuerdo?

Se sonó ruidosamente. Nunca hubiese dicho que se daba cuenta de que estaba socialmente jodida. Se colgó del hombro una mochila que parecía estar cargada de piedras sepulcrales.

—Pero si quiero hacer un segundo curso general, no hace falta que busque ni nada.

—Sí, pero si se da el caso de que no puedas hacerlo, hay que preverlo e informarse para tener una buena orientación profesional.

—No quiero ir a formación profesional.

—Sí, pero es sólo por si acaso.

—Vale, gracias profe.

Antes de dejarle paso a la asesora de orientación psicológica, el director quería repasar brevemente los resultados del ensayo de examen final.

—Antes de dejarle paso a la asesora de orientación

psicológica quiero repasar brevemente los resultados del ensayo de examen final.

Los rezagados, que entraban de puntillas, ocupaban sus sitios en las sillas todavía vacías, que aún eran la mayoría y seguirían siéndolo a pesar de que se iban reequilibrando progresivamente.

—Tengo que decir que estoy un poco decepcionado. Tenéis que entender que los ensayos de examen final no están pensados para desanimar sino para dar referentes. Pero en este caso es verdad que hay motivos para desanimarse. Las matemáticas, por ejemplo, son muy preocupantes. Y aquí creo que lo que pasa es que hay un bloqueo. Un bloqueo psicológico. Porque sino uno no se explica por qué. No os tenéis que aterrorizar frente a un examen de matemáticas. Tenéis que quedaros tranquilos, tomaros tiempo de leer bien el enunciado. Muchas veces la mitad de la respuesta está en el enunciado.

Marcó una pausa, buscaba las palabras, se aclaró la voz tosiendo, el invierno no cedía.

—Yo tengo la certeza de que no se repite en tercero. Hay sitio para todos vosotros en el instituto. Ya sea en el general, el tecnológico o el profesional, hay sitio.

No seguí el resto de su intervención. Acababa de reconocer, dos filas por delante, al hombre de un brazo, por lo menos al que yo identificaba como tal puesto que esta vez no le faltaba ningún miembro. No se perdía ni una palabra del preámbulo y de vez en cuando asentía con la barbilla. Al cabo de unos minutos se abrochó el abrigo y miró al fondo de mi cerebro antes de desaparecer por la puerta que tenía los dos batientes abiertos. En el mismo momento apareció una cabeza canosa y luego el cuerpo con traje unido a ella. El director giró mecánicamente el torso y así pudo verlo, le sonrió, le dijo que entrara y lo presentó como el director de

un instituto profesional de un distrito aledaño. Más tarde el hombre explicó uno a uno los exámenes que preparaban en el establecimiento que estaba a su cargo.

Jacqueline había perdido los nervios.

—Perdí los nervios, perdí los nervios. Cuando luego volví a ver el enunciado, en frío, sabía hacerlo todo, pero cuando lo tenía delante perdí completamente las facultades.

En su momento, Danièle también había perdido los nervios.

—Las opos internas para eso son una trampa, una vez que estás fuera del circuito ya no estás acostumbrado.

Line, que temía considerarse lamentable, había ido posponiendo de año en año el momento de pasarlas y quiso desviar la conversación.

—Uy uy uy, qué estudioso.

Lo confirmé con una sonrisita tonta y me volví a abstraer en las tijeras.

—Mariama ha vuelto a hacer de las suyas.

Sólo podía ser Jean-Philippe que me informaba desde atrás. Me di la vuelta, estaba debajo de los nenúfares pintados en azul.

—El jueves pasado empezó a burlarse otra vez de las chinas de tu clase.

—¿Ah sí?

—Hacía ruiditos como cuando se quiere imitar a los chinos.

Me había puesto de medio perfil sobre la silla con las tijeras suspendidas en el aire, él mordió su palo de regaliz sucedáneo de la nicotina.

—No para de hacerlo, lo hace desde principios de año.

—Sí sí, eso me ha parecido.

Géraldine volvía de la intendencia con una caja de paquetes de vasos de plástico.

—¿Alguien tiene cambio de cinco euros?

Jean-Philippe se puso el palo de regaliz entre los labios para sacarse una moneda del bolsillo del vaquero.

—Por otro lado las chinas no hacen muchos esfuerzos.

Géraldine sacaba los vasos de la funda de celofán.

—Al final del capítulo se puede decir que es como una resurrección. Como la de Jesús.

Indiferencia general, salvo Dounia, que había leído el libro y me había dicho hay demasiadas descripciones.

—María, ¿puedes explicar qué es una resurrección?

Mohammed, District 500, respondió en su lugar.

—Por ejemplo es como cuando un deportista ha perdido tres partidos y de repente se pone a ganar otra vez.

—Profe, ¿hace mucho que tienes un diente de plata?

Hilera izquierda, primera fila, Dico se había propuesto molestar a todo el sistema solar.

—No veo qué tiene que ver con la resurrección. Si al menos supieras lo que es, pero ni siquiera lo sabes.

—Sí que lo sé.

—¿Y bien?

—No tengo ganas de decirlo.

—¿Sabías que estoy recopilando datos sobre ti para hacer un informe de expulsión definitiva?

—Me la suda tu informe.

Campana, pájaros, Fortunée y Amar salieron persiguiéndose con los gritos de Souleymane, a quien Djibril le arrancó el gorro, se lo pasó a Kevin y éste lo lanzó detrás del armario y Souleymane dijo profe mi gorro está detrás del armario,

—¿Y qué quieres que haga?

Khoumba desapareció sin decir palabra, Mariama esperaba a Dianka que tecleaba en el móvil con el pulgar, Mohammed todavía estaba sentado acabando de copiar la lección sin entenderla, Alexandre lo esperaba, Souleymane metía un brazo por detrás del armario haciendo muecas con la mejilla pegada a la pared, Frida dibujaba un corazón en el cristal empañado, Dico se acercó.

—Oye, ¿por qué los profes quieren vengarse siempre?

—¿En quién estás pensando?

—Si me dices que estás haciendo un informe sobre mí eso es venganza.

—Es disciplina, que no es lo mismo.

No me miraba, típico de él, dibujaba círculos con la piedad sin moverse del sitio, cada réplica parecía ser la última.

—Te vengas porque te da rabia que te haya contestado delante de la clase y ya está.

—Cuando un juez mete a alguien en la cárcel no es por venganza, es para que la sociedad funcione.

—Pero tú no eres juez y lo que haces es vengarte y nada más.

Dicho esto, dio media vuelta hacia la puerta y me dejó con las narices bien hinchadas.

—Profe has visto mi gorro está lleno de polvo, eso no se hace.

—Creo que lo mejor sería que no te lo pusieras más.

Se lo encasquetó farfullando un rap: Nada que construir, nada que hacer, sólo me queda mi alegría.

Les había pedido a los seis alumnos del grupo de ayuda al trabajo personal que hicieran una lista de cinco palabras cuyo significado no conocieran y que les hubieran planteado problemas durante la semana. Pasaron uno por uno a la pizarra a escribirlas en columna. Nassanaba escribió

simular, objetar, balbucear, extraviarse, extralimitarse.

—¿Sólo verbos?

—¿Está mal?

—No no.

Sofiane, que es bastante fea, escribió: malabarista, idóneo, sugerir, demente, contracepción. Mody: sideral, galaxia, big bang, cometa, salsifí. Katia: metamorfosis, fraternidad, estimulador, megalomanía, flashback. Yelli: dote, usurera, relatar, rapaz, requisitoria, megalomanía, calaña. Cogí las listas y pregunté si conocían algunas de las palabras que habían destacado los demás. Como no era el caso las expliqué todas, menos austríaco, que los que no eran chinos conocían. Me volví hacia Ming y le dije que de hecho austríaco era bastante común, pero que bueno, que era un país pequeño, que nos daban un poco igual los austríacos. Ming, ¿conoces al menos el país que se llama Austria?

—No.

—Bueno, da igual, no vale la pena dejarse las neuronas en esto porque la verdad es que es un país que no tiene ninguna importancia en el mundo, ni siquiera en Europa. Porque a ver, ¿hay alguien que conozca a algún austríaco famoso?

Ninguna mano levantada, asunto cerrado.

—¿Veis? Lo que os decía. Si una bomba borrara a Austria del mapa nadie se daría cuenta.

Al lado de Mezut, que lloriqueaba por no sé qué, Salimata se señaló la muñeca sin reloj mientras miraba a Abderhammane, que estaba en la hilera opuesta. Él puso las manos abiertas con un dedo flexionado sobre un cristal imaginario. Yo había dormido mal, primero dudé pero luego decidí hablar:

—Salimata, si quieres saber la hora me la preguntas a mí. Se ruborizó de antemano por su atrevimiento.

—¿Qué hora es por favor?

Ndeyé se rió, Jamaicans Spirit atravesado en su chándal amarillo y verde.

—Ndeyé, ¿te da risa la insolencia de tu amiga?

—No profe, no es ella la que me hace reír.

Sin querer miró de reojo a Bien-Aimé, que se había manchado la cazadora 89 con el bolígrafo.

—Profe, ¿puedo pedir un pañuelo?

—¿Quién tiene un pañuelo para Bien-Aimé?

Fayad se levantó para alcanzarle el kleenex que Ming sostenía en el aire.

—Fayad, hay que pedir permiso antes de levantarse. Se volvió a sentar.

—Profe, ¿me puedo levantar?

—Ahora sí.

Al pasar tropezó con la mochila de Tarek y para enderezarse se apoyó en el hombro de Indira, sentada junto a Abdoulaye que nunca dejaba pasar la ocasión de sentarse a su lado y dijo

—oh mira al vicioso como se aprovecha.

Alyssa no se rió con los demás porque algo la preocupaba.

—Profe, ¿por qué se dice imperfecto del indicativo? ¿Por qué del indicativo?

—Te devuelvo la pregunta. ¿Por qué?

Esta vez su lápiz no sobreviviría al ataque de los caninos.

—¿Habéis oído los demás? ¿Por qué «del indicativo»? Sí Bien-Aimé, te escuchamos.

—Profe, que se me escapa, ¿puedo ir al lavabo?

—Venga, ve al lavabo y acabemos ya. ¿Alguien? ¿Por qué «del indicativo»?

Al volver a su sitio Fayad le había mangado el tipex a Hadia, que llevaba diadema, y lo estaba esparciendo por la hoja de Demba.

—Veréis, si se precisa «del indicativo» es para no confundir con otro imperfecto, ¿cuál es ese otro imperfecto?

Abderhammane se había quitado el reloj para colocárselo delante apoyado contra el estuche y dijo

—imperfecto del subjuntivo.

—Bien. Y ¿qué es el futuro compuesto de subjuntivo?

No lo sabían. Lo expliqué. Escribí yo hubiere entendido, nosotros hubiéremos entendido. Dijeron uy, uy, uy, qué tiempo tan antiguo.

—Bueno, es verdad que a todo el mundo le importa un pepino el futuro compuesto del subjuntivo. Lo encontraréis en las novelas, aunque bueno, no muy a menudo. En el oral nadie lo utiliza, salvo la gente muy esnob.

Hadia, que llevaba una diadema, preguntó

—¿qué es esnob?

—Es ese tipo de gente que se anda con remilgos, ¿sabes?

Como me faltaban las palabras empleé la mímica apretando los labios, enderezando la espalda y alargando el cuello.

—¿Lo ves o no?

El interrogante que se dibujaba en la cara de Alyssa se transformó en flecha dispuesta a atravesar el cielo.

—De todas formas si lo utilizamos todo el mundo va a decir ¿pero qué dicen, están locos o qué?

Souleymane entró encapuchado.

—Souleymane.

Se volvió hacia mí, vio cómo me señalaba la cabeza simbolizando la suya y me imitó literalmente.

—El gorro también, por favor.

Mientras tanto Michael había escindido por iniciativa propia su binomio con Hakim y se había instalado solo al fondo de la clase.

—Michael, apruebo totalmente esa iniciativa cuyo objetivo, estoy seguro, es portarse mejor, ¿me equivoco?

—No profe.

La clase se partía de risa. En la mesa de delante estaba Hinda, que bajaba la cabeza avergonzada, ocultando una cara que se parecía a no sé quién.

—No hay otro motivo, ¿estamos?

—Sí sí. Es para no charlar más.

Hinda seguía sin levantar la mirada.

—Por ejemplo, no vas a molestar a Hinda, ¿estamos de acuerdo?

Dijo que no con una inflexión de evidencia alargando la vocal. Hinda se miraba las uñas. Sandra estaba conectada a su grupo electrógeno integrado.

—Profe, ¿podemos hablar de los atentados?

—¿Para?

—No paran de decir que son los islamistas cuando en realidad ni siquiera se sabe.

—Bueno, hay muchas probabilidades, ¿no?

Enseguida Mohammed-Ali y Soumaya saltaron a defender su postura entrelazando griteríos.

—¿A ver por qué dicen que son los islamistas? Mientras no haya pruebas no se sabe así que se callen y punto.

—¿Y eso qué cambia?

Mohammed-Ali se había desmarcado del pelotón vindicativo.

—Lo que cambia es que no lo saben y ya está.

Soumaya arregló su rueda.

—Ni siquiera el 11 de septiembre lo sabían.

Imane entró en la carrera.

—Yo el 11 de septiembre estaba contenta.

Y yo contento de poder discutirlo.

—¿Contenta con 3000 muertos?

Mohammed-Ali volvió al ataque.

—Eh profe que también hay que ver los muertos que han dejado los americanos en Palestina y todo eso.

—Vale sí, supongamos, pero uno no se puede quedar para siempre en la espiral de la venganza.

—Pero los americanos matan a musulmanes, es normal que los musulmanes se defiendan.

—¿Aunque sea matando a cualquier persona?

Guirigay contradictorio, pero ya sólo me escuchaba a mí mismo.

—Bueno mirad, yo me llamo Pepita, tengo veinticuatro años y vivo en las afueras de Madrid. Tengo dos hijos pequeños, trabajo en Madrid, así que me levanto a las seis para coger el tren de cercanías. Y además resulta que el año pasado me manifesté en contra de la guerra de Irak, y en contra de mi gobierno aliado de los americanos en la invasión ilegal de un país. Bueno pues, como todas las mañanas, cojo el tren de cercanías, pienso en todo eso, en mis niños, en la guerra y todo eso y bum estoy muerta.

Como por arte de magia mis palabras provocaron el silencio. Aturdido por el triunfo decidí continuar:

—Es como yo. Resulta que yo soy un poco como Pepita, cojo el metro por la mañana, cojo incluso tres metros para venir aquí, y también resulta que estoy en contra de la ley del velo. Sin embargo, parece ser que hay unos tipos que quieren poner bombas en Francia para sancionar dicha ley. Así que bueno, voy a morir en una explosión por culpa de una ley que no suscribo. Qué guay, ¿no?

El sortilegio aún duraba. En pleno silencio la voz de

Sandra resonó de forma extraña. Excepcionalmente dulce. Desconectada. Acústica.

—¿Qué quiere decir su cribo?

—Suscribir significa estar de acuerdo.

—Sí pero si los franceses no dicen que no están de acuerdo es como si están de acuerdo. ¿Tú lo has dicho que no estás de acuerdo?

—Un poco.

—Un poco significa que nadie te ha oído y por eso los islamistas no pueden saberlo.

Como profesor principal

—os acompañaré el jueves al museo. Ni que decir tiene que tenéis que anotar la excursión y hacerlo firmar por vuestros padres.

Love Me Tender cosido en el jersey, Frida frunció el ceño inteligentemente.

—¿Sí, Frida?

—Es que no he entendido lo que has dicho.

—Pues es muy sencillo, habrá una excursión.

—Pero has dicho una cosa que no he entendido.

—He dicho que habrá una excursión, eso es todo.

—Pero has dicho que tiene que decir no sé qué.

—¿Ni que decir tiene?

—Eso.

—Ni que decir tiene significa que es algo que se da por sabido, que no hace falta decirlo de lo evidente que es.

Hizo una mueca como si percibiese un olor desagradable.

—Qué raro.

—Es raro pero sólo quiere decir que es evidente que hay que avisar a vuestros padres.

Hilera de la izquierda, primera fila, Dico nunca decepciona.

—¿Podemos ir con colegas?

Fingir no haber escuchado.

—Profe, ¿podemos ir con colegas?

—¿Qué te he dicho al principio de la hora?

—Sólo lo pregunto.

—¿Qué te he dicho al principio de la hora?

Le había dicho a la primera palabra fuera de tono te largas.

—Pero si sólo es una pregunta.

—Ok, sal.

Ya sabía el camino y, diez segundos después de haberse cerrado la puerta detrás de él, empezó a hacer ruidos con la boca a través de la rejilla de ventilación. Salí corriendo al pasillo y lo pillé *in fraganti*.

—Vamos, sígueme al despacho.

Me siguió por las escaleras procurando dejar entre nosotros una zona franca de tres metros que se incrementó aún más en el patio interior. A la entrada del despacho lo empujé por la espalda para que avanzara.

—No me toques, ¿por qué me tocas?

—Avanza y cállate.

El director estaba ocupado con el ordenador. Se volvió cuando lo interpele sin preámbulos con el tono más agradable posible.

—Siento tener que molestarte otra vez pero Dico tiene otra crisis.

—Vale, me encargo.

Miró a Dico en contrapicado.

—Siéntate.

Dico se hundió en la silla forrada con muletón. Yo ya no lo miraba.

—Si no hace un escrito pidiendo disculpas mañana no lo aceptaré. A la larga pediré la expulsión.

—En ese caso habrá que hacer una ficha de incidente.

—Muy bien, te la traigo al final de la mañana. De verdad que lo siento.

El dragón de la sudadera de Léopold escupiría fuego si lo hicieran enfadar.

—Oye, no tienes muy buen aspecto.

Tez gris, ojeras, pelo anárquico alrededor de la boca, patillas desiguales, en efecto Gilles no tenía muy buen aspecto.

—¿Tanto se nota?

—Hombre pues sí.

Tez gris.

—El viernes me dio una especie de mareo.

—¿Sí?

Ojeras.

—Estaba de pie en la pizarra y de repente las piernas no me aguantaban. Me tuve que sujetar a la mesa.

—¿Te ayudaron los alumnos?

Pelo anárquico.

—Sí, se levantaron para sostenerme por debajo del brazo y que pudiera sentarme.

—Tendrías que haberte pedido una baja.

Alrededor de la boca.

—No sé, es que me jode. Encima que me paso aquí todo el tiempo los resultados del ensayo de examen son lamentables.

—Pero tampoco te sientas obligado.

Patillas desiguales.

—Además me dieron mi nota administrativa y me deprimí completamente.

Claude se frotaba una moneda de cincuenta céntimos sobre la pierna para conjurar su eficacia. La introdujo en la máquina con la misma delicadeza que si no quisiera despertarla, pero reapareció abajo.

—Mierda.

Gilles le entregó con gesto mecánico una moneda del mismo valor.

—Lo siento pero es que estás aquí, intentas hacer un mínimo de curro y los de arriba que no se enteran de nada de lo que haces va y te ponen unas notas de mierda, a mí me deprime.

Sentada en el rincón salón, Sylvie estaba embarazada.

—Creo que Moussa está deprimido.

Rachel tenía tres hijos, de los cuales una niña.

—¿Ah sí?

—Sí, durante mis clases siempre duerme.

Bastien no estaba embarazada porque es un hombre.

—Bueno, es bastante normal, su padre tuvo un accidente de moto el año pasado y pringó. Seis meses en el hospital o una cosa así. Ahora está en silla de ruedas.

—Ah sí, Moussa me hizo una redacción sobre los minusválidos.

Para no perder la compostura, Claude se puso a desmontar la máquina de café.

—¿Alguien tiene diez céntimos?

Sylvie tenía diez céntimos pero no ganas de darlos. Bastien se quedó clavado en su idea y en su galleta.

—No pero imagínate, el padre a 200 por hora con la moto y pum contra una pared, está claro que el chaval no está bien.

—Por eso creo que está deprimido.

Claude ya había vuelto a montar la máquina, cambió de bebida y le devolvió la moneda a Gilles.

—Oye, tú no tienes muy buen aspecto.

Rachel se acercó al casillero de donde yo acababa de sacar una cuartilla que olía a naranja.

—Acuérdate de que vamos al museo pasado mañana, ¿eh?

—Sí sí.

Siento mucho haber perturbado tu clase y te pido que por favor me perdones. Me comprometo a esforzarme tanto en el trabajo como en el comportamiento. Dico.

—¿Qué es eso?

A Bastien le daba completamente igual lo que fuera pero tenía ganas de hablar. Le entregué la cuartilla. Le cayeron encima unas miguitas de su galleta que luego resbalaron por la cuadrícula antes de caer al vacío y aterrizar sin ruido sobre el linóleo.

Xiawen llevaba un collar de crucecitas. Empecé a contarlas pero me interrumpió un movimiento de la propietaria hacia su vecina Liquiao para coger el diccionario francés-chino que hojeó con un dedo como lo haría un profesional con un fajo de billetes. Me desperté.

—Bueno, ya habéis tenido suficiente tiempo para pensar. Quiero dos motivos por los cuales os parece que es delicado contar la propia vida.

Tres manos alzadas.

—¿Sólo hay tres que tengan una idea? No está mal sobre veinticinco. ¿Cuánto hace tres sobre veinticinco?

Tres manos bajan, se alzan dos. Quedan dos.

—¿Sí Jihad?

—Eem, un cuarto.

—Eso es, tienes toda la razón, 3 por 4 igual a 25, bue-

no en fin da igual. Dos motivos por los cuales os parece que es delicado contar la propia vida, os escucho.

Tres manos se levantan.

—¿Sí María?

Jamaica.

—Porque podría preocupar a los padres.

—Sí, bien. Y en general a todos los familiares o sino a toda la gente involucrada. ¿Qué más? Dounia.

Pelo bajo diadema negra.

—No reporta dinero necesariamente.

—Sí, es bastante cierto, pero en realidad no tiene que ver directamente con el tema. Frida, te escuchamos.

Pelo bajo diadema roja.

—Da igual, no estoy segura.

—Te escuchamos.

—Pero es que no estoy segura, da igual.

—Te escuchamos.

—Pues porque uno también está molesto.

—Ah, explícame eso.

—No sé cómo explicarlo. Por ejemplo hay veces que hemos hecho cosas que nos dan vergüenza.

—Muy bien. Es interesante la vergüenza. Todos hemos hecho cosas que nos avergüenzan. Dadme ejemplos de cosas de las que podríamos avergonzarnos.

Las habían encontrado sin buscar mucho pero optaban por reírse con disimulo antes que manifestarse en público.

—No pido un recuerdo vuestro obligatoriamente. Decidme cosas en general que podrían provocar vergüenza.

Se lanzaban miradas inteligentes y se tapaban la nariz como si los asaltaran recuerdos malolientes.

—Ok si nadie quiere hablar, os voy a contar algo.

Silencio de oro.

—Yo tenía doce años, creo, y en aquella época no es-

taba muy espabilado, al menos en algunas cosas, en otras sí pero en algunas no, y cada mañana nos encontrábamos en el patio con tres niñas y dos niños, vaya que éramos un grupito como los que formáis vosotros en el patio, bueno, pues de las tres amigas había una con la que creo que no me hubiera importado tener algo, aunque ese detalle no tiene mucha importancia, y una mañana llego y ella no estaba, y entonces una de las otras dos chicas dijo que era normal, que ayer la había llamado y ella le había dicho que le dolía la barriga, entonces el otro chico dijo ah ¿tiene la regla? y la niña le dijo tú sí que sabes, y yo va y digo ¿qué es la regla? y entonces ellos dos se miraron con cara de decir quién es este palurdo. Vaya que cada vez que me acuerdo me dan escalofríos de vergüenza, cuando en realidad no debería. No hay de qué avergonzarse.

La guía iba unos metros por delante del grupo y se detuvo frente a un arcón de madera y metal con refuerzos cubiertos de espejos que se reflejaban unos en otros.

—Esta obra se llama El infinito materializado. ¿Qué os evoca el título?

No contestaron ni los que se habían colocado en primera fila alrededor del arcón ni los que iban llegando.

—¿No os parece extraña la expresión infinito materializado?

Tampoco lo hicieron los que llegaban ahora.

—¿Os parece que infinito y material son dos palabras que quedan bien juntas?

Aunque no había comprendido, Jihad entendió que no por la entonación y contestó un no en voz baja que la guía aprovechó para continuar.

—Por supuesto que no, ya que el mundo material es

finito por definición, en el sentido de que es lo contrario del infinito. Y a la inversa, el infinito se asocia con lo espiritual, con lo que no es material.

Su voz reverberaba entre las paredes contemporáneas.

—Y lo que este artista hace es reunir las dos nociones en un mismo título y sobre todo en un mismo objeto. ¿Cómo lo consigue?

Ni Djibril, que se había apartado y acababa de incorporarse con nosotros.

—Mirad bien las paredes. ¿De qué están hechas?

Jihad, que se estaba mirando en ellas, dijo:

—Son espejos.

—Muy bien, están hechas de espejos, y así es cómo el artista construye el infinito con materia, en la materia, dentro de la materia.

Sandra sonreía fingiendo hablar con seriedad.

—Profe, ¿es alumno tuyo Souleymane?

—Sí, de tercero 1. ¿Te da risa?

—¿Sabes lo que le ha hecho a Hinda?

—Pues no.

—La ha hecho sangrar un montón.

—¿Adrede?

—Pues claro, ha querido hacer tipo me voy a vengar porque ha creído que Hinda se estaba burlando, cuando en realidad no.

Los otros tardaban en sentarse, abrían las ventanas diciendo aquí apesta. Efectivamente Hinda no estaba. Subí la voz para que Sandra me oyera.

—¿Y cómo la ha hecho sangrar?

—Le abrió la cosa esta de aquí.

Un dedo entre la sien y el ojo.

—¿La ceja?

—Eso.

Había dejado algunas funciones internas en modo de espera pero se moría por encenderlas de nuevo.

—Oye, me da la impresión de que la cosa es bastante grave así que no entiendo por qué sonríes.

—No sonrío.

—Sí sonríes.

—No no sonrío.

—Ya tenéis un poco de diversión en el colegio con una buena bulla, ¿eh?

Subía un pie a la tarima y lo volvía a bajar, con lo que se le tapaba y se le destapaba alternativamente el ombligo.

—Uy y había sangre por todas partes, era horrible verlo, te lo juro por mi vida, profe.

—¿Lo ves? Te ríes.

—De verdad que era horrible verlo.

—Vale, ve a sentarte.

La hora pasó, pregunté ¿de qué sirve escribir la vida de uno? dijeron que para fardar, yo había dormido mal, dije que las vidas de los tipos que la cuentan no son necesariamente brillantes, ellos dijeron que pueden mentir y hacer arreglos, yo dije pues claro, dijeron de todas formas nos importa un bledo que nos cuenten sus vidas, yo dije es interesante porque a lo mejor se parece un poco a la nuestra, e incluso si no se parece pues justamente será aún más interesante, se trata de documentarse sobre la vida, porque de hecho contar tu vida es como contar la vida, ¿os dais cuenta? Dijeron pero ¿qué hacemos con todo eso? y después de la campana desaparecieron como una bandada de gorriones atraídos por miguitas más nutritivas. Sandra pasó por mi mesa.

—Profe, es verdad lo que te he dicho antes.

—Te creo pero deja de sonreír.

—No sonrío, a Souleymane le harán un comité de disciplina.

—¿Ah sí?

—Hombre claro, es normal.

Chantal, Jean-Philippe, Luc, Rachel y Valérie se habían repartido alrededor de la mesa oval para el comité de clase. La primera, que era la profesora principal, dirigía los debates.

—¿Qué pensamos de Sonia?

—Psé.

—No sonrío, es raro.

—Yo creo que es más bien timidez.

—Sí pero el año pasado no era así, sonreía.

—¿Qué le pongo como apreciación general?

—Psé psé.

—¿Pongo en conjunto pasable?

—Sí.

—Ok. ¿Youssof?

—Bueno bueno, éste...

—¿Cómo es en tu clase?

—Normal.

—¿Y tú?

—Justito.

—No no, conmigo bien.

—Hay que aislarlo, nada más.

—En ayuda al trabajo personal es un plasta.

—Bueno, en definitiva, de todos nosotros ¿a quién le fastidia?

—A mí.

—A mí.

—A mí, sí me fastidia.

—Es que hasta que no le dices basta no se tranquiliza.

—¿Disperso?

—Exacto, disperso.

—Ok muy bien, alumno disperso, debe cambiar el comportamiento. Pasamos a Aghilès.

—Uy uy uy, éste...

—¡Qué agresivo es!

—¿Le pongo alumno agresivo?

—Agresivo es un poco duro.

—¿Y no lo podemos poner? Si es agresivo hay que poner agresivo, sino...

—No, lo que puedes poner es «a veces se comporta de forma agresiva».

—Bueno vale, pongo eso. Venga va, pasamos a Yann.

—Uy uy uy, éste...

—Al menos ya no habla tanto desde hace algún tiempo.

—Qué dices, habla menos porque el comité de clase está al caer y ya está.

—¿Tú crees?

—Vaya.

—Entonces le pongo que es muy hablador. ¿Y de trabajo?

—¿Qué trabajo?

—No hace absolutamente nada.

—Pues pon trabajo tan reducido como su tamaño.

—¿Sabéis cómo lo llaman los demás?

—No, ¿cómo?

—Mimi Mathy.

—¿Quién es Mimathy?

—La verdad es que tiene bastante gracia.

—Y es bastante cierto.

—¿Quién es Mimathy?

—Una actriz enana.

—Ah vale.

—Pasamos a Nassim.

—Uy uy uy, éste...

—Éste es, con diferencia, el más insoportable.

—¿Le pongo que habla todo el rato?

—Está siempre alborotado.

—¿Le pongo que habla todo el rato?

—Que habla y que no para.

—¿Pero ha progresado algo al menos?

—Ni siquiera. Demasiado inquieto.

—Conmigo medio punto.

—Ponle que es muy charlatán, que es inquieto y que no progresa.

—O puedo ponerle que es muy charlatán, que es inquieto y que podría tener mejores resultados.

—A mí me parece que ese tío fastidia a toda la clase.

—A propósito, ¿qué pongo de la clase en general?

—Charlatanes.

—Sí, es sobre todo eso, no paran de hablar.

—¿Estáis de acuerdo con clase que no trabaja lo suficiente y habla demasiado?

Sofiane, que es bastante fea, tardaba en salir. Acabé por dejar entrar a Arthur y Gibran para la clase siguiente. Dejaron sus mochilas sobre la mesa con un golpe de hombro y partiéndose de la risa de no sé qué. Al pasar Sofiane tiró un boli que perdía a la papelera, cuando dio media vuelta me incliné para cogerlo. Lo limpié enrollándolo en una hoja, lo probé, no funcionaba, lo volví a meter en la papelera. El aula empezaba a llenarse con el ritmo soñolien-

to de un principio de semana. El lugar de Hinda se quedaría desocupado, Hakim silbaba la Marsellesa, Arthur todavía no se había quitado el anorak, Gibran tampoco.

—¿Sabes quién ganó ayer?

Arthur no lo sabía, Gibran levantó la cabeza hacia aquí.

—Profe, ¿quién ganó ayer?

—¿Ganar qué?

—En política.

—La izquierda.

Arthur no había sacado ninguna de sus cosas de la mochila, Gibran tampoco.

—¿Y eso está bien?

—Eso depende de cada uno. Es el principio del voto. Sonrieron.

—Sí pero nosotros no entendemos nada.

—Aún así, está muy bien que lo habléis.

Sandra entró precipitadamente en el aula, tren sin raíles.

—¿Que hablen de qué, profe?

—Siéntate, tranquilízate y te lo diré.

Se sentó, se tranquilizó y se lo dijo. En seguida su central eléctrica orgánica se puso en marcha, contó que había visto la noche electoral con su padre, que fue genial, que además no había escenas de sexo y en el recreo siguiente Gilles estaba pálido.

—Ya estamos lo bastante cansados así y encima nos roban una hora de sueño.

Élise asentía.

—Esto es otra maldita gilipollez.

Hinda había vuelto. Cuando puso la hoja de examen sobre mi mesa vi el hilo que le atravesaba la ceja.

—Esa heridita es una monada.

Soltó una sonrisa que multiplicó por siete el fulgor de sus ojos y las probabilidades de primavera.

—¿Te lo parece?

—Ya lo creo. No te miento.

—Gracias.

Se parecía a no sé quién.

—¿Estás bien al menos?

Sonrisa otra vez, colección primavera-verano.

—Sí sí, estoy bien.

Michael se levantó y se dirigió hacia aquí.

—Profe, ¿copiamos el enunciado o lo hacemos directamente?

—Pero ¿qué mosca te ha picado, por qué te levantas así? No estamos en parvulario, no te puedes levantar cuando quieras.

—Perdón.

Mientras seguía mirándome dejó caer un trozo de papel doblado al alcance de Hinda, que lo pilló disimuladamente. Decidí hacer como si no hubiese visto nada y advertí a los demás.

—No tardéis mucho en empezar porque tendréis poco menos de una hora.

Imane levantó la mano.

—¿Tenemos que explicar un recuerdo real?

—Sí, o al menos verosímil. ¿Sabes lo que quiere decir verosímil?

—Quiere decir que no es verdad.

—No eso es in-versosímil. Verosímil es lo contrario, es cuando podría haber sucedido.

—Por ejemplo la ropa. Principalmente, ¿por qué nos vestimos? Para no tener frío pero también por pudor. Aun-

que rápidamente los humanos añadieron una tercera motivación a la hora de vestirse, que es que sea bonito, que corresponda con su gusto, o con su personalidad, o con la imagen que quieren dar. Y por ejemplo, ¿cómo se les llama a los grandes modistos o a los que inventan la ropa? Se les llama estilistas. Es decir que querer estar guapo en el plano de la vestimenta es cuidar el estilo, Ndeyé cállate. En términos generales, el estilo es todo aquello que no es estrictamente útil. Pues bien, con el lenguaje pasa lo mismo. Puedo decir algo limitándome a la información que quiero transmitir, como por ejemplo he nacido en Francia. Pero puedo decir lo mismo añadiéndole estilo, por ejemplo he nacido en el país de los quesos o en el país de los derechos humanos. Ahí le estoy poniendo estilo, estilo malo pero estilo. Y para ello utilizo un procedimiento y ese procedimiento tiene un nombre, Ndeyé ¿qué he dicho? Por ejemplo, cuando voy a la pista de patinaje puedo conformarme con dar vueltas sobre el hielo, como hacemos todos cuando no somos campeones. Pero los campeones ¿qué hacen? Hacen figuras, como los triple-flip y todo eso, Ndeyé es la última vez. Decir «país de los derechos humanos» en lugar de Francia es hacer una figura retórica y hay un montón de figuras retóricas. Ésta es la perífrasis. Pero ya conocemos otras. ¿Cuáles conocemos?

Mezut había llorado al principio de la hora por no sé qué.

—El verbo.

—Hay que ver, ¿eh Mezut? Sabes perfectamente que un verbo no es una figura. Un verbo es un verbo. Es que hay que ver, ¿eh?

Alyssa sabía la respuesta pero prefiere las preguntas.

—¿Por qué los franceses dicen que son el país de los derechos humanos?

—Porque se dice así.

Bien-Aimé 67 me salvó.

—Profe, ¿tú vas a la pista de patinaje?

—¿Tú no?

—Es demasiado penoso.

Sonó la campana y los gorriones echaron a volar dejando desprotegido a Abdoulaye que solicitaba un *tête à tête*.

—Como delegado tengo algo que decirte.

—¿Sí?

—Es que hay varios alumnos que me han encargado que te diga algo.

He pensado / deseado que me pidieran que los cogiese el año que viene en tercero.

—Es por el comité de clase.

—Te escucho.

Estaba tranquilo, natural, con la elegancia de un gamberro con clase luciendo su chándal blanco a rayas negras.

—Dicen que te pasas mucho.

—¿Ah sí?

—Sí, hay unos que en la hora de tutoría dijeron que te pasabas mucho. Quieren que lo diga en el comité de clase.

—Pero, ¿quién lo ha dicho? Bueno no te pido nombres pero, ¿cuántos son?

—No sé, unos pocos.

—Pero no son la mayoría, ¿no?

—No, sólo algunos.

—Vale.

—Adiós profe.

—Adiós.

—Estoy harto de esos payasos, no los aguanto, no los aguanto. Me han montado un follón es que no puedo más, ya no los soporto, no puedo más, no puedo más, no tienen ni idea y te miran como si fueras una silla cuando quieres enseñarles algo, pues que se queden en su mierda, que se queden, yo no voy a ir a buscarlos, yo ya hice lo que tenía que hacer, intenté arrastrarlos pero no quieren, ya está, no hay nada que hacer, joder no puedo ni verlos, me voy a cargar a alguno seguro, son de una bajeza, de una mala fe, siempre buscando follones, pues seguid chavales, seguid así en vuestro barrio asqueroso, os vais a quedar allí toda la vida y os estará bien merecido, pero es que además están contentos esos cabrones, están contentos de quedarse allí esos payasos, es que voy a ir a ver al director y le voy a decir a los de tercero 2 ya no los quiero hasta final del año, ¿tendrán dos meses menos de física? ya ves tú lo que les importa, no han hecho física ni un solo segundo este año, ni un segundo han hecho física, así que por dos meses de mierda la cosa tampoco va a cambiar, ahora no se van a poner en serio, ahora que están medio en celo pegando gritos en el patio e incluso en clase, es que es una locura te juro, están ahí como bestias, te juro que nunca había visto eso, ya no los aguanto más, no voy a pedir que no me den a los de tercero sino a nadie, ya está, voy a ir a ver al director y le voy a decir que no cojo más alumnos hasta final de año sino te juro que voy a matar a alguno, el director se va a cabrear pero es que es casi una medida de seguridad te juro ¿alguien tiene un pañuelo?

Para dejar que entrara un poco de fresco, el director pidió que dejáramos abierta la puerta del aula de estudio acondicionada para la ocasión.

—Hoy estamos reunidos porque Souleymane está convocado para comparecer en un comité de disciplina.

El director ocupaba sólo el lado opuesto a Souleymane, que estaba en medio de los dos delegados de alumnos, riñonera colgando.

—Quiero insistir en el hecho de que, sin querer anticipar la decisión que se tomará, cualquier sanción tendrá un valor educativo. Si el comité pide hoy la expulsión definitiva será para darle a Souleymane la oportunidad de reconstruirse en otro sitio. Recordarle las normas es hacerle un favor.

Volvimos al incidente. Todos dimos nuestra opinión. Que era inadmisibile. Que era una pena pero que era inadmisibile. El médico escolar quiso especificar que la ceja era una parte conocida por su fragilidad y que la cantidad de sangre perdida no implicaba un golpe violento. Danièle dijo que aún así fueron tres puntos de sutura. La educadora, enorme cruz de oro falso en el cuello, contó que en muchas ocasiones Souleymane se había comportado con cierta ética, cierta rectitud.

Como su madre no estaba, le pidieron a Souleymane que se pronunciara pero dijo que no tenía nada que decir salvo que no quería hacer sangrar a Hinda. Se le pidió que saliera para dejarnos deliberar. Unas letras rojas de Redskins adornaban las plumas de un indio en la parte de atrás de su cazadora.

Votamos la expulsión definitiva.

Empecé la hora de tutoría pidiéndoles que expresaran sus quejas, luego expliqué lo que significa queja, luego dije que tenían derecho a pedirles a los delegados que hablaran en el comité de clase de la satisfacción global, luego expli-

qué global, oponiéndolo a local, y luego expresé, como en un aparte conmigo mismo, mi clara preferencia por lo segundo. Después no supe qué decir, miré la hora en el ridículo y enorme reloj de Huang y vi con un inmenso alivio que Jiajia levantaba la mano tras un esfuerzo olímpico.

—¿Sí, Jiajia?

—¿Has acabado hablando?

Lo dijo con muchos gestos que pretendían ayudarla con su lengua no materna.

—¿Me preguntas si todavía tengo cosas que decir?

—Eso, sí, eso.

Para que Jiajia se impusiera de ese modo la oralidad en público tenía que ser realmente importante.

—No, ya he acabado, te cedo la palabra.

Toda la clase se quedó pendiente de los labios de Jiajia en ese raro instante. Con mucho esfuerzo explicó que estaba harta de que algunos alumnos, bueno especialmente una que no quería nombrar, la molestaran continuamente. Los demás se rieron con ganas: todos sabían que se trataba de Mariama, que se señaló a sí misma.

—Profe, no se vale chivarse así.

Se volvió hacia Jiajia adoptando posturas de rapera, antebrazos danzantes, manos que cortaban el aire, desprecio hostil con comisuras hacia abajo.

—Es que no hay manera, si tienes algo que decirme vienes a verme y hablamos y ya está pero eso de pasar por el profe no se hace, es que de verdad...

La clase estaba exultante, ya no se aburría. Yo pedía en vano que levantaran la mano para hablar, les advertía de que los que quisieran hablarían pero con la condición de que levantasen la mano, les recordaba que si nadie levantaba la mano, nadie hablaría. Jiajia y Mariama se atacaban mutuamente pasando por alto mi mediación. Jiajia

estaba furiosa y era cada vez menos clara. Mariama le reprochaba que se marginara con las otras tres chinas, Jiajia dijo que eso a ella qué le importaba, que iba con quien le daba la gana y que ella tampoco le reprochaba a Mariama que estuviera gorda. Yo pensé uy uy uy.

—No, Jiajia, sin insultar...

Mientras Mariama se enfurecía como Obélix, percibí una brecha de silencio. Con mucha paciencia, María tenía la mano levantada, yo confiaba en que tranquilizara definitivamente los ánimos.

—Sí María, te escuchamos. Escuchamos a María, por favor. María ha levantado la mano así que puede hablar.

—Profe, es verdad que se marginan. Yo una vez en el autobús le pregunté a Jie si iba a salir con Alexandre o qué, porque los habíamos visto hablar. Pues va y me dice no puedo porque no es de mi raza.

Jiajia la hubiera estrangulado, hubiese seguido estrangulándola incluso después de muerta.

—Pero no es problema de ti, es problema de ella.

Las contestaciones salían disparadas aún con más fuerza. Pero esta vez esperé que se anulasen mutuamente y entonces

—yo creo que cuando recibimos gente nosotros somos los que tenemos que hacer el doble de esfuerzos, porque conocemos mejor las cosas y ellos en cambio acaban de llegar, están en posición de debilidad, tiene que aprenderlo todo. Vuestros padres estuvieron en la misma situación en la que están los inmigrantes asiáticos y estoy seguro de que hubieran valorado que la gente que llevaba aquí un tiempo, la gente como yo digamos, hiciesen esfuerzos por acogerlos, el doble de esfuerzos que los que podían hacer ellos.

Al decir esto me conmoví, del verbo conmover. Ellos

dudaban entre el sarcasmo y la aprobación. Koumba hubiese podido decir cosas interesantes al respecto, pero fue Dounia la que habló.

—¿Y los que se fueron de su tierra hace tres años cómo lo hacen, profe? ¿Ayudan o son los otros los que ayudan?

—¿Conoces gente así?

—Yo y mi hermano mayor.

—El esfuerzo lo tiene que hacer el que ya está aquí, eso es lo que yo pienso.

La bonita mirada de Boubacar solicitó el consentimiento de la mía para hablar.

—Es que a veces es difícil.

—¿Por qué es difícil?

—Pues porque a veces hablan mal el francés.

El doctor llamó a Veronique y le contó que todo estaba solucionado. El doctor la llamó y se lo contó.

—Bamoussa, ¿cuál es el referente de «lo contó»?

—Todo.

—Sí pero te falta algo.

Se había animado con la primera parte de la pregunta pero la segunda lo tenía angustiado. A Djibril le era indiferente, le preocupan otras cosas.

—Profe, ¿por qué en los ejemplos siempre es Veronique y nunca, no sé, Fatimah o algo así?

—Es bonito el nombre de Veronique, ¿no? Veronique Jeannot era muy guapa.

—???

Mohammed, nacido el 15 de agosto del 88, cinta Swade para enjugar un sudor inexistente, no olvidó meterse donde no le llaman.

—Fatimah también es bonito. Es el nombre de mi

abuela, profe. Hace unos pasteles... te juro que son los mejores pasteles del Magreb.

—En ese caso, los que quieran poner Fatimah ponen Fatimah. Incluso podéis poner Brigitte, Naomie o Robert, a mí lo que me importa es que sepáis identificar el referente.

Bamoussa estaba todo confundido.

—Pero profe, si ponemos Robert entonces hay que decir «el doctor lo llamó», porque es un chico.

—Ah perdón, claro que sí, es que me liáis con vuestras historias. Entonces ponemos Fatimah, Brigitte, Naomie pero no Robert. ¿Qué pasa, Hakim?

—¿Podemos poner Delphine?

—No, Delphine no.

El cielo sobre la cabeza.

—Pero ¿por qué?

—Porque no. Delphine no es posible. En mi clase jamás se hablará de una Delphine, o habrá que pasar por encima de mi cadáver.

Corría hacia la máquina de café, me llamaron, era Alyssa con un chándal Timberland azul marino a rayas blancas. Alyssa, acababa de despedirme de su clase con dos minutos de antelación para ir a por un café hacia el cual estaba corriendo cuando me llamó con un chándal Timberland azul marino a rayas blancas.

—Profe, te quería preguntar ¿qué es un punto y coma?

Un café sin azúcar para exaltar las papilas.

—Pero si ya sabes lo que es un punto y coma. Es un punto con una coma debajo.

—Lo que te pregunto es cómo se utiliza. A veces eres muy tonto, profe.

Sin azúcar y bien caliente.

—Ya os he explicado cómo se utiliza.

—Sí pero no lo he entendido.

Y muy humeante.

—Pues es más fuerte que un punto y menos fuerte que una coma y ya está.

—Vale sí, pero ¿cuándo se utiliza?

—Alyssa lo siento pero ahora tengo cita con un padre, lo vemos en otro momento.

—¿Cuándo?

Tres metros más allá pululaba Sandra, central nuclear amenazando con irradiar a la capital al explotar, sin importarle que los pechos se le zarandearan bajo la camiseta, se le caía el chándal negro con rayas amarillas y lo recogía, interpelaba a las chicas, provocaba a los chicos, corrió al encuentro de Michael y Hinda, que se habían aislado momentáneamente y ahora volvían hacia el grupito de gente. El primero llorando y apartándose de la segunda que se parecía a no sé quién y estaba claro que acababa de darle un plantón de los buenos. Sandra abrazó a Michael diciéndole no hay que llorar por eso. Hinda se contenía la risa, así que no se reía, hacía un tiempo sombrío, un día el sol perforará la oscuridad del patio interior y el café me lo tomaré corto.

—Pasamos a Mezut.

Suspiro unánime en la U. Line habló por los demás.

—¿Qué vamos a hacer con él?

Unánimemente, la U ha contestado en silencio nada a lo que no era una pregunta.

—Es que además no está bien.

—Sí, a veces llora.

Serge el CPE sabía cosas que no podía decir.

—Creo que hay algunos problemitas de violencia con el padre. La madre ya lo denunció y me pregunto si el hijo no habrá pasado por lo mismo.

El director no dejó que el silencio glacial se dilatara.

—¿Qué ha pedido?

—Segundo con itinerario general.

La asesora de orientación psicológica cortó en seco la estupefacción unánime.

—Está claro que cuando dice eso no se da cuenta, deberíamos encontrarle nosotros una plaza más adecuada a sus capacidades. Aprendiz o algo así.

—El problema es que a él le gustaría hacer comercio.

—Aquí mismo, en el patio de recreo, podría hacer clases de comercio.

Rictus de satisfacción de Julien, autor de la ocurrencia, risas tímidas de los asistentes salvo el director que hizo intervenir de nuevo a la asesora.

—En segundo hay sitio para todo el mundo. ¿Existe algo relacionado con las prácticas en comercio?

—Sí, se llama CFA comercio, o formación de aprendices del comercio. Vendría a ser algo como encargado de sección en un Carrefour, es genial.

Dijo genial acompañándolo de una mueca y queriendo dar a entender lo contrario. El director dijo que ya era algo y que habría que ayudarlo a rellenar su dossier de orientación, y que por lo demás, que bueno, que era terriblemente triste.

Nadie me había avisado de la llegada de un tráfugo y él no se había presentado. Acababa de instalarse al fondo a la izquierda, en el sitio que Souleymane había dejado va-

cante. Le hice señas para que se acercara a mi mesa, María Law en su polo de mangas largas.

—Escríbeme en una hoja tu nombre, tu apellido, el colegio de donde vienes y tu dirección, ¿de acuerdo?

Subí la voz para que me oyeran los otros veinticuatro, que no paraban de hacer ruido peleándose por tres sillas.

—Me gustaría que los que están de pie se sentaran.

—No van a hacer lo contrario.

El que habló fue Mohammed-Ali. Sonreí con una mueca y entorné los ojos en plan qué gracioso.

—Sacad una hoja y escribid arriba en mayúsculas «corrección de la redacción sobre un recuerdo de infancia».

Devolví los exámenes. Zheng no pasó del 15. Gibran dejó de reírse de no sé qué y preguntó si la nota contaba para el segundo trimestre. Le dije que sí pero que no era el momento de calcular el promedio sino de sacar una hoja para tomar nota de la corrección. Katia no tenía hoja, le pidió una a Faiza que se había teñido el pelo de rojo y se levantó para dársela, pero Sophie se la cogió al vuelo para dársela a Soumaya que solicitó mi arbitraje porque Katia le había quitado la agenda a modo de intercambio justo.

—Profe, eso no se hace.

—No soy puericultor.

Sandra, conectada a la red en cortocircuito con la central, dijo que su hermana mayor era puericultora. Hakim dijo que nos la suda tu hermana y Sandra dijo que tú mejor preocúpate por la tuya porque todas las noches va por ahí con sus chulos. Cuando todos tenían su examen leí la redacción de Amel que hablaba de los celos por el nacimiento de un hermano pequeño. Haj, que estaba amargado por su 5, mascullaba algo.

—Es que si no teníamos nada que contar, ¿cómo lo íbamos a hacer?

—Yo estoy seguro de que todo el mundo tiene algo que contar.

Refunfuñaba.

—¿Qué quieres que cuente?

—Estoy seguro de que si lo piensas un poco encontrarás algo.

Rezongaba.

—No voy a contar lo que hago, el cole y todo eso es un asco.

—Pero el colegio puede ser muy interesante.

Estaba de morros.

—No, es un asco.

Con la campana salieron veinte volando. Quedaban Sandra que cantaba meneando el michelín, Hinda que se parece a no sé quién pero en mejor, Soumaya que empezaba a tener granos primaverales y el nuevo que me entregó su hoja de coordenadas. Se llamaba Omar, tenía diecisiete años y un tutor.

—¿Visteis la autobiografía con tu antigua profesora de francés?

—Era un señor.

—¿Visteis la autobiografía con tu antiguo profesor de francés?

—No me acuerdo.

—Pero entendiste al menos de qué se trata.

—Es cuando cuentan su vida y todo eso.

—¿Por qué cambiaste de colegio, te has mudado?

—Me echaron.

—Ah. ¿Y ahora te vas a poner a pensar?

—Sí.

Wenwu y su padre se sentaron al otro lado de la mesa. Coloqué la hoja de calificaciones frente al padre para leerla con él pero cambié de opinión a tiempo. Mientras la ojeaba por mi cuenta hablaba con Wenwu, que a veces traducía pero la mayoría de las veces no. Nos decíamos cosas de las que ya habíamos hablado a solas. En el momento de despedirnos el padre hizo un gesto con la cabeza sonriendo y juntó las manos, Wenwu dijo adiós primero por el padre y luego por sí mismo.

—Adiós Wenwu.

Se cruzaron con una mujer que al sentarse se presentó como la madre de Mezut. Tenía una frente muy bonita que se le arrugaba continuamente.

—Yo no entiendo, verá usted. Bueno es verdad que para Mezut no tener padre es muy duro, y es verdad que también tiene familia en Suiza y en Turquía y no los ve, pero aparte de eso tiene todo lo que necesita. También es verdad que no quería venir a este colegio, se quería quedar con sus amigos en el otro barrio, pero cuando nos mudamos pensé ni hablar de coger el metro, entonces lo inscribí aquí, y bueno es verdad que era un poco duro para él, pero no creo que ése sea el problema, creo que el problema está en la cabeza, a veces me lo planteo.

—Entiendo.

—Creo que Mezut es un deprimido y me pregunto si no tendría que ir a un psicólogo o algo, ¿sabe?, porque creo que está en su cabeza, además que él no dice nada, es verdad que es un buen chico, que aunque no esté bien no dirá nada, y entonces acumula cosas y me da la impresión de que está deprimido, bueno no deprimido pero no está bien, y no lo entiendo porque ya no ve a su padre así que no lo entiendo.

—Ya. Tendrá que volver para que lo hablemos.

La siguiente era rubia como su hijo pero aún así no la identifiqué.

—Soy la mamá de Kevin.

—Ah sí, ya me acuerdo, siéntese por favor. Ha hecho bien en venir porque tengo muchas cosas que decirle.

Se sentó. Le mostré la hoja de calificaciones señalando la nota de matemáticas. Lo entendía, siempre había tenido problemas con el cálculo, tenía previsto pedirle al hermano mayor que lo ayudara más en el tercer trimestre y ¿Kevin come en clase?

—¿Cómo que si come en clase?

—Patatas chips o cosas así.

—¿Me está preguntando si Kevin come patatas chips en clase?

—Sí, es lo que quería saber.

—Oiga, yo no lo veo todo pero no creo.

No tuvo en cuenta la respuesta.

—Porque de hecho ha cogido diez kilos este año y yo nunca lo veo comer así que me preguntaba dónde los había podido coger.

—Entiendo.

—Y es verdad que bueno yo estoy sola y no puedo estar siempre detrás de él, estoy en el peaje todo el día más el tiempo de volver, que a lo mejor es entonces cuando aprovecha para comer, diez kilos en un año ¿se da usted cuenta?

—Sí.

—Seguro que con su padre las cosas no hubieran sido así y de hecho cuando va a su casa en vacaciones tiene tendencia a adelgazar porque su padre lo lleva a pescar al canal y así no está tirado en casa o después del cole, ¿entiende?

—Sí.

—Y pescar le encanta, bueno depende, siempre y cuando lo ayuden un poco y vuelva con algo, porque

cuando no trae nada no abre la boca en tres días, aunque así también nos da un respiro, pero vaya que el problema no es que hable mucho, es más bien que a veces dice cosas que no tiene que decir entonces yo le digo ves Kevin ésas son cosas que no se dicen y entonces me dice sí ya lo sé no las volveré a decir y al día siguiente las está diciendo otra vez cuando no se tienen que decir y yo le digo si un día le dices eso a tu jefe ya verás lo que te dice, ¿no es verdad lo que digo?

—Sí.

Habiba no se lo podía creer.

—¿En todo el libro las frases empiezan por «recuerdo...»?

—Sí sí, en todo el libro.

Sandra, conectada a dos centrales, no pidió la palabra.

—Profe, ¿lo podré leer?

—De ninguna manera.

Me hubiese gustado no sonreír pero era tal su desconcierto que tuve que hacerlo para hacerle entender que sí, que por supuesto podía leerlo, que lo entendería y le gustaría porque tenía talento para la vida. Mohammed-Ali le estiraba de la capucha a Hakim, que había renunciado a impedirselo. Haj no pensaba, bajo ningún concepto, leerse entero ese libro de locos.

—Es porque a la gente le recuerda a su época, pero sino es malísimo.

Pegué un bote. Pedagogía, reactividad.

—A propósito de eso, ¿de qué época creéis que son esos recuerdos? Mohammed-Ali, deja esa capucha tranquila y dime de qué época son esos recuerdos.

—No sé. 1985, por ahí.

—¿La tele era en blanco y negro en el 85?

—Yo qué sé.

—No sabes pero activando un poco tu cerebro a lo mejor podrías saberlo. Y los demás también. Porque no viene solo.

No venía solo ni de ninguna otra forma. Ni a Zheng, que estaba en plena luz, se le ocurría. Yo había dormido mal.

—Hay un recuerdo en concreto que debería dejaros con la mosca detrás de la oreja.

Hakim se había bajado por fin la capucha.

—Profe, ¿qué quiere decir?

—¿Qué quiere decir el qué?

—La mosca no sé qué.

—La mosca detrás de la oreja, es cuando algo te hace pensar y le das vueltas. Hay un recuerdo que tendría que haceros pensar, y Hakim ya puedes quitarte la capucha y así Mohammed-Ali no se sentirá tentado.

Ninguna mosca detrás de ninguna oreja. Había que soltar una pista. Pedagogía.

—Por ejemplo «recuerdo el primer concierto de Johnny Hallyday». ¿Eso no os dice nada?

A Haj, nacido el 13 de septiembre del 89, no le decía nada.

—Nosotros no sabemos cuál es la fecha cuando empezó.

—Pero se puede averiguar.

—Sí pero ese tío nos la suda.

Estaba empezando a enfadarme.

—Pues a mí también me la suda, ¿qué te piensas?

—Pero es de tu generación.

Me enfadé.

—¿Ah sí? ¿Johnny es de mi generación?
—No sé, es viejo.
—¿Cómo de viejo?
—No sé, cincuenta.
—¿Y yo qué tengo?
—Yo qué sé pero si sabías su edad quiere decir que habías nacido.
—Sí claro, de hecho Johnny es mi hijo.
Retomemos.
—¿No viste los carteles el año pasado por todo París?
—¿Qué, los carteles?
—Vives en París, ¿no?
—See.
—¿Y no viste los carteles «Johnny festeja los sesenta años»?
—Es que Johnny me la suda.
Estaba enfadado. Pedagogía.
—Pero si a mí también me la suda, ¿qué te piensas? Simplemente resulta que vivo en París y los carteles estaban por todas partes. Y si tiene sesenta años habrá empezado en los años sesenta, porque en general los cantantes empiezan a los veinte. Así que podríamos pensar que el primer concierto de Johnny Hallyday fue en los sesenta, ¿ok? ¿Ok los demás?
Más o menos ok los demás.
—Mohammed-Ali, si estás enamorado de Hakim dale un beso en la boca pero deja su capucha tranquila y así descansamos un poco.

Treinta

Un hombre de treinta-treinta y cinco años fumaba un cigarrillo sin melancolía con la taza apoyada sobre el mostrador de cobre. El camarero de uniforme lo oyó murmurar un adiós dirigido a todos y a nadie.

Fuera hacía rato que era de día y se podía ver a un grupo de alumnos pasada la carnicería china. A la vuelta de la esquina pateaban un balón de espuma frente a la puerta de madera maciza abierta de par en par. Hacía más fresco en el vestíbulo y en el patio cubierto y pavimentado, y bajo la sombra de las paredes del patio interior, y detrás de la puerta azul Valérie consultaba sus correos electrónicos. Gilles había llegado más temprano por unas fotocopias.

—Hola.

Para hablar elevó el tono de voz por encima de la fotocopidora que escupía triángulos idénticos sin parar.

—No te puedes llegar a imaginar cuánto me jode estar aquí.

En la camiseta que le colgaba a Léopold hasta las rodillas había dos elfos peleándose.

—No tengo ningunas ganas de retomar las clases.

Ya se oía a los primeros alumnos en el patio. Julien entró bronceado sin marca de gafas.

—Qué duro es volver, oye.

Quizá la fotocopidora seguiría escupiendo para siempre.

—No pero espera es que no te puedes llegar a imaginar hasta qué punto me jode estar aquí.

—Venga que ya no quedan tantos días que aguantar. Yo había dormido mal.

—Treinta.

Dico tardaba en subir las escaleras detrás de los demás.

—Date prisa.

—Pfff.

Un piso más arriba Djibril le quitó el sombrero primaverl a Mohammed, que en seguida amenazó con una bofetada que el otro esquivó con un paso lateral que lo desvió hacia el pasillo del primer piso. Como no lo veía aceleré el paso hacia el rellano para echar un vistazo a la derecha. Djibril no estaba. Avancé hasta la puerta cortafuegos del fondo y miré detrás pero Djibril tampoco estaba. Pensé que habría subido por la escalera de emergencia para alcanzarnos en el segundo piso.

—Es el precio que hay que pagar.

La voz me resultaba conocida y venía de un rincón oscuro. El hombre se apartó y se quedó inmóvil a dos metros dirigiendo su mirada al fondo de mi cerebro.

—Es el precio que hay que pagar. No se puede querer la cantidad y no querer el desorden. No se puede querer a medias. Sólo hay que dormir mejor y seguir queriendo.

Otra vez le faltaba un brazo, el derecho.

—Hay que ser totalmente moderno.

—Sí.

Intentaba dominar el taladro.

—¿Cómo se le llama a cuando decimos lo contrario de lo que pensamos pero dando a entender que pensamos lo contrario de lo que decimos?

Abdoulaye hizo una mueca de úlcera en el cerebro bajo la mirada enamorada de Indira.

—Profe, tu pregunta da dolor de cabeza.

El labio de Mezut todavía estaba rojo de haber sangrado.

—¿Cuál es la pregunta?

Mera se había cambiado de gafas y estaba en primera fila.

—¿No es la ironía?

—Pues sí, es exactamente eso. Cuando el narrador dice que los europeos les daban a los esclavos un trato más humano que los jefes africanos porque los ataban por los tobillos y no por el cuello, es irónico. Decidme una frase irónica.

Polo 63 a babor.

—¿Sí Bien-Aimé?

—Eres guapo.

—Gracias pero ¿y la frase irónica?

—Eres guapo.

—Vale, ya veo, gracias.

Mera había cambiado de sitio, de gafas pero no de estuche Kookai.

—Mañana el profe de francés estará ausente, oh qué pena.

—Vale, hoy me ha tocado a mí. Sí Tarek, venga ataca.

—Este año hemos hecho muchos dictados en francés.

Mezut tiró algo a la papelera desde su sitio en la primera fila.

—Mezut, hay que pedir permiso para hacer eso.

—Es que mi boli rojo pierde.

Alyssa sostenía con una mano un lápiz mordido hasta la mina y con la otra señalaba al cielo preparado para abrirse.

—Profe en la tele siempre dicen ironías del destino y no sabemos qué quiere decir.

—Es un poco especial eso de las ironías del destino. La ironía del destino es cuando uno tiene la sensación de que el destino se burla de los seres humanos. Por ejemplo, me estoy ahogando y es mi peor enemigo quien me salva la vida. ¿Entiendes?

—¿Es un poco como una venganza?

—Eso es. Bueno, no del todo. Pongamos que despiden a un futbolista del club donde jugaba y al año siguiente juega en otro equipo y se enfrenta a su antiguo club y marca tres goles, entonces el periodista dirá: ironía del destino, fulano ha hecho perder a sus antiguos compañeros de equipo. ¿Ves ahora lo que quiero decir?

—Lo que yo decía, un poco como una venganza.

—No, no es exactamente eso. Digamos que la ironía del destino es un poco especial. De hecho muchas veces la expresión no se utiliza bien.

—¿Por qué?

—Precisamente porque es un poco especial.

Marie llamó la atención de todos.

—Hay una cosa que tenéis que saber todos.

Todos prestamos atención.

—La mamá de Ming, que está en cuarto, tiene una orden de expulsión. Le harán un juicio la semana que viene y es posible que la repatrien a China.

Danièle estaba soplando una moneda de cinco céntimos.

—Es increíble, hace tres años que la familia está aquí.

—Sí pero ya sabes cómo va, un día deciden hacer un barrido de ilegales y a ella la pillaron así.

—¿Y al padre no?

—No, al padre no. Y eso que está exactamente en la misma situación. En fin, para que veas cómo van...

Todos veíamos cómo van.

—Lo que propongo es que primero hagamos una colecta para pagar al menos una parte del abogado porque los honorarios cuestan un riñón. Y luego que nos las apañemos para ir al juicio a ver si podemos influir un poco.

Bajo el castillo medieval de la camiseta de Léopold sangraban las letras de Devil Forever.

—¿Y Ming, tendría que irse también?

—No se sabe. En principio no.

Medieval, con llamas que desbordaban de las almenas.

—Es realmente horrible porque la verdad es que Ming es una joya.

Marie dejó un sobre encima de la mesa central para que todos pusiéramos nuestra contribución. Todos contribuimos. Géraldine estaba agobiada.

—Bueno yo quería anunciar que estoy embarazada pero esperaré a otro momento.

Las exclamaciones entusiastas transformaron el aplazamiento en preterición.

Desató el lazo de un paralelepípedo de cartón dorado ofreciéndoselo a los que tenía más cerca y la gracia le cayó encima.

—Deseo dos cosas: que la mamá de Ming se salve y que mi hijo sea tan inteligente como Ming.

El texto hablaba de una huelga de mineros. Sandra, que estaba acabando de leerlo a un volumen muy superior al del taladro, encadenó en seguida.

—Profe, ¿para qué sirve el carbón?

—Antes era el principal combustible.

Pendientes de plástico triangulares. Negros.

—¿Qué es combustible no sé qué?

—Es lo que quema.

Era la única que no dormía. El texto era un rollo, las preguntas propuestas por el manual demasiado difíciles. Me volqué en la fecha del día.

—¿Qué acontecimiento importante sucedió el 10 de mayo?

Algunas cabezas se levantaron con gesto interrogante.

—¿El 10 de mayo del 81 no os dice nada?

Cabezas con lagunas en historia contemporánea.

—El 10 de mayo del 81 sucedieron dos cosas y podríamos decir que una borró un poco a la otra.

Aissatou, nacida el 3 de enero de 1989, se activaba las neuronas bajo la diadema negra.

—¿Un atentado?

—En aquella época no había tantos como ahora. Lo que estaba de moda era más bien la música disco.

1981 no despertaba a nadie. Ni a Sandra que había desaparecido y estaba en otra parte, aunque de eso no me di cuenta hasta después.

—Bueno, el 10 de mayo es el cumpleaños de mi hermana pero eso nos da un poco igual.

Soumaya lanzó un grito de zorra.

—¿Qué edad tiene tu hermana, profe?

—Adivinadlo.

Empezaron a salir números disparados que iban del doce al cincuenta y dos.

—Ok, os lo diré otro día. El 10 de mayo del 81, François Mitterrand fue elegido presidente de la República y Bob Marley murió. Evidentemente no se habló de Bob Marley porque la elección de Mitterrand era algo muy importante en aquella época.

—Pero profe, ¿cómo murió Bob Marley?

—Murió cuando vio que Mitterrand había sido elegido.

—¿Es verdad?

—Pura verdad.

En cuanto abrí el casillero cayeron dos folios, probablemente a causa del hedor a naranja. Por lo que vi al recogerlos, eran dos fichas de incidente redactadas por Chantal.

Lugar: aula 102. Fecha: 10/05. Relación de los hechos que se reprochan: Mariama se levanta sin mi autorización a tirar algo a la papelera. Le indico que no puede levantarse sin mi autorización. Me mira directamente a los ojos y me contesta: «¿Ah sí? No lo sabía. De todas formas ahora ya es demasiado tarde». La insolencia de esta alumna me obliga a reclamar una sanción puesto que su comportamiento y sus constantes charlas en clase se han convertido en una auténtica molestia para el buen desarrollo de la clase.

Lugar: aula 101. Fecha: 10/05. Relación de los hechos que se reprochan: Le pido a Dico que se calle por enésima vez. Masculla: ¡Qué sí! Ésta me toca los cojones... Este comportamiento asociado a que no para de hablar se ha convertido en una molestia sonora. Solicito que Dico pida disculpas y que se le castigue porque su comportamiento es inaguantable.

Respaldado en su butaca forrada con muletón, el director me indicó con señas que no tenía para mucho. De hecho, un minuto más tarde se estaba levantando para despedirse de Vagbéma y de un adulto.

—Es importante que comprenda que el comité de disciplina ha intervenido después de todos los intentos de encauzar a Vagbéma y que, sea cual sea la sanción que se decida pasado mañana, su objetivo será siempre pedagógico.

El adolescente se miraba las zapatillas sin cordones, el adulto casi choca conmigo, absorto aún en las palabras del director que se volvió a respaldar y me señaló la butaca que había ocupado su invitado.

—¿Es por el segundo ensayo de examen?

—Sí, aquí está el enunciado, sólo hay que fotocopiarlo.

Cogió las hojas grapadas por encima de la mesa de ébano y les echó un vistazo.

—Marguerite Duras, eso está muy bien. ¿Te gusta Duras?

—No, pero bueno.

—He visto la petición para la madre de Ming. Esperemos que tenga algún peso.

Zineb, la secretaria, apareció en el umbral de la puerta, pendientes de plástico azul.

—Nuestro querido Mahmadou quiere recuperar su gorro, ¿qué le digo?

—Díle que redacte la petición por escrito y la haga firmar.

—Dice que lo necesita ahora.

—En ese caso infórmale de que hacen 28 grados.

Metió los enunciados de examen en una carpeta con la etiqueta de «comedor».

—¿Todo bien con el nuevo de tercero 3?

—Sí. No hace nada pero es tranquilo.

—¿Sabes por qué está aquí?

—La verdad es que no.

Vaciló un momento como si fuera un colegial al que le da falsa vergüenza confesar una tontería que ha cometido y de la que se siente orgulloso.

—Bueno, ahora te lo puedo decir.

Dio tres pasos para empujar la puerta y se sentó al lado, muy cerca de mi oreja. Se le escapaba la risa por encima del cuello de la camisa verde con corbata negra.

—De hecho, tiene un vicio desagradable.

Bajó la voz hasta hablar entre susurros.

—Ese muchacho ha cogido la mala costumbre de masturbarse en clase.

—¿Qué?

—Sí, su especialidad es la masturbación.

Todavía le daba mucha risa.

—Su educadora me llamó ayer y me informó de todo esto de forma muy rara. Me dijo que había que ir con cuidado porque era extremadamente maduro.

Llamaron a la puerta, era la secretaria.

—Mahmadou dice que la petición por escrito le llevará demasiado tiempo y que si no recupera su gorro ahora tendrá problemas.

—Ya voy.

Esperó a que la puerta estuviese cerrada de nuevo.

—Ése es nuestro gran problema, tenemos alumnos demasiado maduros.

Todos los miembros invitados estaban presentes en el aula de estudio acondicionada para la ocasión, salvo el interesado. Su madre lo representaba.

—Lo estoy llamando desde hace rato pero tiene el teléfono apagado. Me dijo que vendría.

El director expuso los cargos que se le imputaban al alumno. Ocho actos graves desde el principio del año, casi uno al mes. Concluyó pidiendo la expulsión definitiva. De esa forma Vagbéma tendría la posibilidad de reconstruirse en otro sitio y al mismo tiempo de distanciarse de su hermano gemelo Désiré. Hay sitio para todos en el sistema educativo.

La educadora encargada del dossier puso de manifiesto que la ceguera del padre provocaba en los hijos un sentimiento de impunidad y que el chaval hacía todo eso sólo para descargar su sufrimiento; en primaria, Vagbéma tenía la costumbre de darse la vuelta para llorar cuando lo reñían.

Un padre de alumno alegó que el hecho de estar en quinto τ sin duda lo había perturbado. Bastien contestó que para muchos era un hecho que quinto τ era una clase perturbadora.

A la madre le había saltado tres o cuatro veces el buzón de voz de su hijo. Tomó la palabra que le cedieron, dijo que había que darle una oportunidad, que haría un buen cuarto curso, que durante el verano lo mandaría a su país, que allí vivían unos primos educadores que se encargarían bien de él. Era todo lo que tenía que decir, le rogamos que saliese durante la deliberación. Aunque ella cerró la puerta tras de sí, el director adoptó un tono confidencial.

—Hay algo que tengo que puntualizar para que tengáis en mente todos los aspectos del problema. Ayer estuve un rato hablando con el padre para preparar este comité de disciplina y, de hecho, está convencido de que su hijo está embrujado. Tiene la misma convicción con res-

pecto a su hijo mayor, que también pasó por nuestras aulas y de hecho tenía un comportamiento infernal.

Votamos la expulsión definitiva.

Léopold, con un ángel de alas abiertas sobre camiseta larga, estaba contento.

—Ya no queda ninguna semana completa.

Valérie, que consultaba su correo, tenía una oreja en la espalda.

—¿Y eso?

—Mira, aquí hay un puente, la semana que viene una huelga, la otra el lunes es festivo, vaya que siempre hay algo.

En la pantalla, Valérie había hecho clic en responder y había tecleado «que llegue pronto el verano» seguido de tres puntos de exclamación. Géraldine iba a tener gemelos, Line era la última en enterarse.

—Es genial.

—Sí pero bueno, de repente te preguntas qué es lo que se te viene encima.

El ángel de Léopold se reía de no se sabe qué y quizá era un ángel malo, un tipo de ángel exterminador y su bondad era tan sólo una fachada, había descendido a la tierra para arrasar con la calaña humana por ser sospechosa de demasiada bondad, pero por el momento a Marie no le preocupaba que eso sucediera.

—La abogada ya está pagada, ya es algo.

—¿Ah sí?

—Dice que mientras más seamos en el juicio, mayor peso tendrá. Así que he pedido que anulemos las clases durante la hora en que se celebre para que el máximo de colegas puedan estar presentes.

—¿Hacemos algo con los alumnos?

—Pues lo había pensado pero el problema es que no estoy segura de que Ming quiera que se enteren, ¿sabes? De hecho habría que preguntárselo. ¿Los tienes hoy?

—Los tengo ahora, se lo voy a preguntar.

En el patio había competencia de camisetas. Abdoulaye se puso en fila después de que yo se lo pidiera.

—Profe hace mucho calor, podríamos hacer la clase fuera.

—¿Quieres un refresco de paso?

—Exageras mogollón, profe.

Ming subía las escaleras delante. Lo mejor hubiese sido pedirle que se parara allí y que habláramos. Le hubiese dicho es realmente terrible lo que te pasa, pero estamos aquí y estamos aquí porque es terrible, ¿sabes?, y también porque eres increíble, eres una joya, eres la prueba de la vida, tu cerebro y tu alma son una obra de arte, ¿te importaría que informáramos a los alumnos para que ellos también puedan hacer algo por su lado de cara al juicio? Ming me hubiese escuchado mirando al suelo, como hace cuando se concentra para entender, y hubiese entendido, me hubiese dicho que sí es un poco incómodo pero que no tenemos nada que perder así que de acuerdo gracias.

En el segundo piso abrí la cerradura y dejé entrar a la mayoría de la tropa, que se reía de no sé qué. Cuando Ming pasó por delante me dijo hola. Yo le dije ¿qué tal? Me contestó mucho bien ¿y tú? Dije muy bien. Cuando ya estaban sentados les pedí que sacaran sus cuadernos de gramática para corregir las funciones del adjetivo.

—Como estaba previsto, he traído vuestros dossieres de orientación. Son los dossieres que tendréis que rellenar y

que serán estudiados por una comisión. Aquí es donde tenéis que indicar vuestras peticiones definitivas. ¿Cómo se rellena? Bueno, veréis que hay dos recuadros, del tercero no os preocupéis porque es específico y no va dirigido a vosotros. El recuadro A es para solicitar el ingreso en los institutos de enseñanza profesional, el recuadro B es para los generales y tecnológicos. En el recuadro A tenéis derecho a cuatro opciones por orden de preferencia. Así que podéis poner por ejemplo secretariado en primera opción y enfrente el instituto donde os gustaría hacer ese ciclo. Luego pasáis a la segunda opción, por ejemplo bordado, y lo mismo, ponéis el nombre del instituto que le corresponde y las coordenadas que encontraréis en el folleto «Después de tercero» que os repartimos en diciembre. Y así sucesivamente. Tenéis derecho a poner cuatro opciones del mismo ámbito profesional pero os aconsejamos que ampliéis vuestras opciones para tener una alternativa en caso de que os rechacen la primera opción. En el recuadro B lo mismo, cuatro opciones pero esta vez no tenéis que poner un ámbito profesional porque precisamente se trata de un curso no específico. Sólo tenéis que indicar las dos opciones que queréis teniendo en cuenta la que habéis puesto de primera. Si por ejemplo habéis pedido una opción de tecnológica industrial, es evidente que es inútil poner latín en segunda opción, y al revés lo mismo, no tiene sentido poner física e informática si tenéis pensado pedir una opción literaria para más adelante, etcétera. Entonces, delante de esas dos opciones secundarias tenéis que poner el nombre y las referencias del instituto en el que las queréis hacer, aunque obviamente primero hay que asegurarse de que dicho instituto ofrece tales opciones. La diferencia con el recuadro A es que, salvo en el caso de la primera opción, tenéis que pedir un instituto del sector. Y ¿qué son los

sectores? En total hay cuatro que corresponden a Oeste, Este, Norte y Sur. Nosotros estamos en el Este, es decir, fijaos bien, los distritos primero, segundo, tercero, cuarto, décimo, onceavo, doceavo, vigésimo primero y evidentemente el nuestro; así que estáis obligados a pedir un instituto en vuestro sector, es así, salvo para la primera opción, donde podéis elegir un establecimiento que esté fuera de vuestro sector. Luego, para saber qué recuadro tenéis que rellenar os tenéis que basar en la resolución del comité de clase. Si os han dicho de acuerdo para el general, rellenáis el recuadro B, si os han dicho que no al general pero sí al profesional, entonces rellenáis el recuadro A. Y si os han dicho que tendréis que demostrar vuestras aptitudes para el general, entonces rellenáis los dos, es muy sencillo.

Dico subía hacia la clase, rezagado de los demás pero por delante de mí. Lo adelanté sin mirarlo y le dije que fuera más rápido. Murmuró que se la sudaba. Después de un instante de seudoreflexión me paré y me volví hacia él con el índice a la altura de su nariz; tuvo que ponerse bizco para mirarlo.

—Tú a mí no me hablas así.

—¿Qué? Me da igual.

Estaba bloqueado, intentó seguir pero lo sostuve por el brazo, subió el tono.

—Que no me toques así.

—No te tocaré si te paras.

—Que no me toques así y punto.

—No te tocaré si te paras y para empezar no me des órdenes.

Él estaba a punto de explotar, a mí me flaqueaban las piernas.

—Ya está, suéltame.

—¿Qué pasa, estás enfadado? El otro día decías que estaba enfadado contigo, pero ahora parece que eres tú. Subió un escalón para desafiarme.

—Bueno vale, sígueme, vamos a ver al director.

La clase bajó un nivel y se amontonó unos cuantos escalones más arriba. Djibril se separó del resto y vino a interponerse empujando a su amigo e intentando hacerlo entrar en razón igual que en un millón de películas.

—Djibril, vale ya, no necesitamos un justiciero. Y los demás subid, que esto no es el teatro. Tú sígueme.

Aislar el cerebro de lo demás, de las piernas que flaquean y de todo lo demás. Cosa rara, Dico me seguía a pocos metros.

—Deja de caminar así, ¿por qué vas a ver al director, por qué no te quedas ahí? Mariquita.

Me detuve en medio del patio, nuestras voces se solapaban.

—¿Qué has dicho?

—Que por qué no te quedas ahí.

—Porque quiero deshacerme de ti, es muy sencillo, supersencillo.

—Quédate ahí si eres un hombre.

—¿Por qué, qué quieres que hagamos? Espérame ahí, no te muevas.

Caminar con paso firme, no levantar la mirada hacia las ventanas desde donde la clase se deleitaba con la escena. La puerta del despacho estaba abierta y pude ver a ocho alumnos escuchando un sermón del director. Volví hacia donde estaba Dico, que ahora se había sentado en un banco. Me incliné hacia él, nariz contra nariz, cerebro aislado del resto, voz baja.

—El director está ocupado así que te vas a quedar

aquí. Y está claro que no te quiero volver a ver. Mañana es festivo y pasado hay examen, o sea que perfecto, pero el miércoles no te quiero ver en mi clase.

Mariama había bajado a ver y le cayó encima mi rabia.

—¿Qué hace aquí la cotilla?

—Oye que yo no soy una cotilla.

—Sube y déjame en paz.

Gilles, con ojeras por todas partes, dejó los ensayos de examen sobre la mesa oval. Estaban apilados con los demás, empecé a contarlos.

—¿Ha ido bien?

—Bueno, pse. Nosotros en mates no estamos acostumbrados a hacer dictados.

—Pero ¿no estaban las instrucciones encima de la mesa? Leer una vez todo el texto, luego dos veces cada segmento y una última vez todo antes de recoger.

Empecé el recuento. Julien, moreno por todas partes, trajo el último paquete de exámenes. Su mirada se detuvo en Gilles.

—Tienes mal aspecto.

—Sí y encima me obligan a dictar.

—Yo he hecho lo que decían las instrucciones.

—Vale sí, pero la próxima vez les pediré a los profes de francés que redacten el enunciado de mates, a ver qué cara ponen.

Volví a empezar el recuento. Marie convocaba a las tropas.

—Para lo del juicio de mañana, acordaos de hacerles apuntar en los cuadernos que estaréis ausentes.

Claude, que con su cabeza tapaba la del campesino rezando, se dirigió a Julien.

—Te han trasladado, ¿no?

—Sí, a Royan.

—Qué guay.

Valérie no conseguía cambiar la tinta de la fotocopiadora.

—¿Royan no es una ciudad amurallada?

—Sí sí.

—Eso está muy bien.

—Sí pero nosotros nos vamos a instalar fuera de las murallas. Con vistas directas al mar, no nos enteraremos de nada. A ti te sentaría muy bien, Gilles.

—Es que además yo ceceo un poco y claro los chavales no se cortan un pelo y te lo dicen cuando estás dictando.

Volví a empezar el recuento.

—¿Sí?

—Sí, no sé. En un momento en tu dictado sale no sé qué de asustadizo, ¿sabes? Bueno pues yo digo azuztadizo y como los alumnos no saben qué es me piden que repita y a cada vez es peor.

—Setenta y tres. Mierda, me falta uno.

—Quizá te has equivocado contando.

—Voy a volver a empezar.

Por último, señor Presidente, me complace incluir en el dossier el documento presente. Se trata de una nota redactada por los profesores del colegio donde Ming, el hijo de la señora Zhu, está escolarizado en toda regla. El conjunto del equipo pedagógico, en su mayoría presentes aquí hoy, quiere destacar el hecho de que Ming ha realizado en tres años progresos impresionantes y que su regreso a China supondría un brusco frenazo en su ejemplar proceso de integración. No quisiera detenerme aho-

ra en consideraciones que no tienen cabida en este juicio pero me gustaría añadir que semejante unanimidad me convenció a la hora de defender un caso que, *a priori* e igual que ustedes, hubiese considerado indefendible. Gracias.

—Habla de una chica, bueno no, en realidad es su diario, pero es una chica como nosotros, ¿sabes? supernormal, en plan que va al cole, se aburre, sus padres le meten la bronca cuando suspende, o sea como nosotros, ¿sabes?, y por eso te da mogollón de miedo, porque piensas que te podría pasar.

Sandra, conectada a tres centrales, me había pedido si podía presentar un libro en clase. Yo dije *Pregúntale a Alicia*, ah vale, sí, lo he leído, ok sí, está muy bien. Nos intercambiamos el sitio, ella fue a la pizarra y yo al fondo. Sus brazos levantados le destapaban intermitentemente el ombligo, ojo de su michelín.

—Un día va a una fiesta y como es la primera vez pues no sabe muy bien qué hacer, ¿sabes?, y al final se mete en el ambiente, y baila y todo y en un momento toma coca pero en el vaso había speed y ella no lo sabía, entonces empieza a delirar, es superloco, en plan que ve cosas que no existen, os juro que está superbien contado, pero bueno el problema es que de repente se mete en todo eso, empieza a meterse de todo, ¿sabes?, hachís, heroína, todo, y luego se le va la olla y da mucho jiñe porque lo que os digo, es una tía supernormal, y al final y esto no lo entendí, al final dicen que se murió una semana después de haber escrito la última página. Profe, ¿eso quiere decir que es una historia real?

—No necesariamente. Incluso cuando dicen que un

manuscrito fue encontrado en un viejo baúl y cosas así, también podría ser mentira. En el caso de este libro no lo sé. Pero lo importante es que puede pasar, como tú has dicho.

Una reminiscencia iluminó la cara de Imane.

—Ah sí, quiere decir que es inverosímil.

—No, lo contrario: verosímil. Quizá sea inventado pero parece real.

—Son incorrecciones que hay que evitar a toda costa de cara al examen final dentro de tres semanas y es muy sencillo porque basta con pensar en ello, ¿entendéis? Por ejemplo, os recuerdo que en el escrito el adverbio «demasiado» significa demasiado, parece una tontería pero es que en realidad el adverbio quiere decir exactamente lo que quiere decir, así que tiene más bien un sentido negativo. Cuando por escrito digo «este hombre es demasiado generoso» quiere decir que la generosidad del hombre en cuestión es excesiva, y que en cierta forma podría volverse en su contra. En cambio en el oral, en todo caso tal como lo emplea vuestra generación, demasiado guapo significa muy guapo y es positivo, exclusivamente positivo, «es demasiado guapo» quiere decir que es extremadamente guapo y me encanta, ¿lo veis? Os recuerdo también que «sobre todo» cuando quiere decir «especialmente» se escribe separado y no junto. Es un detalle pero es fácil de corregir. Lo mismo con «ha ido», que todos escribís sin hache, sí sí, os lo aseguro, cada vez cometéis el mismo error y no sois los únicos. Bueno, volviendo a la oralidad, os recuerdo que si os piden que escribáis un diálogo no significa que tenéis que escribir como si hablarais, ¿entendéis? De hecho, es imposible escribir como hablamos, lo

único que podemos hacer es dar una impresión de oralidad, eso es todo, así que hay que evitar poner por escrito cosas que pertenecen sólo al lenguaje oral, como las mulletillas y todo eso que usáis permanentemente al hablar. Tenéis que pensar en ello, basta con eso, no estoy diciendo que os reste puntos pero vamos que no ayuda. ¿Veis? Acabo de decir «vamos que no ayuda», y eso es algo del oral que en el escrito hay que evitar. Porque cuando hablo lo puedo decir porque es lenguaje oral, pero en el escrito no se debe. Son cosas en las que os tenéis que fijar, aunque os parezca que no tienen importancia.

En la U se abanicaban con camisetas abiertas o cuadernos de notas. A través de las ventanas abiertas de par en par un pájaro silbaba extrañamente el himno de la Internacional. En la punta de la U el director firmaba hojas de calificaciones y las apilaba en un ángulo de la mesa.

—Pasamos a Djibril.

—Uy uy uy, éste...

—Qué, ¿está más movido que en el segundo trimestre?

—No, pero tiene una de lagunas...

—Sí, muchas.

—Es que yo no sé cómo ha llegado hasta cuarto.

El director detesta ese tipo de comentario. Pero no se le nota. Broma.

—Pues supongo que pasó de primero de primaria a segundo, luego de segundo a tercero, de tercero a cuarto, y así sucesivamente.

Jacqueline no bromea.

—Sí pero es que esto ya no va. Hay que encontrarle otra cosa. ¿Sería posible una orientación profesional?

Se dirigía a la asesora de orientación psicológica.

—Sí, se lo comenté. El problema es que no tiene ni idea de lo que podría hacer en el ámbito profesional. No va para nada acorde con sus gustos. No creo que sea de esos alumnos que necesiten acotarse en algo concreto. Al contrario, es muy abstracto. Los test de capacidad que ha hecho dan resultados muy curiosos. Fluctúa entre lo sorprendente y lo genial.

Desde la infancia, Luc no ha dejado pasar nunca una ocasión de soltar alguna gansada.

—Oye que a lo mejor es un superdotado y nadie se ha dado cuenta.

Una onda de risitas sarcásticas recorrió la U pero se detuvo en seco en el lugar del director, cuyo cuerpo no es conductor de ese tipo de energía.

—Si no tiene un proyecto no podemos mandarlo a una clase de orientación profesional.

—En ese caso, que repita.

—¿Crees que cambiaría algo?

Para Gilles, nada cambiaría nada.

—Un tercero normal es imposible, de verdad.

Como obedeciendo a un chasquido de dedos, una violenta corriente de aire empujó la puerta contra el marco y la hoja de calificaciones de Mezut salió volando, propulsada un metro por encima de las cabezas, dio una o dos vueltas y empezó una lenta caída hasta el lugar exacto de donde había despegado, entre los antebrazos desnudos y bronceados del director.

Todos escuchábamos a Valérie.

—Allí los salarios son un 1,53 por ciento más altos que los de aquí.

La serpiente enrollada a un palo de la camiseta de Léopold intentaba hipnotizar a Rachel. Los senos de Géraldine crecían en proporción a sus gemelos. Line se hizo un sitio en el círculo irregular.

—¿Eso dónde?

—En la Reunión, ayer me asignaron la plaza.

—Uf, qué suerte.

—Ya. Allí los impuestos son un 30 por ciento más bajos. Claude se hizo un sitio en el círculo irregular.

—¿Eso dónde?

—En la Reunión, ayer me asignaron la plaza.

—Ostras, qué potra.

—Ya. El IVA también es más bajo. Pero bueno, la gasolina allí es muy cara.

Bastien se hizo un sitio en el círculo irregular.

—¿Eso dónde?

—En la Reunión, ayer me asignaron la plaza.

—Uy, qué bien.

La serpiente, desanimada por las gafas de Rachel, se volcó en Gilles diciéndole

—ten confianza.

—¿Confianza en quién? No me hagas reír.

—Confianza en mí, con eso basta.

—Yo no confío en nadie.

Marie se hizo un sitio en el círculo irregular, sobriamente derrotada.

—Bueno ya tenemos el veredicto. Hemos perdido.

—¿Qué?

—Era previsible, en este tipo de casos sólo uno de cada cien lo consigue. Pero la abogada tenía fe.

Todos le dieron la espalda a la neo-reunionesa.

—¿Es definitivo?

—Se puede apelar. Con eso se gana tiempo, pero bueno.

—¿Y Ming, qué va a hacer?

—Esperar, como todos.

El director, que estaba satisfecho de su jugada, me había hecho parar en su despacho con aires de conspirador.

—He conseguido que los profes que vienen a corregir exámenes finales aquí sólo corrijan a alumnos de este colegio.

—¿Sí?

Satisfecho de su jugada.

—Así, como comprenderás, no pueden comparar con los exámenes de otros colegios digamos más favorecidos, sólo tendrán los de aquí y eso hará que los resultados sean más elevados, ¿ves lo que quiero decir?

—Bonita jugada.

—Sí, tengo que decir que estoy bastante satisfecho de mi jugada. ¿Un café?

Tres pasos hasta la máquina y luego su corbata colgando sobre las tazas.

—Porque claro los exámenes buenos de aquí al lado de los exámenes buenos de otro centro es una tontería pero resultan mediocres. ¿Fuerte el café?

—Sí.

—Bueno, no va a cambiar el mundo pero nunca se sabe, quizá aumenta un poco el porcentaje.

Mohammed el vigilante apareció en el marco de la puerta acompañado de una camiseta con un puma saltando.

—¿Te puedo dejar a este individuo?

—¿A qué debemos el honor de su visita?

—Ayer nos dijo que tres alumnos le habían pegado y hoy cuando le hemos pedido los nombres nos dice que se ha chocado contra la pared.

—Vale gracias, siéntate Cheikh-Omar. ¿Qué pasa, ahora chocamos solos?

El susodicho se sentó con un vistoso chichón en medio de la frente. Seguía con los ojos la cucharita del director.

—Sí.

—Es verdad que esto es tan pequeño que si no vas con cuidado te das contra la pared.

Vigilante Mohammed, segunda vez.

—¿Qué hacemos con la pequeña que ha tenido una crisis de asma? ¿Dejamos que se vaya a casa?

El tomador de decisiones ha decidido que sí y me ha tomado por testigo bajando la voz.

—Esa crisis de asma es una alergia al polen, pero bueno dejémoslo.

La cuchara había dejado de remover, las pupilas de Cheikh-Omar ya no se movían.

Acababan de copiar el enunciado de la redacción y hacían garabatos mientras pensaban qué decir. Relatar el primer encuentro con un amigo limitándose al punto de vista personal. ¿Sabrá Chirac sacar conclusiones de este segundo fracaso electoral en tres meses u optará por escudarse en la abstención de nuevo masiva en el momento del escrutinio europeo? Ahora más que nunca surgen las preguntas y es preciso que Jiajia ha levantado la mano.

—Profe, el atrás me pega.

El atrás era Dico.

—Pfff, pero qué dice ésta.

—Oye es curioso pero yo tengo tendencia a creérmelo, no sé por qué. Que Dico le pegue a alguien es algo que uno siente la tentación de creerse.

—Pero qué estás diciendo, no la he tocado además me suda la polla.

—Si es eso te va a sudar la polla fuera.

Se levantó empujando la silla con un violento golpe de trasero. Fingí volver a concentrarme en el Metro. Tardó adrede en guardar sus cosas. Mientras se dirigía hacia la puerta le tiró un boli en la nuca a Jiajia. Lo alcancé en el rellano.

—Ven, vamos a ver al director.

Rápidamente nos distanciamos porque él iba arrastrando los pies detrás. Me agaché para atarme el cordón y que tuviera tiempo de alcanzarme y adelantarme. Me alcanzó y me adelantó.

—De qué va éste... atándose el cordón el muy mariquita. Lo adelanté en el patio y se paró ahí.

—¿Y ahora por qué vamos al despacho?

—¿Crees que se puede pegar así a la gente y luego no pasa nada?

Empezó a gritar.

—Pero qué dices, que no le he pegado, de qué vas diciendo eso.

—¿Y tirarle un boli qué es?

—Eso no es pegar, yo te voy a enseñar lo que es pegar.

—¿Ah sí, me lo vas a enseñar tú?

—Sí yo te lo voy a enseñar.

Seguí caminando hacia el despacho y el muy capullo me seguía.

—Sabes qué, puedes hablarme en el tono que quieras, me da completamente igual, pero es que no te imaginas lo poco que me importa.

—Pues sí, te hablo como me da la gana.

Estábamos de nuevo parados frente a la puerta del despacho, uno al lado del otro.

—Que te digo que me da igual que me hables así.

—Te hablo como me da la gana y además ¿para qué venimos aquí, eh?

—Y tú, ¿por qué sigues viniendo al colegio? Estamos al final del curso, nadie irá a joderte con las ausencias, ¿por qué sigues viniendo a jodernos?

—Sí eso, eso.

—¿Sabes por qué sigues viniendo? Porque no sabes hacer nada más. Porque sino te aburres.

—Vale ya, no me hables.

—¿Y sabes por qué te aburres? Porque tu vida no es nada. Porque tienes una vida miserable.

—¿Y la tuya es mejor?

—Sí la mía es mil veces mejor que la tuya que vienes al colegio porque no tienes nada mejor que hacer. Yo por lo menos no me paso la vida en un sitio que no puedo ni oler.

—Bueno ya está, deja de hablarme ya.

—¿Y sabes por qué vienes? Porque no eres fuerte. No eres lo bastante fuerte como para no venir.

—Y tú eres un guerrero, ¿verdad?

—Sí, soy un guerrero.

—Sí, fijo, eres un guerrero.

—Exactamente.

Abrí la puerta. El director estaba justo ahí de pie curando a un alumno que sangraba por la nariz.

—Te traigo al Dico de hoy.

Para provocarlo pasé un brazo por su espalda y lo rocé con una mano. Estalló, empezó a gritar dando vueltas sobre sí mismo como un caballo en su box antes de la tormenta. El director, hasta el momento indiferente, intervino.

—Tranquilízate, Dico.

Mi desenvoltura era sobreactuada.

—Dico le ha pegado a una alumna, he creído conveniente traértelo.

Se puso a gritar con más fuerza aún.

—Que no le he pegado, por qué tiene que decir eso, para de decir que le he pegado estoy hartos que me dejéis ahora ya está bien yo me piro.

Le dio una patada a una silla cuyo respaldo fue a chocar contra la mesa de la secretaria, que tuvo miedo. Dico se dirigió hacia la puerta, forzó mi seudoresistencia pero sin acabar su gesto, aunque en realidad no hacía nada y yo no le impedía nada. El director dijo a destiempo

—va a ser mejor que lo dejes pasar.

Se precipitó hacia el patio interior en lugar de dirigirse a la salida. Mientras yo recogía el respaldo caído diciéndole no pasa nada a la secretaria, el director había alcanzado al capullo ese y le impedía entrar al patio interior señalándole la salida del colegio por la parte del patio cubierto.

—No no no, por ahí no vas, te vas por aquí.

Me acerqué para no quedar como el que se mantiene a distancia. El dedo índice del director seguía señalando la puerta de madera maciza.

—Si te quieres ir, te vas de verdad y listo. De todos modos nosotros ya no queremos verte más.

Atravesó el patio cubierto, se metió en el vestíbulo y desapareció detrás de la puerta de madera maciza.

Era primero febrero 2001, yo era en clase de matemática, mi abuela me había anunciado que vendría a estudiar a Francia. Dijo eres chico mayor Ming. Yo era muy contento pero a veces era triste porque iría a abandonar mis

abuelos y mis amigos. Después un largo tiempo de avión llegaré en Francia. Es un país libertino y humanidad. Seis meses estaba inscrito en colegio Valmy, es un colegio bien limpio. Estuve en clase de acogida y no era yo solo único, había otros alumnos chinos que yo no los conocía. Mi sitio era al lado de Jacky; era persona muy amable y que gustaba hablando mucho. Durante días de intercambio nosotros hicimos los amigos. El es Pakistán, es un país que estar al lado de China. El era en Francia más de dos años que yo y hablando mejor el francés que yo. Ya había un año que éramos en la misma clase y en segundo año yo cambié de escuela, era aquí, era el colegio MOZART. Pero siempre hubimos comunicado en el teléfono.

Había demasiada tranquilidad. Ningún movimiento distraía del lugar. Las paredes se acercaban unas a otras y hubiesen aplastado a todo el mundo.

—Hakkim, tú debes saber esto: ¿cuándo es exactamente el partido inaugural?

Levantó la cabeza de su folio interrumpiendo el recuento de las escenas del acto II.

—Es el sábado. A las cinco. Portugal-Grecia.

Aissatou, diadema negra y planetario debajo.

—¿Profe, tú de qué equipo eres?

Avancé por las filas y no contesté hasta que me apoyé contra el armario del fondo.

—De España.

¿Tendrá Faiza la vida con la que sueña?

—¿Ni siquiera vas con Francia?

—Pues no, la verdad.

Hinda se parecía a no se quién y las letras de Inaccessible le atravesaban los pechos.

—Te lo juro por mi abuela del pueblo que los jugadores del equipo de Francia están demasiado buenos.

Soumaya gritó como si le hubieran arrancado el móvil que llevaba colgando.

—Se te va la olla, son unos callos.

Zidane tiene cara de macaco con esos pelos. Pero nos da igual cómo sea, lo importante es que juega bien y ya está, y aunque fuese todo verde daría igual, si es un marciano o huele a mierda o lo que sea. Sí pero es que igualmente están demasiado buenos. Los de Inglaterra están más buenos por eso yo soy de ese equipo. Ésta no sabe lo que dice, me parto de la risa, pero si son todos unos callos carcas, y ya eran chungos en el bombo de su madre. ¿Que Beckham era chungo en el bombo de su madre? Pues si Beckham era así tú no sé pa qué has nacido. Henry sí que está bueno. ¿Estás de guasa? Pero si tiene la cabeza torcida, salió por el culo. Y a ti qué más te da cómo tenga la cabeza, eso nos la suda, perdón profe.

—No pasa nada.

Las barrigas de Géraldine y de Sylvie ahora tenían el mismo grosor, la primera recuperó el retraso sobre la segunda porque eran gemelos. Si eran niños, los iban a llamar Léo, Lucas, Clément. Si eran niñas, Léa, Marguerite, Manon. Chantal, que no estaba embarazada, entró de repente furiosa con los pechos por delante del resto del cuerpo.

—Esto es inadmisibile. Hay dos que han abierto la puerta de mi aula y me han tratado de puta de mierda, te juro que no sabes lo agradable que es.

Jean-Philippe asentía agobiado con la cabeza.

—Hay algunos a los que habría que decirles que a partir de los comités de clase ya no vengan. Es como du-

rante el ramadán, sería mejor que se quedaran en sus casas.

Géraldine pensó que sin duda era más duro ayunar quedándose en casa y luego dijo que

—¡a los de quinto ¡ sí que habría que prohibirles que vinieran!

Léopold hubiese firmado con ambas manos.

—No podemos hacer nada por ellos, es así y ya está.

—Bueno tampoco hay que sentirse culpable. Como decía mi madre, no se puede hacer sementales con caballos de labranza.

—Yo el año que viene no cojo a los de cuarto, créeme.

Sylvie se volvió hacia mí con un tonito ingenioso que odié.

—Tú que siempre tienes alumnos de cuarto, podrás descubrirlos. Ya veremos de qué pasta estás hecho.

—Sí exactamente, ya veremos de qué pasta estoy hecho. Pienso coger dos cursos de cuarto para asegurarme de que me toque el máximo de puñeteros. Yo a los puñeteros empezaré por tranquilizarlos y luego haré que sean alumnos buenos en gramática y creativos en redacción. Yo a los caballos de labranza los convierto en sementales, es mi especialidad. Soy un genio de la didáctica. He inventado la piedra educacional, ¿vale?

En el patio un enjambre de alumnas de tercero pululaba como si fueran hormigas alrededor de Rachel.

—Eso no se vale, jolín, profe.

—Jolín, eso no se vale, profe.

—Profe, eso no se vale, jolín.

Con la mirada Rachel me ha dicho ya no sé qué hacer, esta mañana les he propuesto que cada uno deje una

huella sobre esta pared del colegio. El problema es que la mitad han escrito los nombres de sus países de origen, en la hora de después les he tenido que pedir a los de sexto que los borrarán y ahora ya está es la tercera guerra mundial.

—Jolín, te has pasado, profe.

—Te has pasado, jolín, profe.

—Profe, te has pasado, jolín.

En la pared una veintena de manos de colores múltiples se solapaban unas a otras. Por todas partes había nombres, motivos diversos, lexemas encriptados y, efectivamente, también había algunos garabatos que habían querido tapar algo, que era de lo que Rachel se estaba intentando justificar a duras penas.

—No se puede poner nombres de países en un establecimiento laico y ya está.

Soumaya estaba enfadada pero se mantenía a un lado.

—Ya, claro. Lo que pasa es que quieres que pongamos Francia. Pero si yo quiero poner Túnez pues pongo Túnez, tú quieres que todo el mundo sea como tú y eso no está bien.

Salimata aportaba más argumentos mientras arrancaba hojas de una rama baja.

—Jolín profe, no se vale decirles a los de sexto que borren Mali y Senegal y todo eso, es como si borraras a los alumnos, no se vale.

Rachel tenía pies muy pequeños con sandalias rosa erótico.

—Os lo advertí antes, os dije países no.

Katia también llevaba calzado rosa pero eran unas Converse con All Star escrito en un círculo en el tobillo.

—Profe, ¿no estás de acuerdo que no se vale borrar a los alumnos?

—No sé si se vale o no pero ¿no se os ocurre pintar algo más original que el nombre de un país? Si a mí me pudiesen que de motu propio hiciera algo que me representara, no hubiese escrito Francia o Venda.

All Star.

—Profe, ¿qué quiere decir de Motupropio?

—Es un país. Hay gente que vive en Motupropio.

—Cómo te pasas, profe, no se vale.

—De motu propio quiere decir por propia iniciativa, por movimiento propio.

Desde el principio Aissatou escuchaba sin tomar partido. Exactamente bajo el sol, poniendo la oreja, concentrada en todos los aspectos del debate. Toda mi vida recordaré a Aissatou.

—¿Entonces qué hubieras puesto, profe?

—No sé. El nombre de un cantante que me gusta. O de un deportista. O de un escritor. Sí, mira, de hecho hubiese puesto Rimbaud.

—¿Quién es?

—Es alguien de tu edad.

Soumaya, que estaba cerca de los lavabos, parecía un boxeador al que se le impide pelear.

—La profe dice expresión libre pero ni siquiera podemos poner lo que queremos, eso no es expresión libre, eso apesta y ya está.

Rachel estaba paralizada de impotencia. Sin embargo, Salimata se había tragado un poco el resentimiento.

—Profe, ¿qué es esa cosa que has dicho antes?

—¿Qué cosa?

—No sé, cuando has dicho Francia y luego otra cosa, no sé.

—Creo que he dicho Francia y Venda.

—Eso, ¿qué es eso de venda?

—Es un departamento. Allí es donde nací. Lo que he querido decir es que me da un poco igual, nada más.

—¿Está lejos?

—¿Ves esa pared? Pues es más allá. Bastante bastante más allá.

Intervino Katia:

—¿No es un poco por donde están los campesinos, profe?

—Sí, un poco.

Para la última hora de clase de ayuda al trabajo personal les pedí una lista de veinte cosas que habían aprendido durante el curso. Veinte cosas que no sabían antes y que ahora saben. Se pusieron a trabajar sin rechistar. Al pasar por las filas y alargar el cuello por encima de sus hombros me di cuenta de que estaban respetando el enunciado sólo a medias.

—No os limitéis a decirme que habéis aprendido el teorema de Pitágoras. Me lo tenéis que escribir también. Sofiane, he visto que has escrito los *sans-culottes* y al lado nada. Eso está muy mal, me tienes que explicar quiénes son esa gente. Sobre todo porque dos líneas más abajo me pones la Revolución francesa. A lo mejor tienen relación.

Cuando leí la hoja de Mody después de que me la entregara al cabo de media hora, vi que no había rectificado nada. Era una sucesión de títulos de capítulos totalmente mezclados pero sin los conocimientos precisos que iban relacionados. Todos los ejercicios eran de ese tipo salvo el de Katia.

He aprendido el teorema de Pitágoras: en el triángulo ABC rectángulo en B, tenemos: $CA^2 = AB^2 + CB^2$. He aprendido el reino ab-

solutista, el reino de Luis XIV, el comercio triangular: ruta comercial establecida entre los comerciantes europeos, los esclavos negros se intercambiaban por productos preciosos en Europa. En francés he aprendido la voz activa y la voz pasiva, ej: el perro ha mordido a la niña, la niña ha sido mordida por el perro. He aprendido cómo se dice «hay» en inglés: ago. He aprendido fórmulas químicas: Oxígeno = O, Nitrógeno = N, Hierro = Fe. He aprendido vocabulario en español: collège = colegio, il y a = hay, vivre = vivir, cachette = escondite, y también la conjugación en español, por ej las terminaciones del presente: e-as-a-amos-ais-an. He aprendido los verbos irregulares del inglés: sing sang sung = cantar; drive drove driven = conducir; meet met met = conocer; be was been = ser; do did done = hacer. También el present perfect en inglés, ej: she has just driven the water = ella acaba de beber agua. He aprendido que en física siempre hay que colocar el voltímetro en derivación. He aprendido el arte cubista: dibujo en el que hay varios puntos de vista.

Ming terminó el último y me entregó la hoja justo cuando los de tercero, con Gibran y Arthur a la cabeza riéndose de no sé qué, empezaban a entrar para la clase siguiente. La leería al día siguiente.

Cuarto es un año mayor importante en los colegios, así que hay que trabajar más duro y aprendido mucha cosa en cuarto. El francés es la más difícil materia para mí, pero he trabajado duramente así que aprendido cosas en francés. Yo capaz de entender libros pequeños, aprendido vocabularios que no sabía antes. A causa del francés creo que he aumentado mi capacidad en las redacciones. Las mate no es una materia difícil para mí. En mate aprendi-

do que es el Pitágoras: en un triángulo ABC rectángulo en B, tenemos: CA (al cuadrado) = AB (al cuadrado) + CB (al cuadrado). El historia es una difícil materia para mí también, pero aprendido cosas también, sé que es el comercio triangular. Es un comercio entre Europa, Africa y América, se cambian telas y esclavos. Sé que es los nuevos aparatos de comunicación en siglo 19, es el telegrafo eléctrico y cable submarino. En inglés aprendido muchas cosas también. Sé que es el present perfectif. Es HAVE (en presente) + participio pasado. También se como se hace el futuro, es S + will + V + compl. Y aprendido mucha otra cosas...

El mundo no es más que una cloaca donde deformes focas se arrastran y retuercen sobre montañas de fango.

—Vamos a ver, ¿qué tipo de figura retórica es ésta?

Parecía que Mezut no hubiese dormido en los últimos cien años.

—Una proposición principal.

—Hay una proposición principal en la frase, totalmente correcto, pero eso no es lo que estoy preguntando.

Alyssa se lo comerá todo.

—Es una metáfora.

—Sí. Y se dice que es continuada porque se extiende a todo el campo léxico, en este caso podemos llamarlo el campo léxico de la podredumbre.

Bajo la permanente ofensiva canina, el lápiz de Alyssa se había acabado torciendo en forma de interrogante.

—Pero profe no es verdad lo que dicen.

—Lo que dice, no lo que dicen. Perdican habla solo. ¿Qué es lo que no es verdad?

—Que el mundo está podrido y todo eso.

—Ah, pero precisamente no dice sólo eso. Mira la última frase: Soy yo el que ha vivido y no un ser ficticio creado por mi orgullo y mi aburrimiento. [ídem, cita de Musset]

—Ficticio no sé qué significa.

—Ficticio significa falso, artificial, engañoso. Pero para entender bien la trasposición entre una frase y otra habría que releer toda la tirada. Lo haremos la próxima vez, ahora me gustaría que terminemos de localizar las metáforas.

Alyssa ya se estaba tragando la tirada moviendo unos labios mudos. Djibril ni siquiera la había mirado en toda la hora, tampoco había abierto la boca hasta ahora, sin previo aviso, como una bomba programada y puntual.

—Es que en este colegio sólo hay inútiles.

—¿Y eso qué tiene que ver, Djibril?

—Es un colegio de inútiles y ya está.

—Pues si es un colegio de inútiles, ¿por qué sigues viniendo si sabes perfectamente que en esta época del año nadie te pedirá que rindas cuentas?

Escudo de la Federación maliense de fútbol cosido sobre el pecho derecho de la camiseta satinada.

—Son todos unos inútiles y punto, para qué lo vamos a discutir.

—No lo discuto, te pregunto qué diablos haces viniendo todavía a un colegio de inútiles cuando nadie te obliga a hacerlo.

—Porque hago lo que quiero y ya está.

—Precisamente, no es eso lo que quieres. No puedes querer venir a un colegio de inútiles.

—¿Y tú qué sabes lo que yo quiero hacer? No tienes ni idea.

Se levantó. Se encasquetó el gorro de junio hasta las cejas. Abrió la puerta sin brutalidad. La volvió a cerrar sin golpearla y ya está.

Se suponía que yo tenía que estar disponible en un aula del segundo piso. Esperaba que no viniese ningún alumno a hacer la revisión. It's something unpredictable but in the end is right, I hope you had the time of your life. A las once se empezaron a oír ruidos de pasos en la escalera. Cuatro pies. Dos pares. Katia y Sandra.

—Hola profe.

—¿Queréis currar?

—Sí, profe.

—Sentaos, os voy a dar un ejercicio.

Se sentaron, les di un ejercicio sobre el condicional que no iban a hacer. Venían a charlar, Katia excitada como una pulga con Converse All Star y Sandra enchufada a diez centrales.

—Profe, ¿nos sacaremos el examen?

—No.

—Eh profe, no hagas broma con eso, ¿nos lo sacaremos o no?

—Si curráis un poco tenéis posibilidades. Por eso está muy bien que estéis aquí.

Aparecieron jadeantes Hakim, Imane, Mohammed-Ali, Haj, Habiba, Aissatou. Y Hinda. Se sentaron sin sacar sus cosas.

—Profe, ¿podemos hacer un debate?

—¿Y pasamos del examen?

—Los debates son mejor.

—Sí, pero en el examen final no hay debate.

Empezaron a hablar del matrimonio entre homose-

xuales, las chicas no estaban en contra, los chicos absolutamente, Hakim hacía muecas de asco cuando daba su opinión. Aissatou estaba pensando, Mohammed-Ali dijo que no era así como se hacía el amor, Sandra dijo que en el pueblo las chicas se dejaban sodomizar para llegar vírgenes al matrimonio, es que es muy fuerte, y los tíos van del rollo que no quieren chicas vulgares y ellos son unos animales. Katia añadió que a veces las chicas hasta se hacen coser, pues en Marruecos ni siquiera se puede besar en público, dijo Hinda, que se parecía a no sé quién, y Sandra le lanzó una mirada pícaro como aludiendo a algo.

—No es como en Francia, ¿eh Hinda?

Hizo como si no entendiera para que durase más la alusión que le provocaba pura felicidad. Sandra insistía poniéndole carita de devoradora de repostería.

—Profe, Hinda está enamorada.

—¿Ah sí?

Sandra era imparable, iba cogiendo velocidad poco a poco como una turbina.

—Profe, ¿Hinda no te parece guapa?

—Es muy guapa.

Katia dijo ¡hala! y cogió el relevo.

—¿No encuentras que se parece a Jenifer de Operación Triunfo? Todo el mundo lo dice, yo creo que se le parece mogollón.

Cuando sonó la campana se dirigieron como en un acto reflejo hacia la puerta mientras seguían charlando y me deseaban buenas vacaciones entre frase y frase.

—Para vosotros también. Pero os queda una semana de repaso, no lo olvidéis.

Esperaba que Aissatou, Sandra y Hinda me hicieran un saludo más extenso, pero no.

—Ya ves tú... conque una reunión, para esto no valía la pena hacernos volver. Venga, hasta luego.

Jean-Philippe no estaba contento. Su mochila sin marca desapareció detrás de la puerta azul. Sobre la camiseta de Léopold un águila provocadora sobrevolaba las letras de Rhapsody.

—¿Tuvisteis alumnos ayer en la revisión?

Marie acababa de encontrar la función doble cara de la fotocopidora.

—Sí, unos veinte del total de mis dos clases de tercero.

—¿Estaba Dico?

—No. Creo que a ése no lo volveremos a ver.

Élise había engordado.

—Si quiere el diploma tendrá que ser más bueno que en física.

Claude, que miró a Élise para escucharla, prosiguió.

—¿Has descansado bien estos dos meses?

—Uy ni que lo digas. He dormido, comido, comido, dormido. Un sueño, vaya. De hecho, he engordado.

El águila provocadora no tardaría en abalanzarse sobre la letra H.

—Y aún no has acabado, te queda la comida de mañana.

Claude miró la cintura de Élise.

—¿Piensas ir?

Élise había cogido cuatro o cinco kilos.

—Sí sí, claro que iré. Con los profes, bien. Pero a los alumnos me tengo que preparar con más tiempo para verlos de nuevo.

A la H de Rhapsody le quedaban pocos minutos de vida.

—Y a la fiesta del ayuntamiento, ¿todo el mundo va? Geraldine no quería saber si sus gemelos eran niños,

niñas o una mezcla de ambos. Los campesinos pintados detrás de ella rezaban de pie por la primera posibilidad. Así habría más brazos.

—¿Y esa fiesta de qué va exactamente?

A partir de ahora se escribiría Rapsody.

—Es un torneo de fútbol, creo.

Yo había dormido mal.

—No, el fútbol es pasado mañana.

Los campesinos rezaban y rezaban, los campos estaban secos, ya no quedaba más por hacer. Marie me cogió de las manos el par de tijeras.

—¿Y es obligatorio ir? Porque yo el fútbol, no gracias.

Inexplicablemente, la fotocopidora se puso en marcha sola y empezó a escupir hojas blancas con mucha más lentitud que de costumbre, una cada diez segundos, pero parecía que iba a durar infinitamente, la misma hoja vírgen e inútil clonada hasta el infinito, y Léopold intentó repararla pero luego renunció a romper la repetición, lo único que podía hacer era acompañarla con la voz.

—Yo no trabajaba los miércoles así que no voy a empezar a hacerlo ahora.

Él no pensaba ir ni a la fiesta ni al torneo. Yo sí.

El director no sudaba con su chaqueta gris de los días especiales.

—Tengo miedo de que falten sillas.

Efectivamente, había menos de trescientas ocupando un rectángulo rodeado por las cuatro paredes grandes de una sala con parqué barnizado en el que rechinaban seiscientas zapatillas deportivas de marcas americanas, inglesas y alemanas. Al fondo un escenario ocupaba todo el

ancho de la sala y esperaba a que el director, que ahora se había subido encima y estaba justo bajo una araña saturada de abalorios, lograra el silencio. Pero sólo conseguía retroacciones acústicas recurrentes.

—Durante este año os he dicho muchas veces que os calléis. A menudo os he dicho cosas como «callaos» o «tranquilizaos», y hoy me veo obligado a decirlo otra vez. Pero también me gustaría deciros otro tipo de cosas. Por ejemplo, que tenéis talento y muchas veces nos lo habéis demostrado. Que aquí todo el mundo puede aprobar con la condición de quererlo. Porque no se aprende si no se quiere aprender, si eso no forma parte de un proyecto. Y el señor alcalde del distrito diecinueve ha querido acogeros aquí porque también cree en vosotros.

Claude sudaba mientras controlaba en la pantallita digital la escena que grababa el objetivo de su cámara, a saber, el director bajando del escenario sobre un fondo alegórico de la República en fresco mural, Abdelkrimo y Fatih en segundo plano, Ming bien plantado en pleno campo visual —ya nadie lo movería de allí—, Frida luminosa, Mezut sombrío, Sandra cruzando corriendo por delante, Khoumba perfecta hasta el final desempeñando el papel de la que me ignora y un primer plano de alumnos que se abanicaban con hojas que sacaron de las mochilas y luego apoyaron en las rodillas para aplaudir a Zaïna y Hélène que se colocaron bajo la enorme araña sosteniendo sin fuerza el micro para representar su *sketch* introductorio.

—Jolín Zaïna, qué cara llevas, ¿te pasa algo?

—No sé bailar, no sé cantar, no sé hacer teatro, no sé qué puedo hacer.

Después de esa señal, Alyssa avanzó hacia la parte delantera del escenario. Medía cuatro metros subida allí

arriba, como un interrogante que hubiese crecido comiéndose todas las preguntas que había puntuado. Su voz no tembló.

—Adiós, Camille, regresa a tu convento, y cuando te sometan a uno de esos odiosos discursos que te han envenenado, responde esto que te voy a decir: Todos los hombres son mentirosos, inconstantes, falsos, habladores, hipócritas, orgullosos y cobardes, despreciables y sensuales; todas las mujeres son pérfidas, artificiales, vanidosas, curiosas y depravadas; el mundo no es más que una cloaca donde deformes focas se arrastran y retuercen sobre montañas de fango; pero hay en el mundo una cosa santa y sublime, que es la unión de dos de estos seres tan imperfectos y abominables. A menudo somos engañados en el amor, a menudo heridos e infelices; pero amamos, y cuando nos encontremos al borde de la tumba nos volveremos para mirar hacia atrás y nos diremos: sufrí a menudo, me equivoqué algunas veces, pero amé. Soy yo el que ha vivido y no un ser ficticio creado por mi orgullo y mi aburrimiento.

Se retiró sin saludar y la reemplazaron dos chicas sin nombre bajo la araña cansada por su propio peso. Empezaron a moverse simétricamente con música de chiringuito, girando alrededor de una silla como si fuesen asistentes de mago con trajes brillantes para desaparecer luego entre aplausos que no esperaban. Hélène y Zaïna volvieron a aparecer y la segunda relanzó el *sketch*.

—¿A eso es a lo que llamas danza? Pero si eso era cualquier cosa menos danza.

—¿Crees que pueden hacerlo mejor?

—Y tanto.

—¿De verdad crees que pueden hacerlo mejor?

—Tú tranqui, que sí que pueden hacerlo mejor.

—Creo que tienes razón.

Una caja de ritmos empezó a hacer temblar la enorme araña apagada bajo la que volvieron a aparecer las dos chicas con los brazos levantados hacia las estrellas, casi tocándola. Rápidamente se habían cambiado la falda con flores de tapiz por un chándal negro con una camiseta roja apretada. Alternaron, en perfecta sincronía, ondulaciones y contracciones de miembros, arabescos y sacudidas de cuello, dejándose llevar irresistiblemente por las percusiones sordas y las agudas melopeas de la cantante anglosajona. Sus pies daban saltitos sobre las tablas y la enorme araña enclenque temblaba.

Hakim, Michael y Amar volvían del campo caminando indignados.

—Este colegio da asco, profe.

Me detuve.

—¿Por qué da asco?

Hakim llevaba la camiseta de Argelia, Michael la del París Saint-Germain, sus voces se solapaban.

—Hemos ganado todos los partidos y el otro va y nos descalifica, eso no se vale profe.

—Es que ni siquiera nos habían avisado, te lo juro por el Corán de la Meca que es verdad, ni siquiera nos dicen que es un equipo por clase, por eso hemos cogido a los de tercero 2 con nosotros, y el otro va y nos descalifica, es que de verdad es para flipar.

—Y yo le digo bueno yo me piro a casa y va y me dice pues muy bien, vete a casa, es que de verdad esto es un timo profe.

—Ya pero es que si no habéis respetado las normas,

¿qué querías que hiciera el director? De hecho, ¿dónde está el campo?

—Al fondo del todo, detrás del edificio gris.

Detrás del edificio gris, al fondo del todo, se extendía el campo. Algunos de mis colegas y el director se habían instalado detrás y alrededor de una portería o sobre un banco de piedra. Señalé con la cabeza el campo donde un equipo de adultos jugaba contra unos alumnos.

—¿Quién juega contra nosotros?

—Los de cuarto 1. Son superbuenos.

Justo en ese momento, Nassuif salió del centro del campo, levantó la cabeza, se la pasó a Baidi que sólo estiró un poco la pierna para darle un toquecito por encima de Serge el asesor, que estaba de portero. La pelota rebotó lentamente en las redes. Ali fue a chocar la mano con el goleador y ambos volvieron a su campo dando trotecitos, dos espaldas alineadas bajo nubes grandes y amistosas. Danièle ya no se solidarizaba.

—De momento ganamos por un gol pero no durará mucho.

La camiseta de Marruecos de Mohammed-Ali tapó la visión del área de juego.

—Profe, ¿vas a jugar?

—Eeem, no.

—¿Por qué?

—Prefiero mirar.

Se fue a sentar en la franja de césped que rodea el campo. Ali tiró hacia Cheikh-Omar que estaba desmarcado a la izquierda y avanzó para chutar. El balón despegó en dirección a la cima de un castaño de Indias indiferente. Los de sexto, que estaban agolpados detrás de las porterías, hicieron oh. El balón cayó del árbol con un ruido de hojas y luego rodó hacia el campo como si estuviera teledirigido.

De un chute inesperado el portero adulto lo envió hacia un nubarrón amistoso que no quiso quedárselo y el balón cayó en manos de su homólogo adolescente Jingbin, que se lo pasó torpemente con la mano a Baidi, que remontó hacia el círculo central y se lo pasó a Ali, que se lo pasó a Nassuif, que hizo un puente enorme por encima del vigilante Mohammed y centró para Cheikh-Omar, que lo proyectó con la cabeza en la escuadra izquierda de Serge, que por no saber cómo reaccionar se puso a aplaudir y Danièle lo imitó.

—Empates. Otro de éstos y la cosa se pondrá fea.

Uno de sexto con gorra le tiró la pelota a Luc, que la llevó al centro cojeando y sosteniéndose la cadera. Cheikh-Omar estaba preparado para saltar sobre el que sacara. Le tocaba hacerlo a Julien que se había recogido el pelo con un elástico e intentaba recuperar el aliento encorvado con las manos sobre los muslos. En la portería de enfrente, Jingbin se tapaba los ojos con las manos a modo de visera para protegerse del sol que brillaba en el cielo inmenso. Julien, doblado en dos, intentaba ganar tiempo, Baidi daba saltitos para mantener la energía.

Nota de traducción

En la traducción se han tenido que adecuar diferentes aspectos del sistema educativo dadas las diferencias entre los métodos de Francia y España. Por ello, se ha considerado necesario hacer un apartado explicativo de diversas cuestiones:

En el sistema de enseñanza francés los cursos de secundaria se numeran en orden descendente, de la 6ª (*sixième*) hasta la 1ª (*première*), a la que se añade la llamada «clase terminal». Los alumnos empiezan la secundaria con 11 ó 12 años y la terminan con 17 ó 18 años. Se han traducido literalmente los nombres de los cursos puesto que no existe un equivalente en el sistema educativo español. De esta forma, los cursos de *sixième* (alumnos de 11-12 años) se traducirán por sexto, los de *cinquième* por quinto, y así sucesivamente.

El comité de clase es una reunión que se celebra trimestralmente con todos los profesores de una clase de colegio, con el jefe del establecimiento y con el asesor principal de educación. Los delegados de la clase representan a los alumnos y los padres de alumnos que también están representados por la asociación de padres. En el comité de clase se deliberan cuestiones referentes al

trabajo general de la clase y se estudian uno a uno los casos particulares.

El cuaderno de correspondencia que poseen todos los alumnos en los colegios franceses es un elemento de comunicación entre la familia, el alumno y el equipo pedagógico. En él figuran informaciones de carácter general (horarios, nombres de los profesores, autorizaciones para las salidas, etc.), las sanciones que se le aplican al alumno, los justificantes de ausencias o retrasos, así como un espacio en el que el equipo pedagógico puede comunicarse con los padres del alumno.

La rama de STT es una de las opciones que pueden escoger los alumnos al terminar el ciclo de enseñanza secundaria. Las siglas se refieren a las ciencias y tecnologías del sector terciario.

En los colegios franceses, el CPE es el asesor principal de educación.

En el sistema de enseñanza francés las notas van de 0 a 20.

La hora de vida de clase les permite a los alumnos del colegio dar su opinión sobre la clase, la vida en el colegio o la vida en general. Es una hora en la que se discuten los conflictos, se dialoga sobre el reglamento o se habla de experiencias personales, un momento privilegiado de intercambio con el profesor principal y los demás alumnos en el que cada uno tiene la posibilidad de expresarse sobre el tema que quiera tratar.

En los colegios franceses los alumnos deben pasar un examen de final de ciclo que evalúa los conocimientos y el aprendizaje adquiridos al terminar el colegio. Antes del examen final hacen un ensayo de examen.